



Kira Freitas

Trilogía de las Hermanas MacBride -
Libro 01

La
Reina

Kira Freitas

La Reina

1ª Edición

Mangaratiba —RJ

Trilogía de las Hermanas MacBride

2018

Vanessa Freitas Barbosa

La Reina

Libro 01 de la Trilogía de las Hermanas MacBride

Para Aideen MacBride, no hubo mayor dolor que la pérdida de su hermana mayor, después de una fatídica mañana que quedaría atrapada en sus recuerdos, hasta el final de su vida. Incluso la desagradable comida de su madre era reconfortante en vista del destino que le esperaba.

A punto de perder a su hermana menor por un matrimonio concertado con Alistair MacCalister, cuya unión podría poner fin a la guerra civil entre los clanes escoceses. En medio de un frustrado intento de fuga, Aideen es arrastrado a los brazos del noble guerrero, quien, encantado por su coraje, decide casarse con ella en lugar de con su hermana. Pero Aideen tiene un secreto que podría poner su vida en peligro. Un agujero oscuro que se expande en su pecho todos los días. El noble príncipe deberá poner fin a su tormento, antes de que sea demasiado tarde.

Índice

[La Reina](#)

[Índice](#)

[Bibliografía:](#)

[Capítulo 01](#)

[Capítulo 02](#)

[Capítulo 03](#)

[Capítulo 04](#)

[Capítulo 05](#)

[Capítulo 06](#)

[Capítulo 07](#)

[Capítulo 08](#)

[Capítulo 09](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

[Otros trabajos](#)

Bibliografía:

Author(s): Kira Freitas

Año de edición: 2018

Diseño de portada: Vanessa Freitas

Diagrama: Vanessa Freitas

Imagen de portada: Judy York

ISBN:

978-85-921093-8-7

Capítulo 01

Alistair

—¡Cálmate, muchacho! —Susurré, pasando suavemente mi mano sobre el lomo de mi caballo, Soberano, cuando se asustó y fue empujado.

La estrecha carretera que conduce al castillo de Dunhill estaba resbaladiza por la lluvia. Caminar por los senderos entre los bosques y los cañones de las Tierras Altas no era una tarea fácil. Especialmente para gente que no conocía la región como yo. El clima era inestable y casi siempre llovía. Cuando no, en invierno, nevaba rigurosamente.

Dunhill era un pueblo que dominaba las tierras altas de Escocia y tuve el placer de llamarlo mi hogar. Estaba situado al este, en la parte baja de las Tierras Altas. Para llegar al pueblo era necesario seguir un sendero a través de un bosque que estaba dividido en dos senderos, que sólo mis hermanos y yo conocíamos. El castillo se centralizó a orillas del lago Duich con una salida estratégica al mar. Había estado viajando de vuelta a casa durante tres meses. Estaba cansado y loco por un baño y buena comida.

Como líder de las tropas que protegían las Tierras Altas en una guerra que había durado demasiado tiempo, y que estaba compuesta por hombres de todos los clanes aliados, pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa. Se había ido hace mucho tiempo debido a la amenaza de Roy MacGregor, Duque de Edimburgo y líder de los clanes de las Tierras Bajas. Llevaba años intentando tomar la corona de mi padre y unir Escocia e Inglaterra. Por un lado, no sería una mala idea, ya que hemos vivido en paz durante mucho tiempo. El problema era que el rey Phillippe codiciaba las tierras de todos los señores y un pretexto era suficiente para que se diera cuenta de esa ambición. No confiaba tanto en él como en otros señores, pero sería genial tenerlo a nuestro lado como aliado. Con la fuerza de su ejército, sin duda ganaríamos esa guerra definitivamente. La pregunta era, ¿a qué precio? No pude mantener el sitio mucho más tiempo y Roy lo sabía.

Royland MacGregor era un señor escocés de ascendencia inglesa, pero lejos de la línea de sucesión al trono. Era hermanastro de Ravenna MacBride, criado por sus padres después de haber quedado huérfano. Era cruel y sanguinario. Mataría a cualquiera que se cruzara en su camino. Hace algún tiempo, Roy había emboscado y permitido que dos de sus hombres violaran y mataran a mi hermana Cora. Alec, mi hermano menor, la acompañaba con una escolta y una flecha le disparó en el pecho. Esto comenzó una cacería que se convirtió en una guerra, porque mis hermanos y yo juramos venganza. Cada uno a su manera. Reunió a todos los clanes que estaban en contra del reinado de mi padre y decidió derrocarlo. Su poder no es tan grande como el nuestro, pero dentro de la fortaleza de Edimburgo, Roy era prácticamente invencible, como ella era impenetrable. Habíamos estado intentando a toda costa encontrar una forma de entrar en el castillo o conseguir que Roy se rindiera, pero no tuvimos éxito en ninguna de las obras. Podría quedarse allí tanto tiempo como fuera necesario, hasta que perezcamos. Me comprometí a no dejar que eso pasara.

Mi hermano Alec no poseía tanta habilidad con la espada como yo. Incluso dudaba que lo consiguiera. Es bueno en el arte de expresarse y sería un gran negociador. Fue por esta razón, y por otras más importantes, que mi madre tuvo la idea de enviarlo a un monasterio a estudiar. Alec había entrado en un estado catatónico después de la muerte de Cora y mi padre no se lo había puesto fácil. Me sorprendió mucho que planeara enviarte al frente para que te alistaras en el ejército. Me pareció absurdo y no estuve de acuerdo. Teníamos, mi padre y yo, un acuerdo establecido. Nuestras palabras siempre han sido nuestra garantía. No tenía sentido que se perdiera su palabra ahora mismo.

Mi padre, Brice MacCalister, fue rey desde que nuestros antepasados decidieron elegir a uno para comandar todos los clanes. Todos le eran leales, excepto los que se volvieron contra nosotros. Sólo el clan del Loch MacBride, que se encontraba en Inverness, permaneció neutral en ese choque. Siempre he considerado a Loch un cobarde que recibía órdenes de su esposa. Pensábamos que su falta de participación en la guerra se debía a las tres hijas, a las que él y Ravena trataban como objetos. Su esposa, Ravenna, siempre había tenido un pulso fuerte y controlaba a Inverness de acuerdo a sus intereses y caprichos. El feudo era el único más cercano a Dunhill, a un día a caballo. Y el clan MacBride tuvo tres hijas, Aila la primogénita, Annabel la hija de en medio y Aideen la más joven. Eran vistos como la "garantía de una vida larga y próspera" para Ravena, que quería ser miembro de la corte a toda costa. Desde muy temprana edad, las hijas desfilaban en los banquetes ofrecidos por su madre. Me presentaron a Aila cuando tenía sólo trece años. Para mí, aunque nuestras costumbres no nos impedían casarnos a una edad tan temprana, ella y sus hermanas no eran más que meras niñas.

Hace casi tres años, un misterio se cernía sobre Inverness y hasta el día de hoy nadie ha sido capaz de explicar exactamente lo que había sucedido. Aila fue enviada a un convento en Gretna Green sin razón aparente y las otras dos fueron confinadas al castillo. Los banquetes de Ravena han sido suspendidos y no se ha visto ninguno desde entonces. Fue en esta misma época que Roy fue visto por última vez en nuestra tierra y todo había cambiado desde entonces. Muchos especulan hasta el día de hoy lo que puede haber pasado con las chicas MacBride. La hipótesis de que todo el mundo cree que Ravena ha descubierto que en realidad son brujas con poderes inimaginables. Es una teoría extraña para aquellos que no creen en la magia antigua, pero en Escocia puede pasar cualquier cosa. Nuestro país se remonta a los pueblos antiguos y a las tradiciones paganas. Se nos ha enseñado mucho sobre la magia. Hay quienes creen que hay trolls y elfos viviendo en las cuevas cerca de los cañones. Como buen cristiano que soy, las historias como esa no son más que supersticiones. No es que no crea en brujas ni nada de eso, pero de ahí a especular que alguien es una bruja porque está encerrado en un castillo, es demasiada exageración.

—¿Crees que podría haberse enfermado? —preguntó Bruce, sacándome de mi sueño despierto.

Era mi único primo y se unió al ejército para ver la muerte de Roy, así como a muchos otros. Gracias a su habilidad para infiltrarse en las sobras, fue declarado el mejor bateador de las tropas y se convirtió en mi fiel compañero. Recientemente, mi padre nombró a Bruce capitán de la guardia de Dunhill. Estaba conmigo delante del ejército y me acompañaba a casa. Bruce era sobreprotector y nos cuidó desde que éramos niños, especialmente de Cora.

—No creo que sea así. —Respondí poniendo una cara. —De lo contrario, la carta que Alec había enviado pediría un poco más de urgencia.

A mi padre le gustaba enviar cartas desde que me fui al frente. Dos veces tuvimos que regresar

bajo la amenaza de una enfermedad, pero cuando llegamos, vimos que era sólo otro pretexto para sacarme del camino del ejército y obligarme a casarme. No tenía ni idea de por qué quería coronarme rey y al lado de una esposa. Durante meses pude contradecir sus ideas usando nuestro acuerdo como justificación, hasta que dejó de pedir mi presencia. Yo estaba en el frente este cuando recibí una carta de mi hermano informándome que mi padre estaba solicitando mi presencia. Temía que fuera otro intento de casarse con alguien.

—¿No te imaginas por qué mi tío lo sacó del campo de batalla? —Bruce insistió en un tono de burla. Volví mis ojos hacia él.

—Sabes que sí, así que deja de intentar provocarme. —Dije entre los dientes y luego suspiré. —Sólo espero estar realmente equivocado sobre eso.

Bruce dejó salir una risa fuerte, haciendo que su caballo relinchara con el susto que recibí.

—No se rinde, ¿verdad? —Bruce disparó en un tono irónico, lo que me hizo enojar aún más. —Aunque Alec sabe que puede ocupar el trono en su lugar, y que esto es algo que debería haberse hecho hace tiempo, insiste en coronarlo rey sólo porque es el primogénito.

Respiré profundamente para sentar cabeza.

—¡Odio esas estúpidas tradiciones! —Suspiré, moviendo la cabeza. —Espero que no vuelva a venir con esta conversación y que no me haga perder el tiempo.

—¡Tómalo, primo mío! —Bruce volvió a provocar. —Como el mayor en la línea de sucesión al trono, está destinado a gobernar nuestro país, así como a nuestros antepasados.

Riendo, agité la cabeza de un lado a otro y lo enfrenté con libertinaje.

—¡Tienes razón! Pero no olvides que, además de Alec y yo, también estás en la línea de sucesión al trono. —Yo disparé. —¿Vas a decirme que crees que eres un duque sólo para la suerte?

Bruce frunció el ceño y resopló. Su pelo corto y liso se le cayó en los ojos. Eso lo enfureció aún más.

—¡No digas tonterías! Parece una bruja rogando por una plaga. —se quejó y me hizo reír. —No está en mí tomar el lugar que te pertenece. Es suficiente tener un feudo que cuidar.

Bruce de Dunvegan era el único heredero de sus padres, que murieron en un trágico accidente de barco. Fue criado por mis padres desde que tenía seis años. Mi padre era el hermano mayor de mi tío. Bruce había ganado, además del título, el derecho a ser uno de los señores del consejo en lugar de su padre. Hasta que era viejo, mi padre dirigía el lugar, pero ahora era Bruce quien cuidaba de su tierra. Mi primo vivía más en Dunhill que en sus tierras, que dejó bajo el mando de un ama de llaves porque le resultaba demasiado difícil cuidar de un lugar tan grande.

Bruce dejó salir una risa y completó su pensamiento.

—Además, nunca me casaría sabiendo que hay tantas mujeres hermosas en el mundo. Ese es tu trabajo, hermano, así que buena suerte haciendo prosperar la casa de los MacCalister!

Me reí riendo, encontrando tus palabras graciosas, y me encogí de hombros.

—Un día, te tragarás tus palabras. Una mujer joven aún hechizará su corazón y su mente de tal manera que su vida le pertenecerá sólo a ella. Igual que mi hermano, que piensa exactamente igual que tú.

—Sólo su hermano y yo pensamos así, Alteza. —...lo devolvió en un tono perverso. —Hasta donde yo sé, hasta que hiciste del campo de batalla tu lecho nupcial y declaraste que tu espada, tu novia, actuaba igual que nosotros. ¿Crees que no sé lo de tus citas con Rose en el baño? He oído que le rompiste el corazón a la pobre mujer.

Volví los ojos cuando oí el nombre de una de las doncellas del castillo.

Hasta que tomé al jefe del ejército en lugar de mi padre, como Alec, sólo pensaba en aprovecharme de mi vida todo el tiempo que pudiera. Rose vivía en el pueblo y fue mi mayor compañera de diversión desde que era niña. Se convirtió en una mujer hermosa y mi primer amante. Cuando se fue a trabajar al castillo como ayudante de cocina con su madre, su hermana y una tía, nos encontramos en la casa de baños y nos quedamos prácticamente toda la noche. Siempre le dejé claro a Rose que no quería nada más que diversión y que ella nunca estuvo en contra. Hace algún tiempo me di cuenta de que había cambiado de opinión y decidí retirarme. Mi padre nunca lo aprobaría, ni siquiera por su amplia ambición.

—No le rompí el corazón a Rose en absoluto. —Respondí en mi defensa. Entonces agité las riendas para que el caballo terminara de bajar por el sendero y llegar a la llanura. —Ella sabía desde el principio que yo era un príncipe en busca de diversión. Nunca la he engañado con promesas de amor.

—Sí. Sí. Sí. —Contestó de una manera perversa.

—Es la verdad más verdadera! —Respondí seco. —El problema de Rose es que siempre ha sido muy ambiciosa y astuta, así que me fui. Además, no eras el único que compartía la cama, ¿verdad?

Bruce puso los ojos en blanco, encogiéndose de hombros. También se acostó con ella unas cuantas noches, además de mi hermano Alec. No teníamos el hábito de compartir una mujer, pero Rose comenzó a insinuarse ante cada uno de nosotros y nadie se convirtió en un malvado.

—¡Qué cruel eres, querida!

—¿Cruel? ¡Nunca sería cruel con una dama!

—¿Señora? Por la forma en que hablas de Rose, ella es más como una puta.

—¿Y qué es una puta si no es una dama en cuatro paredes o lo que más le convenga?

Bruce se rió.

—Estoy de acuerdo sólo porque tiene sentido.

Me reí en consecuencia. Llegamos a la campina y luego partimos, pasando por el pueblo en dirección al puente de entrada al patio del castillo de Dunhill. Era fácil llegar pasando por las montañas, pero sólo nosotros lo sabíamos.

—¡Vaya! ¡Parece que vamos a tener una fiesta! —dijo Bruce mientras desmontaba su semental negro, Odín. —Perfecto, sí, me muero de hambre.

Me desmonté de Soberano a la risa. Mi primo vivía hambriento como si nunca hubiera probado la comida en su vida. Comía como un caballo lo que estuviera en su mesa. No sabía cómo no se había convertido en un gnomo gordo.

—¡Tienes razón! ¡Tienes razón! —dijo frunciendo el ceño. —¿Es el cumpleaños de alguien que olvidé?

—O, simplemente están contentos con nuestro regreso. —especuló.

—Hmm! Conociendo a mi padre como yo, dudo que esa sea la verdadera razón. —Susurré.

Entramos en el castillo pasando por innumerables vasallos que nos cortaron el paso, apresurados por alguna tarea. Se detuvieron sólo para saludarnos y se dirigieron a su destino.

—¡Oh, Dios mío! La tía Lowenna fue tan caprichosa en su bienvenida —dijo Bruce frotando una mano sobre la otra. —Apenas puedo imaginar el tamaño de la cena.

—Bruce, sólo tienes tamaño, ¿lo sabías? —Me quejé. —Todo lo que necesitas es un plato de comida para ser feliz.

—Exactamente! —respondió levantando el dedo índice. —Por eso como tanto.

Agité la cabeza girando los ojos y caminé por el pasillo buscando a mi padre. Se suponía que

estaba en el salón del trono, pero estaba vacío. Otros vasallos nos saludaron, al igual que Rose, que me parpadeó con audacia. Suspirando, agité la cabeza de un lado a otro como señal de desaprobación y continué mi camino.

—Me pregunto dónde estará. —Susurré desde el gran salón que estaba siendo preparado para un gran banquete.

—Bueno, está en el vestíbulo principal y te está esperando.

La suave voz de mi madre sonaba detrás de mí y resonaba por el pasillo. Ella se acercó a nosotros con una de sus sonrisas amistosas y nos abrazó de uno en uno.

—¡Hijos míos! —Lowenna suspiró. —¡Estoy tan feliz de verte sano y salvo!

Le sonreímos a ella, que pronto llegó con sus celosas exageraciones maternas.

—¡Bruce, has hecho crecer a mi hijo! —dijo tocando los fuertes brazos de Bruce. —En cuanto a ti, Alistair, estás tan delgado. ¿Qué has estado comiendo para estar desnutrido de esta manera?

Volví los ojos y pensé que era gracioso lo que ella dijo. Bruce y yo teníamos un físico envidiable. Éramos fuertes, con músculos por todo el cuerpo.

—¡Tu exageración, madre mía! Creo que he ganado más cuerpo desde que dejé Dunhill.

—No lo sé! —Bruce sonrió provocativamente y me dio un codazo. —La forma en que perdiste ese brazo, y por una chica, creo que tendré que estar en desacuerdo con mi tía y decir que eres un debilucho.

—¡No soy débil! —Me repliqué encogiendo los hombros. —Yo sólo era un caballero y la dejé ganar.

—¿Peleaste una caída de brazo con una mujer? —Preguntó Lowenna asombrado.

Nuestro territorio es famoso por tener mujeres guerreras desde la antigüedad. Con el paso del tiempo, este contexto se volvió obsoleto y se volvió raro como mujer en el campo de batalla. Aunque no me gustó mucho, aprecié el coraje de los que se unieron a nosotros.

—¡No eres sólo una mujer, tía mía! —Bruce dijo con entusiasmo. —Es la guerrera más increíble que he visto en mi vida.

—Bueno, tal vez algún día traigas a esa, "increíble guerrera", para que podamos conocerla. —Lowenna dijo sonriendo. —¿Quién sabe, una hermosa unión podría resultar de ese encuentro?

Bruce se tragó todo lo que me hizo reír.

—Mi tía, eso no es lo que quise decir. —se justificó poniendo la mano sobre el pecho. —Quiero decir que es muy buena en la batalla y maneja la espada como nadie más.

—¡Sin contar el arco! —Lo he completado.

—¡Vaya! ¿Qué hay de esas dagas? —Bruce abrió los ojos de par en par. —¿Te imaginas a alguien más tirando dagas como ella?

—No puedo imaginarlo. —Le contesté pensativamente. —De hecho, ¿dónde guarda tantas dagas?

Mi madre pigmentada, interrumpiendo nuestro pensamiento entusiasta.

—Veo que este guerrero os ha encantado a los dos, pero entiendo vuestro comentario. —se detuvo con una perversa sonrisa. —Por supuesto, conociendo a mi hijo y a mi sobrino, sé que no hablaron de los atributos físicos de la señora.

Bruce le sonrió a Lowenna de una manera vergonzosa. Mi madre era una mujer muy elegante y sabia. Ella mantuvo a su familia siempre con una respuesta democrática, sin permitir que su esposo cruzara la línea entre ser rey y ser padre.

—Mi madre, ¿lo hice bien o va a haber una fiesta esta noche? —pregunté, cambiando de tema abruptamente.

Ella me sonrió.

—Bueno, habrá una fiesta, de hecho, en su honor. Debo confesar que hay otra razón detrás de esto. —suspiró mientras nos cogía del brazo y nos llevaba a la peluquería. —No importa lo que escuches hoy, quiero que actúes diplomáticamente, no enojado. Recuerda que, como futuro soberano, debes hacer sacrificios por tu pueblo.

Esas palabras pusieron mis sentidos en alerta y ya podía imaginarme lo que vendría después.

—Mamá, ¿en qué anda mi padre? —Le pregunté.

Mi madre sonrió antes de detenerse y besar mi frente.

—Sólo recuerda mis palabras.

Sin entenderlo, seguí a mi madre hasta el vestíbulo principal. Era una gran sala con una enorme chimenea en la pared central con sillones delante de ella. En el centro había una gran mesa de roble donde hacíamos la mayoría de las comidas. En la esquina derecha, junto a la chimenea, mi padre jugaba al ajedrez con mi hermano. Por su semblante, Alec estaba perdiendo el juego. Eso no sería una gran novedad, porque Alec era terrible en el ajedrez o fingía ser a propósito.

Brice MacCalister era un hombre justo, valiente y firme. Reinó sabiamente y fue capaz de mantener unidos a los clanes. Medía como un metro y medio. El pelo era negro, casi gris. Su postura era la de un caballero y sus ojos azules brillaban con perspicacia. Miré en la dirección de mi hermano y sonreí. Prestó atención a la partida de ajedrez sin siquiera pestañear. Estaba extremadamente tenso por la situación. El pelo negro era más corto y caía tercamente sobre los ojos azules haciendo que Alec lo volara. Me acerqué a ellos lentamente. Mi hermano inmediatamente se levantó para dar un largo y cálido abrazo. Aunque Alec era dos años más joven que yo, era tan alto como nuestro padre. Medía unos 1,90 pies de altura. En el apogeo de sus veintiséis años, Alec nunca había participado en una batalla.

—¡Bienvenido de nuevo, hermano!

—¡Gracias! ¡Gracias!

Mi padre me había dicho que regresaba de su viaje de estudios. No esperaba conocerlo tan pronto en Dunhill, pero fue agradable ver a mi hermano.

—¿Cuándo llegaste aquí?

—Hace dos días —dijo sonriendo.

Su sonrisa murió dando paso a un rostro serio. Noté que estaba mirando a Bruce y asintió cuando nuestro primo sonrió en un saludo. Me sorprendió lo serio que se puso, pero lo ignoré.

Miré el tablero de juego e hice una cara cuando vi la posición de las piezas restantes de Alec. No había mucho que hacer y si seguía en ese partido, perdería.

—¡Tu juego es horrible! —dijo, poniendo una cara. —¿A quién le toca?

—¡De nuestro padre! —Susurró Alec. —No tengo ni idea de qué hacer ahora. ¿Crees que puedes hacer algo?

—Lo dudo mucho! —dijo mi padre sin apartar los ojos de la pizarra.

Le sonreí a Alec y luego le hice señas para que se mantuviera alejado.

—¡Disculpe! Déjame mostrarte cómo se juega.

Alec me dio el lugar y luego me senté frente a mi padre, quien inclinó las cejas y sonrió. Sin pensarlo, y mirándome a los ojos, agarró al obispo con la línea negra y colocó algunas casas delante.

—¡Comprobado! —dijo Brice con voz seca y luego tomó un sorbo de su vino. —Te tomaste tu tiempo. Esperábamos que llegaras ayer por la mañana. ¿Problemas?

—No es gran cosa! —Dije mientras pensaba en una estrategia. —Mi nuevo comandante tardó

en llegar al campamento para reunirse con los hombres. Tuvo problemas para llegar al campamento porque fue atacada en el camino y tardó más tiempo del que tenía previsto.

—¿Ella? —Preguntó sorprendido Alec.

—Sí. —Ya contesté. —Es una excelente guerrera que se alistó en el ejército hace casi tres años. Sabe mucho de hierbas y al principio formó parte de la milicia dirigida por Keilan Sinclair como enfermera, pero se las arregló para hacerse un nombre en el campo de batalla.

—No sabía que aún teníamos mujeres guerreras —dijo Alec mientras se cruzaba de brazos. —Pensé que no te gustaba que las mujeres cogieran armas.

—Realmente no me gusta, pero necesitamos a toda la gente capacitada disponible y fue muy bien recomendada por Sinclair. —Sonreí, poniendo mi mano en mi barbilla. —Fue interceptada por unos mercenarios pagados por Roy, pero logró escapar. Llegó malherida, pero me aseguró que ordenaría a los hombres como había prometido.

Alec se rió desenfrenadamente y se encogió de hombros.

—¡Debe ser horrible haberse alistado en el ejército! —que debatió. —Tal vez la echaron de la casa.

—En este punto no estoy de acuerdo! —Bruce se me acercó masticando una manzana. —Tuve la oportunidad de verla en acción con la espada y debo decir que, además de ser hábil, esa pelirroja es hermosa. No sólo parece tener el pelo color fuego, sino que también lo tiene corriendo por sus venas.

—¡Estoy de acuerdo! Tiene una actitud, y aunque no tiene tanta gracia como las damas del clan, sería una gran esposa. —concluye con una mirada seria mientras mueve otra pieza. —¡Jaque mate!

—¡Oh! ¡Maldita sea! —mi padre chasqueó los dedos. —¡Siempre ha sido cobarde jugar contra ti!

De pie me dio un abrazo con unas palmaditas en los hombros.

—¡Bienvenido de nuevo, hijo mío!

—¡Gracias! ¡Gracias!

Luego sonrió a Bruce y le asintió con la cabeza para que le diera un fuerte abrazo.

—¡Me alegro de que hayas vuelto! —dijo que volviéndose hacia nosotros. —Tendremos un banquete esta noche en honor a ambos con la presencia de los jefes de todos los clanes. ¿Por qué no se duchan y descansan un poco? Como pueden ver, todos están muy ocupados.

—¡Papá, no había necesidad de invitar a los clanes a cenar! —Lo regañé. —Es una celebración exagerada. Sabes que no me gusta el MacBride. Además, no nos quedaremos tanto tiempo.

Mi padre suspiró.

—Hijo mío, tenemos que celebrar que has vuelto. —contestó él. —Además, tendremos mucho que hacer a partir de esta noche.

Se tomó un descanso recogiendo la copa de vino.

—En cuanto a MacBride, no se preocupe, porque Loch dio una excusa y no puede venir al banquete.

—Nuevo! —Susurré con ironía.

Lo miré sospechosamente e hice una mueca cruzando los brazos.

—Papá, ¿qué estás haciendo?

—Nada! —respondió con la mirada de inocencia. —Es sólo una cena.

—¡Hey, papá! —Yo insistí. —Sólo dime la verdadera razón de este banquete.

Mi padre suspiró, pasando las manos por el pelo y se fue a llenar la copa de vino. Señalando a mi hermano y a mi primo para que salieran de la habitación, se volvió hacia mí.

—¡Oye, oye, oye, oye, oye, oye, oye! ¡Basta! —dijo, haciendo que se dieran la vuelta. — Quiero que te quedes.

Miraron a nuestro padre, quien asintió con la cabeza, luego regresó y se acercó a él, de pie a mi lado. Mi padre suspiró y luego empezó a hablar. Tuve un mal presentimiento antes de que me explicara nada.

—Escucha, no soy un hombre de rodeo, así que seré breve. Estoy muy preocupado por el alcance de esta guerra y decidí elaborar un plan para ponerle fin pronto.

—¡Oh, genial! —Me encogí de hombros. —No sé qué tiene que ver eso con el banquete, pero sigue adelante.

—El banquete es una forma de hacer mi declaración sobre la conclusión a la que he llegado.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Explícalo mejor!

Curioso por lo que tenía que decir, me senté en una silla cercana esperando a que continuara.

—Bueno, ya sabes que el clan MacBride tiene ascendencia inglesa, aunque Ravenna perdió el título hace mucho tiempo por razones que no me interesa conocer.

—Sí. —Ya contesté. —Aunque, a diferencia del Señor, tengo curiosidad por saber cómo Loch logró convertirse en un señor escocés, pero volviendo al tema, esto hace que sus hijas sean muy valiosas para él.

—Exactamente!

La frente de Franzí y aunque ya sabía a dónde nos llevaría eso, decidí arriesgarme a una respuesta diferente.

—¿Y por qué es eso relevante?

Mi padre suspiró en silencio durante unos momentos mientras caminaba de un lado del pasillo al otro. Estaba aprensivo, pero mantuve la calma.

—He decidido hacer valer los derechos de nuestros antepasados y he propuesto una alianza. —se tomó un descanso. —Te casarás con la mayor de las MacBride, Annabel, en unos días.

—¿Qué se siente? —mi odio hirviendo en mis venas, hizo que mis ojos estallaran. —¿Te has vuelto loco?

Con tranquilidad me miró fijamente.

—Alistair, ¿crees que no sé qué está pasando en mi reino? —mi padre explotó. —Conozco la estrategia de Roy de mantener distraídos a nuestros ejércitos hasta que consiga los refuerzos ingleses que desea. No podemos dejar que Phillipe se vuelva contra nosotros.

Mi padre se tomó un descanso rascándose la barbilla.

—Sé que no te gusta Loch tanto como a mí, pero nuestra mejor estrategia ahora es que te cases con el mayor y generes un heredero. —me sonrió. —Teniendo un noble de sangre inglesa en la línea de sucesión de ambos tronos, Phillipe no necesitará entrar en una guerra innecesaria por el poder, y quién sabe, podríamos incluso contar con su ayuda.

—¡Papá, eso es imposible! —Disparé con voz desesperada. —Tengo un ejército que dirigir. Un matrimonio en ese momento me mantendría alejado de los campos de batalla. Tendré que quedarme aquí en el castillo.

—¡Sin mencionar que la novia es una bruja! —Alec ha terminado.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó mi padre.

—Todos los que conocen a la familia dicen que son brujas horribles, así que viven aisladas. —Alec tenía cara. —Incluso dicen que la mayor fue enviada a un convento porque era tan fea que

Ravena le tenía miedo.

Mi padre se reía mucho.

—¡Las brujas no existen! —...mi padre dijo firme.

—¡Sí, los hay! —Alec lo devolvió con convicción.

Respiré profundamente para contener mi ira.

—¿Quieren parar esta historia? —dijo seco. —Ya sean brujas o no, un matrimonio está fuera de discusión. El Señor goza de gran salud y no hay necesidad de poner a uno de nosotros en el trono. Además, estamos en guerra.

Caminé hacia la puerta. Mi padre sabía muy bien que esa guerra no era la única razón que me mantenía en el frente. No era sólo la victoria de nuestros clanes lo que me interesaba, también quería la sangre y la cabeza de Roy en bandeja de plata.

—¿Alistair? ¡Alistair, vuelve aquí! —que mi padre ordenó. —¡Estoy muy enfermo y te necesito aquí! Tengo que ir a Dunlock y darme un gusto.

—¿En serio? —Me retracté. —Estoy harto de esta estúpida y mentirosa excusa tuya.

—Alistair, ¡estoy hablando en serio! —insistió, pero seguía caminando. —¡Te casarás mañana al atardecer!

—¿Es eso cierto? —Me di la vuelta con una sonrisa desenfrenada y lo miré fijamente. —¿Quién me reemplazará en la primera línea? A pesar de ser una buena líder, Bree no podrá mantenerse por delante de un batallón acampado para siempre. Ni siquiera Keilan. Alguien tiene que hacer estrategias, comandar hombres, tomar decisiones. Es obra de un príncipe o de un rey. ¿A quién pretendes enviar para reemplazarme?

—¡Alec! —dijo mi padre.

Dejé de fruncir el ceño.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Alec hizo un disparo sorpresa.

—¿Alec? —Dejé salir una risa fría. —Alec no está listo para lo que vendrá. Mi hermano es un buen negociador, pero nunca este frente a un batallón. Apenas puede pensar en las estrategias de un juego. ¿Cómo serás capaz de liderar a algunos hombres?

—Estoy contigo —dijo Bruce en tono evasivo.

—¡Hey! Estoy aquí, ¿sabes? —Alec refunfuñó mirándome desde Bruce.

A pesar de esos comentarios, podía sentir que había algo entre Bruce y Alec que no podía ver. ¿Qué me estaban ocultando?

—¡Oh, genial! Esta será una buena oportunidad para que aprenda! —dijo mi padre con firmeza.

Eso me sorprendió, porque era una actitud que mi madre desaprobaba. Respiré profundamente recordando las palabras de mi madre y traté de disuadirlo de esa estúpida idea.

—Pensé que teníamos un trato y que Alec me reemplazaría como rey si fuera necesario.

Mi padre suspiró, volviendo a llenar el vaso.

—Alistair, soy viejo y tengo la intención de...

—Aquí tienes otra vez esa historia. —Puse los ojos en blanco.

—¡Hablo en serio, muchacho! —mi padre resonó. —Como dije, estoy enfermo y necesito descansar. Decidí vivir en Dunnlock con tu madre, así que pienso pasarte la corona y casarme contigo antes de eso.

Respiró cerca de mí.

—Me dejaría más relajado sabiendo que hay alguien cuidando a nuestra gente con mucha responsabilidad y disciplina —dijo. —Además, nuestra tradición dice que el primogénito tome el

control.

—Papá, escucha... —Me detuve con una voz desesperada. —Eso es demasiado precipitado. Puede que me lleve años tener un heredero.

—¡Tres meses! —él disparó.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—Tienes exactamente tres meses para embarazar a tu mujer.

Increíble, dejé salir una risa.

—Estás loco, ¿verdad? —Planché. —Es técnicamente imposible! ¿Qué hacemos si no es fértil?

—Ravena tuvo tres hijas. Dudo mucho que sean infértiles. —sonrió. —Además, son brujas, ¿no?

Lo miré con desprecio, pero mi padre seguía sonriendo.

—De todos modos, la noticia de la boda ya dejará a Roy desestabilizado. Todavía puede ser arquitecto para que Alistair no tenga un heredero —dijo Bruce en un tono pensativo.

—¡No estás ayudando, Bruce! —dijo mi padre con desaprobación.

Cerré los ojos y los puños con fuerza.

—¡Está bien! ¡Está bien! Estoy de acuerdo en dejar que Alec vaya a la batalla, así que pone en práctica todo lo que ha aprendido. ¿Pero casarse? Con un MacBride? ¡Eso no! —Disparé con furia. —Es una locura! Como dijo Alec, ¡son brujas!

Mi padre puso los ojos en blanco.

—¡Te dije que no existen las brujas!

Esnifé con enojo. Esa conversación ya estaba yendo demasiado lejos y ya no tenía ninguna discusión. Aunque estoy de acuerdo en que la idea de unir el despreciable clan del Loch MacBride con el nuestro era perfecta.... El problema era que no quería casarme con ninguna de ellas. ¡No quería casarme!

—¡Está bien! ¡Está bien! —...lo golpeé con una voz furiosa. —¡Hazme rey entonces! Cuando llegue el momento, elegiré a mi reina y me casaré con ella. Tan simple como eso!

—Cuando llegue el momento, ¡tal vez estés muerto! —mi padre lo devolvió. —Quiero asegurarme de que tienes herederos y preferiblemente uniendo esas dos casas.

—¡Papá, por favor!

—¡Ya está decidido! —la voz de mi padre resonó fuerte. —Esta noche estarás comprometido con el elegido y mañana al atardecer te casarás en la capilla del pueblo.

—¡Espera! ¿Esta noche? Dijiste que los MacBride no vendrían al banquete. —Me retracté. —¿Qué pasó con "en unos días"?

—¡Mentí! —dijo sonriendo con desdén.

Con un rugido salí del pasillo hacia mis aposentos, golpeando la puerta tan pronto como entré en la habitación. Yo amaba a mi padre, pero no quería comprometerme con nadie antes del final de esta guerra. Hasta ahora, he logrado retrasar lo más posible este fatídico día, y sabía que llegaría una hora.

—Si hubiera algo que pudiera hacer para detenerlo. —Susurré apoyado en la silla donde estaba sentado con las manos unidas en una oración. —¡Señor, deme fuego!

La puerta se abrió suavemente y miré hacia arriba para ver a mi madre. Me reí por dentro, porque se parecía mucho a un ángel, pero dudé de que me ayudara.

—¿Puedo pasar? —Preguntó en voz baja.

—Sí. —Ya contesté. —Por supuesto que puedes! ¡Siempre eres bienvenido en mis aposentos!

—¿Eso indica que tu padre no lo hizo?

Suspiré, recostado en la silla y cerrando los ojos.

—Nunca has estado destinado a rezar.

—Sí, pero esta vez realmente necesito un milagro. —Me pasé la mano por la cara. —¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Algo por adelantado?

—No. —Me confesé sin entusiasmo. —No habría vuelto si hubiera sabido que tenía que casarme.

Me sonrió y me tocó la cara.

—Alistair, yo no crié a mis hijos para que fueran cobardes —dijo que tomar mis manos. —No eres un cobarde y estar casado no es el fin del mundo.

—¿Has venido a animarme o a decirme que estás al lado de mi padre?

—Vine a decirte que te des un largo baño caliente e intentes digerir la información. Entonces baja al banquete. Estaré a tu lado, sea cual sea tu elección.

Mi madre guiñó un ojo con una sonrisa y se alejó hacia la puerta. Me quedé mirando a la puerta por unos instantes tratando de entender sus palabras. Sabía que había un enigma detrás de sus palabras que me ayudaría a resolver el problema. Sólo tenía que descifrarlo.

—¡Deme fuerzas, señor! —Susurré. —¡Dame fuerzas!

Capítulo 02

Aideen

La lluvia caía bajo en el horizonte. Desde la ventana de mi dormitorio contemplaba la inmensidad verde de la colina alrededor del Castillo de Inverness. Mi padre fue uno de los señores que sirvió al rey Brice del clan MacCalister. Sus antepasados lucharon incansablemente contra las invasiones de los pueblos del norte y luego contra el avance del dominio inglés, que una vez nos convirtió en colonia.

Nunca entendí del todo por qué mi madre impidió que mi padre colaborara con las campañas, que según me dijeron los sirvientes iban muy bien. El intrépido príncipe Alistair ganó batallas tras batallas y mantuvo a las legiones de Lord MacGregor alejadas de las Tierras Altas. Aunque fue muy valiente y tuvo un gran éxito, todavía dependía de un milagro para poner fin al asedio de mi tío, que tenía una gran ventaja en sus manos. Como descendiente de una línea de sangre inglesa, siempre estaba tratando de iniciar una negociación para obtener el apoyo de la corona inglesa. Aunque se esforzó mucho, escuché que sus esfuerzos siempre fueron impulsados por los hombres de Alistair. Nada entró ni salió de esa fortaleza. Cualquiera que lo intentó, fue asesinado o capturado. Roy quería la corona de Brice y no le importaba nuestra gente. Su intención era ganar poder. Como mi madre, que soñaba con volver a la corte inglesa con su título de nobleza, cuya identidad desconocía.

Respiré profunda y frustrada cuando el viento frío me arrancó el pelo. Odiaba arrestarlos, porque era mucho trabajo reunir todos esos grupos en una sola trenza. Mi madre solía decir que una niña que era descendiente y sumisa a su marido debía mantener su aspecto impecable. Eso significaba que mi cabello siempre debía estar limpio y trenzado. No me importaba, porque sabía que nunca me casaría. No estaba seguro si era bueno o malo, pero si había una salida de Inverness que no pusiera mi vida en riesgo, la aceptaría con gusto.

Volví a mirar el paisaje sintiendo la tristeza que me consumía un poco más esa mañana. Cada mañana me encontraba mirando ese mismo escenario con la certeza de que nunca volvería a salir. Aunque echaba de menos pisar el césped verde o tocar el agua fría del lago Ness, mi habitación seguía siendo el lugar más seguro de las Tierras Altas. Un golpe en la puerta de roble interrumpió mis pensamientos. No tenía que darme la vuelta para saber que Annabel, mi hermana, era la que venía a mis aposentos. Sonreí ligeramente, pero no la miré y seguí mirando hacia el paisaje. Ese se había convertido en mi único momento feliz.

—¡Buenos días! —dijo Annabel con voz suave. —Te he traído el desayuno. Tostadas con jalea y una buena tetera. También tengo la musaraña domada que tanto deseabas.

—¡Se ve bien! —Susurré con una sonrisa. —¿Quieres comer conmigo?

Annabel asintió sonriendo. Todas las mañanas traía el desayuno y ocasionalmente un libro. No se me permitía ir más allá de la puerta de mi habitación, así que ella vino a mí. Mi madre vino unas cuantas veces, lo que fue un alivio.

Mi habitación era la más grande del castillo y había pertenecido a Aila. Annabel había insistido en que mi madre se quedara con él después de la partida de Aila. Desde que me convertí en prisionero, estaría en la habitación más cómoda. No me molestó el hecho de que estuviera prisionero en mi propia casa, ya que tenía mucho miedo del mundo exterior y de la gente que vivía allí.

La habitación tenía un área de baño; una cama con dosel, que estaba en el centro de la habitación y una mesa con sólo dos sillas. En la pared junto a la puerta había una chimenea y delante de ella un sillón, en el que pasaba la mayor parte del tiempo leyendo, rezando o mirando a la ventana estrecha. Muchas veces pasé tanto tiempo allí que terminé quedándome dormido.

—Es un día hermoso, aunque una lluvia fina está cayendo sobre Inverness —dijo ella. Podía oír el tintineo de las tazas cuando ponía la bandeja sobre la mesa. —Sabes que conozco bien los pasajes. ¿Por qué no vienes a dar un paseo conmigo?

—Buen intento, pero prefiero quedarme aquí. —Respondí seco.

—¡Aideen, no puedes quedarte en esta habitación para siempre, hermana mía! —se tomó un descanso. —Sabes que puedo ayudarte a salir de este lugar, ¿verdad?

¡Como si tuviera elección! Lo hice.

—¿Salir para qué? ¿Hacia dónde? —Me pregunté a mí mismo, dando la vuelta. —Sabes que no puedo cazar, y tengo muy poca habilidad con la espada. Moriría antes de llegar al siguiente pueblo.

—Morirás si te quedas solo en esta habitación. —ella lo devolvió.

Me reí sin ganas.

—Una gran ironía! —Me quejé. —No sé qué sería más agradable: morir aquí, ser humillado por nuestra madre, acusado de ser inútil o de estar solo.

Me encogí de hombros y suspiré.

—Aunque no hay mucha diferencia entre las dos opciones.

Annabel agitó la cabeza de un lado a otro. Sólo se le permitía quedarse en mi habitación para comer, así que aproveché al máximo su compañía. Era mi hermana mayor. Era dulce y gentil. Aunque parecía delicada, era muy intrépida y amaba las aventuras. Conocía todos los pasajes ocultos de Inverness y siempre estaba huyendo. Nuestra madre nunca había podido enterarse de sus filtraciones, pero dudaba de que pudiera castigarla de alguna manera. Annabel siempre fue la favorita de nuestra madre. Tenía el pelo plateado y los ojos azules, de color zafiro. No se parecía a ninguno de nosotros, ya que Aila y yo éramos pelirrojos como nuestro padre. Nuestra madre solía decir que Annabel se parecía a nuestra abuela materna, pero nunca tuve contacto con ella para estar segura.

Annabel respiró hondo antes de alisar su vestido de color marfil y sentarse en una de las sillas. Me acerqué a ella y me senté en la siguiente silla. Comenzó a servirse la tostada, que ya estaba con la jalea, mientras bebía el té de moras, nuestro favorito.

—¿Sin cuchillos? —pregunté frunciendo el ceño.

—Sí. —Ella suspiró mirando mis muñecas. —Creo que sabemos exactamente por qué.

Puse los ojos en blanco en silencio. Hace unos días, cuando Annabel me trajo el café, tomé el cuchillo que había traído y traté de cortarme las muñecas. Tuve una pelea con nuestra madre e intenté golpearla con el cuchillo. Le había golpeado en el hombro y salió de la habitación desesperada. El cuchillo se clavó en la pared y lo recogí con la esperanza de acabar con mi vida. Annabel estaba muy nerviosa cuando me vio sentada en la silla con sangre corriendo por sus muñecas. Uno de los aldeanos vino y cerró la herida que no era tan profunda como me la había

imaginado.

—¡Creo que deberías correr! —insistió en la conversación.

—¿Adónde quieres llegar con esto, Annabel? —Pregunté con voz enfadada. —Nunca me habías hecho esa oferta antes. ¿Por qué decidiste insistir en esta idea ahora mismo?

Annabel respiró hondo, apoyándose en la silla.

—Mami arregló mi boda con uno de los señores. —ella disparó.

—Le estaba llevando un tiempo volver con esa idea. —Murmuré al golpear mis puños contra la mesa. —¿Es por eso que estás tan preocupado por mí?

—Sí. —Respondió con tristeza. —No quiero dejarte aquí sola. No sobrevivirás.

—He sobrevivido hasta ahora, ¿no? Puedo sobrevivir mucho más tiempo —dijo. —Disfruta de tu liberación de esa megera desinhibida.

—¡Oh! ¡Aideen! Sólo tienes 17 años, pero hablas como si tuvieras mucho más.

—Por eso sé que sobreviviré mucho más tiempo, aunque no quiero que mi vida continúe.

Annabel me sonrió, pero su expresión seguía preocupada. Suspiré porque sabía que algo andaba mal.

—Entonces, ¿quién es el afortunado? —Pregunté dejando que mis manos se fueran de las suyas.

—¡Príncipe Alistair!

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —dijo saltando de la silla. —¡Es nueve años mayor que tú y es un ogro! Ha participado en innumerables batallas y está acostumbrado a tratar a todo el mundo sin ningún tipo de delicadeza. ¡Será malo contigo! ¿Cómo es posible que Ravena aceptara semejante absurdo?

Mi avance, con una mezcla de ira y miedo, fue tan fuerte que llegó a los pasillos del piso en el que estábamos. Entró en mi habitación sin avisar. Llevaba un vestido de color oscuro a juego con su pelo castaño rojizo. Sus ojos eran tan azules como los de Annabel.

—¿Qué está pasando aquí? —Preguntó con voz enfadada.

—Tú... ¡Monstruo! —Vociferé con rabia. —De todas las cosas terribles que nos ha hecho, casar a Annabel con ese carnicero fue la peor de todas.

—¡Baje el tono, señorita! —ella lo pidió frío. —En primer lugar, soy su madre y debes respetarme.

—¿Mamá? ¡No eres mi mamá! —Me retracté. —Sólo eres un ser que nos puso en el mundo.

Mi madre sonreía con la misma frialdad con la que sonreía cada vez que me hablaba.

—Aideen, ¿necesito recordarte lo que es tener modales? —preguntó con su madre a la cintura dónde estaba el látigo corto.

Me puse en blanco al tragarme la ropa. Llevaba ese látigo en la cintura desde que intenté golpearla con una puñalada. Sentí una punzada en la piel de mi espalda y un resfriado atravesó mi columna vertebral. Lentamente respiré para contener el enojo y el miedo que estaba empezando a apoderarse de mí.

—Eso no será necesario. —Susurré mirando al suelo. Mis manos estaban tan cerradas que empecé a sentir que mis uñas se pegaban a la piel de la palma de mi mano. —Sé cuál es tu nivel de castigo.

—¡Oh, genial! —sonrió con satisfacción. —Ahora, ¿puede explicarme qué suerte tuvo eso?

—No fue nada, mamá —dijo Annabel en voz baja. —Aideen sólo está preocupada porque me casaré con el príncipe Alistair.

—No fui yo quien le propuso un anillo de boda a Brice. El que buscó a su padre y ofreció una

gran dote por la mano de Annabel. —explicó ella. —Esa alianza es ventajosa para nosotros, así que no pude negarme.

—¿Eres egoísta, maquiavélico! —dijo entre dientes. —¿Le vendiste mi hermana a ese cerdo?

Nunca había visto a Alistair en persona, pero conocía su reputación como el guerrero más cruel en el campo de batalla, porque había sido creado para la guerra. En los años que estuvo fuera, Alistair se dedicó aún más a esta función. He oído cosas terribles sobre su conducta. La forma en que aplastó las cabezas de sus oponentes con sus manos. Sin mencionar las historias de orgías con sus hombres y mujeres. Una persona así no debía ser el marido de mi hermana. Lo imaginaba alto, lleno de músculos, con el pelo revuelto y con horribles cicatrices que deformaban su cara y su cuerpo. Un ser repugnante, sin ninguna sensibilidad.

—Deberías dejar de decir tonterías —dijo Ravena cruzando los brazos. —Annabel, debes prepararte para el viaje. De hecho, ambos deberían hacerlo.

—¿Un viaje? ¿Hacia dónde? —Pregunté confundido. Annabel miró hacia abajo.

—Vamos a Dunhill para el compromiso de esta noche. —ella respondió dándole la espalda. —Annabel se casa mañana al atardecer.

La desesperación se ha apoderado de mí. La idea de salir y estar entre tanta gente otra vez... Mi cuerpo temblaba de miedo.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí? —pregunté con una voz llena de desesperación.

—Porque es la boda de tu hermana y toda la familia debería estar allí. —Contestó ella con frialdad. —¿Aunque seas incompetente e inútil!

Mis ojos estaban llenos de lágrimas. El odio se apoderó de mi cuerpo y temblé. Ya no tenía fuerzas y no sabía cuánto tiempo más sobreviviría a ese infierno, cuya esposa frente a mí, me había provisto por capricho. La unión de los clanes MacCalister y MacBride traería a Ravena una gran fortuna y recuperaría el estatus que tanto anhelaba. Se convertiría en la madre de la futura reina de Escocia.

Desafortunadamente, Annabel era la más sumisa de las tres. Así lo creía nuestra madre. Sabía muy bien que ella sólo hacía lo que Ravena quería para que no me lo dedujeran. Los tres teníamos personalidades muy diferentes. Annabel era intrépida y valiente, pero siempre había tenido el hábito de hablar demasiado de todo lo que se le ocurría. Yo, en cambio, era considerado frágil porque era el más joven. Mis hermanas no estaban lejos de la verdad cuando pensaba así, porque mi espíritu de libertad y determinación fue completamente domado hace algún tiempo. Gracias a lo que mi madre llama incompetencia, Ravena comenzó a utilizar lo que me había sucedido como arma para chantajear y quitarnos todo lo que nos pertenecía a los dos. La vida de Annabel ha estado en una escala gracias a mí.

—Alistair nos odia y maltratará a Annabel. Estoy seguro de que eso hará de su vida un infierno. —Me detuve cerrando los ojos. —Entiendo muy bien el infierno al saber lo que estoy diciendo y no quiero eso para Annabel.

Mi madre me hizo reír con frialdad.

—¿Y de quién es la culpa? —se volvió hacia mí y me levantó la barbilla y habló entre sus dientes. —Si no la hubiera cagado, quién sabe, hoy no me casaría con los dos. Uno con cada príncipe. En vez de eso, me voy a casar con Annabel y contigo...

Me apretó más fuerte la barbilla y me giró la cabeza de un lado a otro como si me estuviera evaluando.

—No eres más que un inútil peso muerto que tendré que cargar el resto de mi vida. —se rió fríamente. —¿Quizás pueda venderla como esclava?

—¡Hola, mamá! —La voz de Annabel resonó.

Le di una patada a la mano de mi madre y se fue. Lágrimas de odio aparecieron en mis ojos.

—¡Eres un monstruo! —Lloré. —¡La odio con todas mis fuerzas! Un día te arrepentirás de todo lo que has hecho.

—Que así sea! —se encogió de hombros. —Deben prepararse, porque el viaje es largo.

—¡No voy a ir a ninguna parte! —sin parpadear.

—¡Intenta desobedecerme de nuevo, Aideen! —se tomó un descanso. —¡Inténtalo!

Ella cerró la puerta tras ella, dejando la habitación en silencio durante unos momentos.

—¡Te odio! —Grité rompiendo el silencio mortal que siguió durante minutos. Annabel corrió a apoyarme cuando me caí al suelo.

—¡Shiii! —susurró abrazándome. —Mantenga la calma! ¡No llores, muñeca! ¡Estoy aquí!

A Annabel le gustaba decir que me veía como una muñequita de porcelana debido a mi piel pálida y clara. Odiaba la forma en que mi madre me trataba y era hora de ponerle fin. Decidí que sería mejor tratar de sobrevivir por mi cuenta que languidecer poco a poco, junto a una mujer despreciable. Esperaba que Annabel viniera conmigo.

—¡Me escaparé! —dijo a los gritos. —¡Ven conmigo!

—¡No, mi hermana! ¡Me quedaré aquí y te garantizo que escaparás! —ella sonrió. —Alguien debe hacer lo que ella quiere o habrá consecuencias. No le importas y no te echará de menos.

—Sí, pero sentiré el tuyo.

—¡Y yo soy tuya, muñeca hermosa!

Nos abrazamos y lloramos durante horas y horas. Todo el dolor en mi corazón roto estaba siendo apagado y esperaba que fuera la última vez. Hace mucho tiempo me enfrenté a los dolores de un pasado que insistía en permanecer vivo en mi mente. Gracias a mi madre, que hizo lo imposible para que yo no lo olvidara. Decidió que yo viviría así hasta el final de mi vida para pagar un plan que había salido mal. Al principio el aislamiento parecía oscuro y oscuro, así como la razón por la que tenía esa fortuna. Tenía miedo de la gente y del mal que llevaban dentro. He visto suficiente para alguien tan joven.

—¡Estoy cansado! —dijo, secando sus lágrimas. —Dormiré un poco antes de irme.

—¿No has vuelto a dormir? —preguntó Annabel de pie. Lo hice con la cabeza y me fui a la cama. —Mi hermana, no puedes vivir despierta. Apenas te alimentas y te enfermarás así.

—¿Qué puedo hacer al respecto? —pregunté con una voz llena de desesperación. —Cada vez que cierro los ojos, surgen cosas horribles. Prefiero estar despierto que tener que lidiar con las sombras.

Annabel sonrió con tristeza.

—Quería verla sonreír como antes. —me dijo que me ayudaba a recostarme y luego, como si fuera un bebé, me cubrió con un beso en la frente. —Ahora vete a dormir y descansa. Todo estará bien cuando despiertes.

Dudé mucho de ello, pero estaba demasiado cansado para haber pasado otra noche en el claro debido a las pesadillas. No hizo falta mucho esfuerzo para dormir, pero pronto cayó en otro de sus oscuros sueños. La voz de Annabel resonó en mi mente dándome fuerza. El recordatorio de que todo estaría bien cuando me despertara, hizo que las pesadillas desaparecieran y por eso dormí un sueño pesado.

Capítulo 03

Alistair

La noche ya estaba cayendo, pero la lluvia ya había cesado. El cielo aún estaba cargado de nubes oscuras y se desató una tormenta. Cerré los ojos al sentir el frío viento soplar en mi cara. Había dejado el castillo para cabalgar un poco y despejar mi cabeza, pero no sirvió de mucho. El relinchido de un caballo me hizo abrir los ojos y mirar en la dirección de donde provenía el ruido. Reconocí al semental negro de Bruce y respiré profundamente. Había cabalgado durante dos horas y, sin duda, mi madre estaba preocupada. Especialmente después de la pelea con mi padre. Mi madre debió convencerlo de que me buscara.

—El camino al norte está ahí, amigo mío. —señaló en la dirección del camino que lleva a la frontera. —Espero que hayas traído mucho abrigo en esa alforja. También se necesitará una pequeña tienda de campaña. Sabes que el camino es largo.

—¡No está en mí correr, Bruce! —Suspiré. —Si has venido hasta aquí para impedir que lo haga, has perdido el tiempo.

Mi voz salió mal intencionadamente.

—¡Dios mío! Has sido más amable, querida. —que debatió. —Pensé que la fama del lobo rabioso era sólo para los campos de batalla. Siempre has sido un señor muy diplomático, por cierto.

Respiré profundamente.

Bruce tenía razón! Siempre he estado destinado a la amabilidad y la cortesía. A menudo me han sorprendido mis crueles actitudes hacia mis oponentes. A veces me temo a mí mismo por mis rupturas.

—Siento haber tenido que hacer que vinieras a buscarme.

—¡No lo sientas! —dijo sonriéndome. —Sabes que comería hierba con aguamiel si ella me lo pidiera.

Fruncí el ceño ante la sugerencia de comida de Bruce. Le encantaba comer y comía todo lo que le convenía. Sería muy fácil envenenarlo con comida o bebida.

—Bruce, a veces me pregunto si eres un hombre o una vaca. —Dije con horror. —¿Sólo piensas en comida?

—¡Así que me ofendes! —dijo con falsa tristeza. —¿Quién dice que las vacas viven pensando en comida?

—Si no viven, deberían hacerlo. Entonces podríamos ponerle tu nombre a una de esas razas.

Puso los ojos en blanco y ambos nos reímos.

—¿Realmente crees que la idea de una alianza con el Loch MacBride es tan mala? —Bruce preguntó acerca de cambiar de tema. —Roy no tiene herederos que puedan servir para mantener una alianza con los ingleses. Creo que es muy difícil para él sacarle algo a Phillipe. Tendría que trabajar duro para ofrecer algo más que la promesa de victoria a los aliados.

—Sí, estoy de acuerdo en que la idea de mi padre fue brillante y muy estratégica. Aunque no soporto Ravena, un hijo con Annabel pondrá fin a los trucos de Roy —dijo mirando uno de los árboles.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa? —Bruce hizo un gesto teatral poniendo sus manos sobre su pecho. —No me digas que le tienes miedo a una mujer.

Dejé salir una risa y luego puse una cara. No tenía miedo de ninguna mujer, excepto, por supuesto, de mi madre. Era una reina espléndida. Culta, diplomática, gentil y una madre formidable.

—No le tengo miedo a ninguna mujer, lo sabes. —Yo contesté. —El problema es Ravena. Si recupera su estatus social, seguro que ayudará a Roy en lo que sea necesario. Sabes cuánto aprecia a su medio hermano.

Bruce dejó salir una risa apretando mi hombro.

—Mi querido amigo, te he visto liderando a más de mil hombres armados con tus espadas, escudos y coraje. Nunca has perdido una batalla, Alistair. Es el líder más temido entre los clanes. Ravena es la que le teme, no al revés.

Miré a Bruce haciendo una cara. De hecho, tenía razón. Yo no me preocuparía por Ravena. Yo era un príncipe y pronto me convertiría en rey. Si daba un paso en falso, podía arrestarla por traición y arrojarla a una mazmorra.

El susurro de los caballos y los gritos de una mujer me hicieron llevar mi mano a la espada.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó cuando el caballo pasó. —¡Que alguien detenga a ese animal!

Estábamos a pocos metros de la pista que el animal estaba siguiendo. Era un tenedor que llevaría a un claro. Se estaba volviendo loco mientras una mujer intentaba, sin éxito, controlarlo. Han disparado a otros dos caballos. En una de ellas había una mujer de pelo claro y trató de llegar a la otra que estaba delante. Un caballero seguía el rastro de la primera mujer con determinación.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Bruce tomando su mano la bestia atascada en la silla de montar de su caballo.

—¡Cubran el norte, yo voy al sur! —dijo señalando la dirección en la que se suponía que debía ir.

Le hice una señal a Bruce y se fue en la dirección que yo señalaba. Fui por el otro lado, persiguiendo a los tres caballos. Si tuviera razón, los rodearía y salvaría a quien estuviera en peligro.

—¡Quieto! —Le grité al hombre.

Miró hacia atrás con la bestia en sus manos y se preparó para dispararme. Sin pensarlo, tomé la iniciativa y conseguí que el animal lo derribara. La mujer que caminaba delante de él subió en una curva justo delante. Por sorpresa, Bruce apareció y saltó sobre su caballo haciendo que ambos se hundieran.

—¡Maldito bastardo miserable! —gritó la mujer.

—¿De acuerdo? Yo pregunté.

Bruce asintió, pero la mujer gruñó.

—¡Cristo! ¡Que alguien detenga a ese animal! —Oí al otro gritar de nuevo.

—¡Idiota, miserable! —la mujer respondió llenando a Bruce de bofetadas.

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos! —dijo cogiéndole las manos. —¡Yo me encargaré de esto!

Corrí hacia el animal, que estaba asustado por algo que subió en el claro y empujó al

Amazonas hacia abajo. Salté de mi caballo en cuanto se detuvo. Me arrodillé a su lado y saqué la capucha de la capa que llevaba puesta. Se descubrió que tenía el pelo cansado, teñido por el fuego, que se le había caído de la frente. Tenía una cara delgada y redondeada. Sus labios eran carnosos y rosados. Parecía muy joven. Nunca había visto a una chica tan hermosa como esa chica antes.

—¡Jesús! ¡Me trajiste un ángel! —Susurré. —Un ángel hecho de porcelana.

La chica estaba desordenada, así que le sostuve la cara para ver si respiraba. Noté que las manos eran pequeñas y delicadas, pero fueron las muñecas las que me llamaron la atención. Estaban envueltos en vendas escondidas bajo la manga del vestido azul.

—¡Santo Dios! —Susurré. —¿Qué había para que lo hirieran así?

Impulsivamente llevé su muñeca a mis labios y los besé con los ojos cerrados. Estaba en un segundo de distracción cuando sentí un pinchazo en mi garganta.

—¡Quítame las manos de encima o te arrancaré el cuello! —Dijo la chica en tono amenazador, tirando con fuerza de su mano.

—Hey, hey, hey. ¡No voy a hacerle daño! —dijo levantando las manos. —Te caíste de tu caballo. Estaba preocupada, porque no estaba de acuerdo. Sólo intenté averiguar si estaba vivo, porque la caída fue fea.

—¡Gracias por tu preocupación, pero no me vuelvas a tocar! —ordenó ella. —¡Ahora, retrocede!

Hice una cara de incredulidad al mirarla.

—Estás bromeando, ¿verdad? —pregunté con aire irónico. —Puedo aceptar esta daga en cualquier momento, porque soy más alto y fuerte que tú, jovencita. He sido entrenado para las batallas, y puedo derribarla fácilmente. ¡Deja tus tonterías y dame esta daga!

Sus ojos se abrieron de par en par y fue entonces cuando noté los ojos verdes más hermosos que jamás había visto. Eran tan expresivos y brillantes que no podía dejar de mirar. Quedé hechizado por su brillo y me lo tragué seco cuando me sentí hipnotizado. Aprovechó mi distracción para empujarme con un pie y luego ponerse de pie. Me desmayé sentado en el suelo.

—¡Si intentas tocarme, juro que me suicidaré primero! —Gritó, apuntando su daga a su garganta.

Me entró el pánico en los ojos, porque no quería verla lastimada. No esperaba esa amenaza y algo dentro de mí se volvió con la posibilidad de tener su sangre en mis manos o esparcirla en el suelo. Salté e hice gestos para calmarla. Estaba acostumbrado a tratar con hombres que amenazaban a otros, pero no a sus propias vidas. Eso era nuevo para mí.

—Mira, no te haría daño si quisiera. —Dije en voz baja. —Nunca haría nada en contra de la voluntad de una mujer. Sólo quería saber si estabas bien, porque la vi huyendo en un caballo incontrolado con un hombre detrás de ti y una mujer.....

—¿Dónde están ellos? —Preguntó ella, mirando a su alrededor.

Parecía asustada y preocupada al mismo tiempo.

—El hombre está tumbado más atrás. —Yo contesté. —En cuanto a la mujer, mi primo accidentalmente la bajó del caballo y fue a ayudarla.

—¡Maldita sea! —Susurró en un tono preocupado.

—Escucha, ¿por qué no dejas caer esa daga y me dices tu nombre? —pregunté en voz baja. — Me estoy poniendo muy nervioso por la posibilidad de que te hagan daño.

—¿Por qué quieres saber mi nombre? —me pidió que diera un paso atrás cuando seguí

adelante. —No estoy bromeando! ¡Atrás o me mato delante de ti!

La chica, de hecho, me estaba poniendo muy nerviosa por la posibilidad de salir herida. Ella no parecía tener miedo de quitarse la vida y yo sentía que no era un farol. Eso realmente me hizo sentir mucha curiosidad. Parecía una mujer noble y debía pertenecer a un clan muy rico. ¿Por qué una chica tan hermosa atentaría contra su propia vida? Recordé los vendajes en sus muñecas y la preocupación aumentó.

La niña apretó la daga aún más fuerte contra la piel de su cuello e hizo una mueca cuando sintió que la hoja abría un corte superficial. Sin pensarlo, di dos pasos cubriendo la distancia que nos separaba y le agarré la muñeca para evitar que se lastimara.

—¡Deténgase ahora mismo! —Te ordené que intentaras llevarte la daga. —No dejaré que te lastimes, tonto.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —ella gritó tratando de evitar que yo consiguiera el objeto.

Con su intento de llevarse la daga, la punta pasó a través de mi antebrazo abriendo un corte desde el codo hasta la muñeca. Sentí que la piel ardía por el objeto que estaba extremadamente afilado. Enlazando su cintura con uno de sus brazos, le saqué el arma de sus delicadas manos. Me molestó que me hubiera hecho daño, pero al mismo tiempo me sentí aliviada de haber podido desarmarlo.

—¡Eso duele! —Susurré entre los dientes. —¿Viste lo que hizo tu imprudencia?

—Lo siento! —Dijo en tono preocupado. Poniendo sus manos sobre mis hombros, trató de alejarse. —Yo... ¡no quería hacerle daño! ¡Por favor, no me hagas daño!

Me he reído un poco.

—¿Qué persona valiente se disculpa después de herir a su oponente?

—¿Uno al que no le gusta mucho el dolor y teme a cualquiera que pueda hacerle daño?

Mi sonrisa se desvaneció y frunció el ceño sin comprender. De alguna manera no me gustó esa observación. Me miró fijamente con ojos verdes y suplicantes. Su respiración era jadeante y pesada. Suavicé mi expresión para no asustarla más.

—Lo siento si insinué que te lastimaría de alguna manera —dijo casi sin aliento debido a su cercanía.

Sus ojos me volvieron a ver con su intenso resplandor. No sabía si era miedo o algo más.

—Soy Alistair MacCalister. ¿Qué es tan gracioso?

Ella puso los ojos en blanco de una manera sorprendida y asustada.

—Aideen MacBride —susurró ella.

Me sorprendió, no podía contener las palabras que salían de mi boca.

—¡Eso no es posible! No pareces una bruja —dijo. —Tal vez una bruja, pero no una bruja.

Parpadeó y se sonrojó. Me gustó la forma en que mis palabras la afectaron. Tal vez se avergonzaba de no reconocerme, pero yo prefería imaginar que el rubor se debía a mi presencia.

—¡Lo siento, Su Alteza! —se ahogó. —Realmente no quise lastimarlo. Nunca he hecho algo así antes. Te pido que no me castigues tan severamente, pero aceptaré cualquier castigo.

Respiré profundamente y sólo entonces me di cuenta de que tenía un MacBride en mis brazos. Si ella estaba allí, entonces había un séquito que debería estar a su lado. ¿Dónde estaban, por cierto?

—Cálmate! No pretendo castigarte de ninguna manera. Además, fue sólo un rasguño. —Después suspiré con una sonrisa. —Os pido que no me tengáis miedo, porque no soy yo quien os asusta. Lo siento si te di esa impresión.

La solté devolviéndole la daga y Aideen me miró fijamente.

—No te hagas daño, ¿de acuerdo?

Dudó un momento y me miró con recelo.

—¡Vamos, tómallo! —dijo apuntándote con el arma. —Puedes confiar en mí. No voy a hacerle daño.

Ella frunció el ceño ante mi frente mirándome desde arriba.

—No suelo confiar en la gente.

—¿Por qué no debería?

—Porque son capaces de hacer cosas horribles y estúpidas en su propio nombre. —Contestó con voz temblorosa. —Son capaces de hacer daño a gente inocente si tienen la oportunidad, sin ningún remordimiento.

Me sorprendió tu firme declaración, pero sonrías. Nunca antes había hablado con alguien tan directo, especialmente con una mujer. Los hombres me temían y las mujeres solían ser muy reservadas. Tenía aún más curiosidad, porque había algo detrás de esas palabras. Algo que no pude descifrar.

Bruce apareció detrás de nosotros, montado en Odín. Otro caballo lo acompañó con un hombre atado y en desacuerdo, inclinado sobre la espalda del animal. Las riendas estaban atascadas en la silla en la que Bruce estaba montando. La mujer que vi derribada estaba en el caballo con Bruce, atrapado en sus brazos. Parecía muy enojada por esa situación y muy descontenta con Bruce, quien la apretó para que no se escapara.

—¡El otro caballo se escapó! —...disparó, poniendo cara. —Me las arreglé para atar al caballero. Creo que soy un guardia de algún clan, pero aún no he podido descubrir a la chica que está nerviosa y tiene la boca sucia, y no deja de ofenderme.

Señaló a la rubia que luchaba en sus brazos. Tenía el pelo más bonito, de color plateado que jamás había visto. La miré fijamente durante unos segundos. ¿Dónde he visto ese pelo antes? Parpadeé cuando la oí retorciéndose con Bruce.

—¿Boca sucia? ¿Nervioso? ¡Repite eso y te arrancaré la lengua! ¡Trol cabezón!

Bruce puso los ojos en blanco.

—¿Has visto lo que he dicho? Por eso no pude encontrar nada. No deja de ofenderme y he llegado a la conclusión de que prefiero que se calle.

Me he reído un poco. Nunca antes una mujer había actuado así con mi primo. Al contrario, se desmayaron a sus pies.

—¡Está bien! ¡Está bien! Si tengo razón", dijo, volviéndose hacia Aideen. —esta es una de las chicas MacBride.

Aideen me miró fijamente encogiéndose de hombros.

—¿MacBride? —Bruce sonrió con ironía mirando a la chica rubia. —Hmm! ¿Entonces lo que dicen es verdad? Eres una bruja. Al menos tienes el temperamento de uno.

—¡Déjame ir y te mostraré quién es la bruja! —gruñó

—¡Annabel! ¿Es esa la forma de hablarle al caballero?

Una voz corrió por el bosque y me sorprendió con su ferocidad. Era la voz de una mujer, y parecía muy enfadada. Entonces Ravena apareció en medio del claro. Estaba montada en un hermoso caballo blanco, vestida con un vestido azul y un pastel. El Loch MacBride vino justo detrás de ella y me miró seriamente, pero luego miró hacia otro lado.

—¡Su Alteza! —Ravena ha hecho un movimiento. —No ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos.

—¡Su amabilidad! —Agité la cabeza con una sonrisa irónica. —Tú, por otro lado, no has

cambiado absolutamente nada.

Ravena me miró con desprecio. Ella sabía que no me gustaba. Loch no esbozó ninguna reacción a mi comentario. Parecía más una muñeca de apoyo que el marido de Ravena. Despertó más odio en mí. ¿Por qué dejó que su esposa lo dominara?

—¡Aideen, rata! —dijo que miraba a su hija con mucha atención. —Pensé que estabas muerto.

—¡Todavía no! —Aideen contestó con ironía.

—¿Te atreves a responderme? —Ravena disparó de una manera amenazadora.

De repente, Aideen se encogió como si temiera a su madre. Dio un paso atrás. Miré a mi alrededor buscando una salida y pude ver el pánico que crecía en sus ojos cuando vio que no había salida. Me sorprendió su actitud, pero me puse a la defensiva.

—¡Quédate detrás de mí y no te muevas! —Susurré. —¿Por qué le hablas así a esta jovencita?

—Esta joven, mi hija, asustó al caballo a propósito para escapar del séquito y regresar a Inverness. Además, arrastró a su hermana, que vino a rescatarlo. —contestó entre dientes. —¡Casi me muero de preocupación!

La última frase sonaba falsa y me di cuenta de que Ravena estaba más preocupada por la chica rubia que por la pelirroja.

—Annabel, ¿qué haces montando este caballo? —preguntó ella. —¿Eso son modales? ¿Qué pensará el príncipe de tu comportamiento?

—¡Muy bien, Ravenna! —Dije con un suspiro de frustración. —Bruce es mi primo y confío en él. Su hija está a salvo, créame.

—¿Ese cachorro de troll enfadado es tu primo? —Annabel le pidió que volviera los ojos de Bruce otra vez. —Lo siento, pero debería enseñarte algunos modales.

Bruce gruñó.

—¿Vas a dejar de ofenderme? —disparó enojado. —¿Sabes quién soy yo? El Duque de Dunvegan. Soy el tercer hijo de la casa de los MacCalister.

—¡Júralo! —debatió. —¿Alguna vez te han dicho que no eres más que un matón arrogante?

Me he reído un poco. Aunque mi futura esposa era muy hermosa, con su cabello plateado, ojos azules muy expresivos y una lengua fértil, era la pelirroja de los ojos, esmeraldas que me encantaban.

—¡Annabel! —Ravena la regañó. —Discúlpate y bájate del caballo ahora mismo. Ven a cabalgar conmigo y tu padre se llevará a su hermana.

—Yo... —Aideen se tomó un descanso. —¿No puedo tener un caballo para mí solo?

—¡Déjate de tonterías, jovencita! —Ravena respondió. —Tu padre también podría llevársela. De esta manera, evitaremos más incidentes. ¿Estás de acuerdo? Sé lo que intentaste hacer, y no dejaré que vuelva a pasar.

Aideen jadeó y luego contuvo la respiración. De repente, la chica valiente que me atacó ya no estaba allí y parecía un animal acorralado. Está acorralado y no sabe adónde ir. Bajó un poco la cabeza. Inclinandose, se volvió hacia donde estaba el caballo de Loch y empezó a caminar lentamente. No parecía querer que la distancia se acortara y estaba retrasando sus pasos lo más posible. ¿Fui yo o ella le tenía miedo a Loch?

No podía creer que la chica valiente que se había enfrentado a mí se hubiera vuelto sumisa de repente. Estaba claro que no había sido educada para ser grosera con nadie, pero de alguna manera sabía cómo defenderse cuando era necesario. De repente, tomé mi mano del brazo lesionado por accidente. Recordé mi muñeca cubierta de vendas y cerré los ojos. La forma en que Ravena habló, la forma en que Aideen me miró con miedo, me hizo creer que Ravena no la trataba

como una madre debería tratar a una hija. Las palabras sobre el dolor y el sufrimiento que Aideen había pronunciado, golpearon con fuerza mi mente. Mi corazón se estremeció de angustia. No me daban dulces sentimientos por nadie, pero algo dentro de mí me rogaba que la protegiera de cualquier cosa. Instintivamente y posiblemente por alguna razón que no podía explicar, le agarré el brazo con fuerza.

—¡Espera! Te escoltaremos hasta el castillo —dijo mirando a su alrededor. -- Creo que mi padre te está esperando ansiosamente. Aideen, tú vienes conmigo.

—Su Alteza, pero eso sería imprudente. —Ravenna devolvió el golpe. —Aideen, monta el caballo con tu padre.

Miré a Bruce con firmeza.

—Bruce, toma a Annabel y vete. —Yo ordené. —Aideen vendrá conmigo para ahorrar tiempo con la falta de caballos.

Bruce sonrió a la cara asquerosa de Annabel y antes de que ella le contestara, él salió y les pidió que lo acompañaran. Ravenna resopló, pero luego, controlándose a sí misma, trató de sonreír.

—Perdóname, pero no creo que sea apropiado.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Dije que nada de paciencia. —Es una orden. Aideen vendrá conmigo aunque tenga que arrastrarla.

Ravenna mencionó haber dicho algo, pero Loch la cogió de la mano para impedirle que hablara. Ella suspiró frustrada durante mucho tiempo y luego me miró con asco.

—Sí, bueno! Luego escolta a Aideen hasta Dunhill y sácanos de este maldito bosque —dijo Ravenna entre dientes.

Dicho esto, hice un gesto con la cabeza y tomé las riendas del caballo que la había derribado. Soltando el brazo de Aideen, fui a la silla de montar de mi caballo y lo até para que el otro animal se quedara atrás y nos acompañara. Loch siguió la caravana sin pestañear, pero Ravenna seguía siendo reacia, pero decidió seguir a los demás. Antes de eso, sin embargo, aún despreciaba a su propia hija con odio.

—¿Vas a venir? —Dijo que si se acercaba a Aideen.

Ella miró mi mano con temor, pero extendió su mano para que yo pudiera ayudarla. Su tacto era suave y su piel muy delicada. Sentí el calor que emanaba de ella y la abracé fuertemente para jalarla hacia mí. En vez de ponerla en la celda detrás de mí, simplemente la sostuve entre mis brazos contra mi pecho.

—No te preocupes, no dejaré que te caigas del caballo. —que sonaba más como una promesa y se veía asombrada. —Confía en mí y deja de mirarme como si fuera un monstruo.

—¡Pero usted es un monstruo, Su Alteza! —Dijo sin ceremonias.

—¿Cómo puedes decir algo tan seguro si no me conoces? —Le pregunté. —La última vez que la vi, era sólo una niña. Me ofenden tus palabras.

—No deberías hacerlo. ¡Conozco tu fama de guerrero y sé lo cruel que puedes ser! —respondió con prontitud.

—Sí, soy despiadado y sediento de sangre en un campo de batalla. ¿Qué guerrero no es? —pregunté, encogiéndose de hombros. —Eso no significa que sea grosero. ¿Han visto alguna vez a un guerrero de cerca, además de, por supuesto, escuchar "historias" sobre mí? ¿Es por eso que tenías miedo?

Aideen permaneció en silencio durante unos segundos y sentí que su cuerpo temblaba contra la piel de mi brazo.

—No te tengo miedo, pero no me gusta que me toquen.

—¿Ni siquiera por tu padre?

Respiró profundamente.

—Nadie! —Susurró Aideen.

Estuvimos en silencio unos minutos. Ya no sentía el cuerpo de Aideen tenso contra el mío. De hecho, ya estaba muy relajada y esto me hizo creer que había ganado un voto de confianza.

—¿Por qué nos burlamos en vez de galopar? —Preguntó ella, girando la cabeza para mirarme. Aideen era bajito y podía apoyar mi barbilla en su cabeza.

—No tengo prisa por llegar aquí.

—¿Por qué no debería?

—Porque estoy disfrutando de tu compañía. —sonríe cuando dice. —Créeme, rara vez disfruto de la compañía de una mujer sin haberla desnudado antes.

—¡Eso fue extremadamente grosero! —resopló.

—Lo siento, pero hablas tan abiertamente que estoy tentado a mantener correspondencia.

—¿Y eso es malo?

—No. Al contrario. —Me detuve, la miré y sonreí. —Me encanta la forma franca e ingeniosa en que hablas. Pocos tienen la audacia de hablar conmigo en pie de igualdad. Sólo llevo tres meses fuera del batallón y ya echo de menos hablar con los hombres. Aunque prefiero hablar contigo, que es mucho más bonito.

Aideen se sonrojó al mirar hacia otro lado, pero me di cuenta de que estaba sonriendo. Estaba claro que no recibió muchos cumplidos y una vez más me intrigó.

—Siento haberte hecho daño —dijo otra vez, poniendo su mano sobre mi brazo magullado. — Si hay un poco de aloe vera, tal vez pueda hacer un bálsamo para secar el corte y curar la herida.

—¿Sabes de hierbas? —pregunté asombrado.

Había pocas mujeres en la aldea que entendieran las hierbas y la mayoría de ellas eran mujeres. Personalmente, no conocía a ningún joven que dominara el conocimiento de las plantas, excepto, por supuesto, a la mujer que ahora comandaba el batallón en mi lugar.

—Sí. —Ella suspiró. —Lo aprendí hace mucho tiempo.

—Hablas como una anciana. —Dejé salir una risa. —¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. —ella disparó.

Me sorprendió la revelación. Sabía que era joven, pero no esperaba que fuera tan joven. Sin embargo, no hablaba como una mujer joven, sino como una mujer decidida. Excepto que cuando estaba en presencia de Ravena, se encogía como una rata asustada.

—No deberías haberle hablado así a mi madre —dijo de repente Aideen con voz preocupada. —Eso sólo la enfadará con su alteza.

Dejé salir una risa sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Créeme, conozco Ravenna desde que era muy joven. Sé que algo la molesta —dijo. —Por favor, llámame Alistair. Odio esos protocolos de nobleza.

Ella sonrió sacudiendo la cabeza.

—El hecho, Alistair, -dijo con voz desenfadada enfatizando mi nombre. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral cuando ese sonido angelical salió de su boca. —es que muchos temen a mi madre y no deberías desafiarla. Puede ser muy peligrosa cuando está enfadada.

Sonríe para tu tono de advertencia. Nos estábamos acercando al puente Dunhill y me frustraba que nuestra gira llegara a su fin. Desmontando de la silla de montar, levanté los brazos para tomar la cintura de Aideen y ayudarla a bajar. Era tan ligera que no hacía falta mucho esfuerzo para sacrificarla. Mientras descendía, Aideen mantuvo su mirada fija en la mía al mismo tiempo que

mantenía la respiración en mis brazos. Estaban desnudos y pude sentir de nuevo el calor de la piel de la palma de su mano.

—El hecho, Aideen, es que te susurré al oído cuando lo puse en la mesa. —es que no soy uno de esos muchos y no tengo miedo, Ravena. Ya parece ser parte de ese núcleo. No entiendo por qué, pero pretendo averiguarlo. Ya que seremos parientes, creo que tendré mucho tiempo para eso.

Ella jadeaba y yo me iba sonriendo. Aideen dio un paso atrás tragando seco y luego la vi besando suavemente con la mano.

—Ha sido un gran placer!

Aideen se dio la vuelta y luego se mezcló con el resto del séquito. Bruce se me acercó con su halcón en uno de sus antebrazos y sonrió.

—Para alguien que no quería involucrarse con una mujer del tipo "matrimonio", —debatí. — pareces muy interesado en el pequeño.

Volví mis ojos hacia él y luego me crucé de brazos.

—¡Intrigada, querida! Sólo intrigado! —Respondí y luego me reí un poco. —En cuanto a ti, ¿ablandaste a la bestia por mí?

Bruce puso los ojos en blanco.

—¡Esa cosa no es una mujer! ¡Es una serpiente venenosa! —Dijo con dureza. —Me alegro de que sea tu prometida, si no te hubiera arrancado la lengua de la boca.

—¿Y no se le pasó por la cabeza tratar de silenciarla como a ti te gusta hacer con las damiselas? —Pregunté irónicamente.

Bruce puso los ojos en blanco y se veía asqueroso.

—Dios no lo quiera! —él disparó. —Si intentara besarla, sería yo quien perdería la lengua.

Le di una carcajada pegándole en el pecho e hice que Bruce viniera conmigo.

—Vamos, todavía tengo tiempo para tratar de persuadir a mi padre para que pare esta mierda —dijo. —Entonces, ¿quién sabe si no lo reclamarás por ti mismo?

—¡Jesucristo!

Bruce hizo la señal de la cruz sacándome más risas y luego me siguió hasta el castillo. Todavía tenía la esperanza de que esta unión no se llevaría a cabo y me aferraría a ella hasta el final.

Capítulo 04

Aideen

Dunhill estaba agitado cuando llegamos. Por orden del príncipe, el rey se había propuesto darme una habitación donde pudiera estar solo. Tenía una gran ventana que conducía al lago Duich. Las aguas eran tranquilas y, a pesar de la lluvia torrencial del exterior, el paisaje era hermoso, incluso de noche. Las luces de la aldea circundante iluminaban y centelleaban todo a la orilla del lago, viajando una gran distancia hasta la entrada del bosque. La ciudad de Dunhill era extensa, creo que era más grande que Inverness, que estaba en una ladera, pero seguía siendo un clan grande. Suspirando, me volví para contemplar la espaciosa y bien ventilada habitación. El rey no necesitaba decir que Alistair se había esforzado por mantenerme alejado de los demás. Yo sabía que fue idea suya, aunque Brice no dijera nada. Había notado que mis actitudes le parecían extrañas y yo estaba contenta con el gesto. Al menos estaría lejos de mi madre por unas horas. Imaginándome que volvería a Inverness para un aislamiento aún más severo, ya que mi hermana se quedaría en Dunhill, me dio escalofríos. Había elaborado un plan para asustar a los caballos y huir con Annabel. Distraría a todos y podría salir en llamas para sumergirme en el bosque a lo largo del sendero. Entonces encontraríamos una forma de sobrevivir. El problema es que el caballo se fue antes de tiempo. Estaba demasiado asustado para darme cuenta de que uno de los soldados venía tras de mí con una bestia en la mano. Disparó justo antes de que yo gritara pidiendo ayuda, tal vez por orden de mi madre, que prefería verme muerto, pero que por alguna razón sádica, amaba atormentarme. Ha pasado mucho tiempo desde que monté. Ya había olvidado lo que era controlar un animal tan grande como ese. Ciertamente, Rávena me había dado el caballo más grande del establo a propósito, sabiendo que no había montado en muchos años. Ya había perdido la esperanza de sobrevivir cuando Alistair apareció.

Alistair MacCalister, el príncipe de las batallas. El comandante de las legiones esperanzadas. No era como lo imaginé, debo confesar. Lo tenía como un guerrero despiadado, sangriento y grosero, pero hasta que supo ser amable. No tenía las cicatrices que imaginé que tendría al menos no a simple vista. Su cara estaba angulada con una mandíbula cuadrada cubierta con una barba cercana. Los rastros eran fuertes y las únicas cicatrices que noté fueron en la esquina de su ojo izquierdo y la barbilla cuadrada. Una pequeña y delgada línea de corte, tal vez hecha con la punta de una espada. Los ojos eran de un azul intenso, casi negros. El pelo negro incluso iba justo por debajo de los hombros anchos. El pecho tenía unas cuantas hebras de pelo sobre la abertura del cuello en V de su camisa blanca. Sus brazos estaban firmes con músculos que se estiraban cada vez que se movía. Lo sentí cuando Alistair me involucró, después de montarme en el caballo. Su fuerza era tan grande que no le costó mucho esfuerzo levantarme a la silla de montar. Eso, hecho con una sola mano. Era difícil hablar con él debido a su altura. En varias ocasiones, tuve que agachar el cuello para poder alcanzar su mirada. Era alto como un vikingo, incluso más alto que mi padre. Si estuviéramos en tiempos antiguos, diría que era uno de los dioses nórdicos que un

poco de nuestra historia contaba. Cuando estaba en la silla de montar, estaba a merced del calor que emanaba de su cuerpo y del aliento caliente que emanaba de su respiración, a veces o de nuevo, alrededor de mi cuello.

—Entonces, ¿cómo es él? —Escuché a Annabel preguntar.

Me sacó del trance cuando recordé a Alistair. Suspiré, mirándola fijamente.

—Diferente, creo.

—¿Diferente cómo?

—A diferencia de todo lo que imaginé en un lord escocés o en un guerrero —dijo encogiéndose de hombros. —Diferente.

Giró los ojos sonriendo, pero aún había un poco de preocupación en su mirada.

—¿Qué hay de Bruce, Duque de Dunvegan? —Le pregunté. —Fuiste grosero con él. El hombre estaba tratando de ayudarla.

—¿Ayudarme? —Annabel refunfuñó. —Ese idiota saltó sobre mí tirándome de mi caballo. Casi me rompo los huesos en el otoño. Si eso ayuda, ni siquiera me importa si estaba dispuesto a matarme.

Se ríe de tu comentario despreciativo. Estaba claro que no le gustaba su futuro primo. Aunque no dijo mucho, simpatizaba con la manera de Bruce. Como Alistair, era bastante alto. Tenía los ojos azules así como los de Alistair y el mismo pelo negro, sin embargo, un poco más corto y con mechones lisos. Todavía no había conocido a su hermano menor, pero podía ver que la belleza venía de la familia, porque, a pesar de su edad, el rey Brice era tan hermoso como sus hijos. Creo que si estuviera viva, Cora MacCalister tendría los rasgos de su madre.

Respiré profundamente, desterrando los pensamientos que me llegaban.

—No te preocupes", dijo en un tono suave, pero triste. —Aunque parezca increíble, Alistair no es tan grosero como imaginaba. Considerando lo que has hecho por mí hoy, estoy seguro de que el príncipe te cuidará muy bien.

Aunque parezca extraño, estaba seguro de que Annabel estaría a salvo con los MacCalister. Alistair podría incluso seguir odiando a nuestro clan, pero algo me dijo que cuidaría bien de mi hermana. Eso fue suficiente para mí y me trajo algo de consuelo para seguir la fortuna que me esperaba.

—¿Tú? ¿Defendiendo a un hombre? —debatí acerca de acercarse. —Debo confesar que me sorprenden sus palabras y, aunque estoy más seguro con este vínculo, me gustaría que fuera usted en mi lugar.

—¡Para! Sabes que me aflige la idea de que me toque un hombre. —Dije con una voz embargada. —Me alegro de que eso no vuelva a pasar.

Annabel tocó mi hombro suspirando con tristeza. Había cosas que ambos guardaban bajo llave y bajo llave que odiaba recordar.

—Pensé que estabas contento con esa idea desde el principio. —Le disparé cambiando de tema.

—Tú sabes que no es así —dijo sentada en la cama. —La idea de casarme con un extraño me da escalofríos, aunque sea tan guapo.

—¡Annabel! —exclamé incrédulo.

—No me mires así, como si me juzgaras por comerme el último trozo de pastel de moras. — me señaló con el dedo. —Apuesto a que piensas de la misma manera.

Se rió tomando un descanso.

—O pensó en algún momento, mientras estaba entre sus brazos camino al castillo.

Entrecerré los ojos y afiné los labios cuando la miré. Tuve que admitir que Alistair era un hombre muy hermoso, pero aún así no me casaría con nadie como él ni con nadie más. Aunque fueras tan guapo, gentil y muy culto.... Imaginarme a un hombre tocándome de nuevo me daba náuseas.

—No importa! —dijo, acercándose a la cama. —Lo que importa es que estarás a salvo aquí y creo que puedes ser muy feliz.

Ella extendió su mano más allá de mi cara.

—Se suponía que eras tú quien debía estar a salvo, no yo —susurró ella. —Sé que mamá envió al soldado a acabar con su vida y hacer que pareciera un accidente. Sabía que intentaría escapar de alguna manera. Así que me preocupa tener que verla salir con ella de nuevo.

—Está bien. Está bien. Está bien. —Suspiré. —Sabemos bien que no sobreviviría solo y la prueba es que no podía controlar al caballo.

Nos reímos a carcajadas. A pesar del momento de relajación, pensé que Dios tenía un terrible sentido del humor y me estaba usando para su propia diversión.

Annabel se retiró para que yo pudiera terminar de prepararme. Mi madre ya debería estar en el salón con mi padre. Sospeché que la visita de Annabel era para asegurarme de que yo bajara y consideré no salir de la habitación esa noche. Desde donde yo estaba, podía oír las voces de la gente resonando en la sala principal. Hubo risas, risas, música y mucha charla.

Suspirando, contemplé mi reflejo en el espejo y suavicé el largo vestido de turquesa. Mis ojos estaban profundos y cansados porque no dormí bien anoche. Ni siquiera esta tarde, había logrado descansar lo suficiente. Tenía la impresión de que el sueño ya no era parte de mis necesidades fisiológicas. Pasé mucho tiempo trenzándome el pelo. Odiaba hacer eso, pero para no molestar aún más a mi madre y para parecer una doncella bien educada, decidí arrestarlos. Arrojando la trenza hacia atrás, fui a ponerme las zapatillas que mi madre había separado, así como el vestido que llevaba esa noche. Uno de sus fanáticos del control. Por un lado, incluso me gustó, ya que hacía mucho tiempo que no participaba en una celebración y no sabía qué ponerme. Esto no extinguió el miedo de estar rodeado de incontables extraños. ¿Qué haría si él apareciera allí, en las sombras, escondido en un lugar desde donde pudiera observarme a mí y sólo a mí, sintiera su presencia? Ese pensamiento me dio escalofríos y sólo sirvió para aumentar mi miedo a estar rodeado de tanta gente.

—Aideen MacBride?

Una voz masculina llamó fuera de mi habitación haciéndome salir de mis pensamientos.

—¿Quién está ahí? —pregunté con voz temblorosa.

—¡Soy uno de los guardias! —contestó él seco. Su voz sonaba hostil, como si supiera que yo estaba dispuesto a renunciar a bajar. —He venido a recogerte para asegurarme de que estés presente en el salón. Órdenes de mi señora, tu madre.

Agité la cabeza de un lado a otro con ira. Estaba indignado por la actitud de mi madre. Tuvo el valor de enviar una guardia para asegurarse de que yo bajara. No es que no pensara que ella sería capaz de hacer eso, pero era surrealista lo que estaba pasando.

—Sí, dile a mi mamá que cambié de opinión y me quedaré aquí. —Contesté con dureza desde dentro de la habitación.

Hubo un momento de silencio.

—Tu madre me advirtió sobre esto y me dio órdenes expresas de actuar en caso de rechazo. —se tomó un descanso antes de continuar. —Desafortunadamente, no me dejás otra opción.

Congelé mi frente girando hacia la puerta. Hubo un segundo de silencio antes de que se abriera

violentamente y entrara el guardia. Lo reconocí. Era la pelirroja que nos escoltaba con la que estaba en el bosque.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Antes de decir nada, me vi a mí mismo siendo levantado del suelo y en segundos estaba sobre los hombros del guardia.

—¡Quítame las manos de encima! —...grité en sus hombros. —¡No me toques!

—¡Lo siento mucho! —Dijo en un tono de falso pesar. —Tengo órdenes de tomarla por la fuerza si es necesario.

—¡Qué absurdo! ¡Déjame ir ahora! —Ordené un puñetazo en la espalda del hombre. — ¡Bájame! ¡No puedes hacer esto! ¡Eso es vergonzoso!

Ignorando mis apelaciones, el guardia siguió caminando por el pasillo hacia las escaleras. Todos estaban en el pasillo y nadie escuchó mis gritos o apelaciones. En ese momento me faltó una daga para defenderme de ese bárbaro. Siempre hacían exactamente lo que Ravena les decía. Sus manos estaban justo sobre mis piernas, lo que hacía imposible que me pateara a mí mismo. Con el otro me mantuvo firme la espalda para que no me moviera. Cuando estábamos a punto de llegar a la puerta principal, hizo una parada repentina como si algo le impidiera pasar.

—¿Qué está pasando?

Reconocí la voz profunda y firme de Alistair. Parecía estar enfadado, pero aún así, me sentí un poco aliviado.

—¿Te has hecho daño?

Me di cuenta de que la pregunta había sido dirigida a mí y luego resoplé tratando de levantar mi cuerpo para mirar por encima del hombro del guardia, pero no tuve éxito.

—No, en absoluto. —Respondí frustrado. —Soy perfectamente bueno caminando, aunque parezca una bolsa de papas o un animal masacrado en el hombro de este imbécil.

—Estoy seguro de que la posición es bastante incómoda para ti —dijo Alistair en voz alta. — ¿Por qué no dejas ir a la dama y la dejas caminar sobre sus propias piernas?

El guardia no se sintió intimidado por la pregunta y la respondió con firmeza y decisión.

—¡Señor, con el debido respeto! Tendré que pedirle que se aparte de mi camino, porque estoy siguiendo órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—¡Ravenna MacBride, señor!

Oí a Alistair gruñir. Cuando miré bajo el brazo del guardia, lo vi acercarse peligrosamente. Su rostro estaba transfigurado y parecía estar muy enojado. Ví que sus enormes manos estaban cerradas y que las estaba apretando muy fuerte.

—Ravenna MacBride no dirige este feudo —dijo entre dientes. —Le sugiero que haga lo que le digo y deje a Aideen en el suelo.

Escuchar mi nombre dicho por él me dio escalofríos. No son los horrores del miedo, sino de un extraño placer. No sabía por qué mi cuerpo reaccionaba así, pero era una sensación tan buena que prefería no cuestionarla.

—Lo siento, pero no —dijo el guardia e hizo mención de mudarse.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Te arrepentirás por eso —dijo Alistair con voz tranquila. — Agárrate fuerte, Aideen.

No había mucho tiempo para que el guardia reaccionara. Antes de que pudiera hacer algo, oí una bofetada y el cuerpo del hombre se dobló contra el suelo. Ahogué un grito de sorpresa cuando caí sobre la guardia desde mi estómago. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando,

un par de manos enormes me levantaron los brazos como si fuera una pluma.

—¿Estás bien? preguntó Alistair, evaluándome con preocupación.

—Hmm! Creo que... —Sí. —Tartamudeé hacia atrás yendo contra la pared. —Gracias!

Me sentí mareado, así que me apoyé en las rocas congeladas. No sabía si era por la posición invertida, la caída o por la presencia de Alistair lo que me había confundido.

—¿Todavía me tienes miedo? —me preguntó cuándo vio mi mirada de miedo. —Sabes que nunca te haría daño, ¿verdad?

—No estoy seguro de esto. —Dije que no te muevas. —Creo que lo mataste.

Alistair sonrió con el cambio brusco de tema.

—No está muerto, sólo en desacuerdo —dijo sonriendo. —No tengo tanta fuerza para matar a un hombre con mi puño.

—No lo creo, pero con una espada, creo que sí. —Dije impulsivamente.

No quería ofenderlo y no sabía de dónde sacaba esas palabras. Algo en Alistair me dejó a salvo para compartir mis pensamientos. Respiró profundamente con la cara más cerrada y asintió.

—Tienes razón en eso, pero nunca lo haría sin una buena razón o si no hubiera otra alternativa. —él lo justificó. —¿Por qué las espadas te asustan tanto?

—¡No son las espadas, Alteza! —Respondí con frialdad. —Pero sí, los instintos de los hombres que los manejan.

Otra vez Alistair arqueó la ceja por sorpresa.

—No sólo hay hombres en mi ejército y ella blande una espada con mucha más fiereza que yo. —contestó él. —Se asustaría más si lo viera en acción y, tal vez, la impresión de un cavernícola a la que me enfrento, se borraría de su mente.

—Lo dudo mucho! —Yo disparé. —He visto a una mujer gritar una espada con ira.

—¿Y qué me hace diferente de ella, entonces?

—¡Nada, en realidad! —Respondí encogiéndome de hombros. —Les debo la vida a los dos.

Alistair frunció el ceño sin entender mis palabras. No quería tener que explicar, porque corría el riesgo de exponer más de lo necesario. Sacudiendo la cabeza de un lado a otro mencioné que me alejaba, pero me sostuvo el brazo para evitar que me fuera.

—Lo siento si te asusto —dijo con voz suave y jadeante. —Aprecio tu compañía, y no quiero que te vayas.

Miré tu mano en mi brazo. El agarre era ligero, pero suficiente para sentir el calor que emanaba de la piel de la palma de su mano. Comenzó a molestarme y tiré suavemente de mi brazo.

—No es usted quien me asusta, Su Alteza. Tus modales me recuerdan que... —Me detuve cerrando los ojos para respirar y calmarme. —Escucha, tengo que irme o mi madre vendrá a recogerme.

—Déjala venir y la expulsaré si quieres —dijo. —Una palabra tuya y lo convertiré en mi ley.

Su mirada era intensa y me la tragué cuando se acercó susurrando.

—Su Alteza, yo...

—¡Llámame Alistair, por favor!

La suavidad de su voz me dejó sin acción y me la tragué. Dí un paso atrás y me di cuenta de que estaba atrapado entre él y el muro. Yo aplané la pared mientras miraba a Alistair, mientras él lentamente acercaba su cara a la mía. Me pesaba la respiración. No sabía si mi cuerpo no podía moverse o simplemente no quería escapar del dominio que Alistair ejercía sobre él.

—¿Qué me ha hecho, señorita? —susurró cada vez más cerca. —Tus ojos, tu boca... todo sobre ti me atrae. Incluso la forma en que se dirige a mí. Sin ceremonias, sin palabras forzadas,

sin ensayos mentales.

Jadeo cuando siento que la punta de mi dedo índice toca mi barbilla.

—¡Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor! —Supliqué sin una pizca de convicción. —No... ¡No hagas esto!

—¿Por qué no debería? —Susurró con voz pesada.

Había un deseo detrás de sus palabras que hizo que mi cuerpo se calentara. Sentí que mi cara se ruborizaba y se calentaba hasta el cuello. Empecé a jadear cuando tus dedos me rodearon el cuello.

—Te habías casado con mi hermana en unas horas y... —Tartamudeé. —Eso no está bien.

—No me importa este matrimonio —dijo sin apartar la vista. —Si no la beso ahora, moriré aquí mismo, golpeado por su mirada inocente que me atrae tanto.

Solté un gemido involuntario. Estaba seguro de que no podría detenerlo si intentaba besarme porque, sorprendentemente, yo quería que lo hiciera. Alistair cubrió la distancia que faltaba, pero antes de besarme, la voz de mi madre resonó.

—¿Aideen?

—¡Maldita sea! —...ha estado golpeando la pared con el puño.

Parpadeando, he recuperado la cordura. Por primera vez me sentí aliviado por su interrupción.

—Lo siento, pero tengo que irme. —Susurré antes de inclinar la cabeza y me fui. —Gracias por tu ayuda... otra vez.

Sonrió y tomó mi mano para besarme.

—Ha sido un gran placer!

Se quedó quieto, mirándome y luego respiró hondo mientras yo desaparecía por la puerta. Fui a la mesa donde se alojaban mis padres y todo el séquito. Mi mamá me golpeó y siempre terminó siendo humillado. De repente sentí lástima de no haberme quedado afuera con Alistair. Enojado, levanté la cabeza mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie me observaba. Tocando la mesa tomé uno de los cuchillos que estaba al lado del plato, poniéndolo dentro de la manga del vestido, que estaba lo suficientemente apretada como para sostenerlo entre mi piel y la tela. Seguí mirando a mi alrededor y me sorprendió ver a Alistair mirándome fijamente de una manera sospechosa. ¿Me vio escondiendo el cuchillo? Por alguna razón no podía dejar de mirarlo y lo sostuve con la misma intensidad, sonrojándome cuando recordé que casi me había besado hace un rato.

Alistair se había atado el pelo a una cola de caballo baja, lo que hacía que su cara fuera aún más angular y su aspecto más serio. Llevaba una camisa de manga corta y me di cuenta de que tenía el brazo vendado. Entonces recordé que le había hecho daño y mi rubor aumentó. Gracias a la invasión inglesa en un pasado no muy lejano, los hombres comenzaron a usar pantalones y botas de cuero, dejando las faldas para ocasiones especiales que sólo involucraban nuestras tradiciones. Así es como se vestía horas antes en el bosque. Con pantalones de cuero y un par de botas negras, pero esa noche, a causa de la ocasión, Alistair usó un tartán verdoso igual que su falda larga hasta las rodillas. Eso mostraría el par de terneros bien girados. Pulseras de cuero adornaban sus muñecas gruesas. Aunque vivía en una tierra húmeda, su piel estaba ligeramente bronceada. Resoplé con frustración por el escalofrío que sentí cuando él levantó su mano y tocó el hombro de Bruce. Un calor intenso invadió mi cuerpo y tuve que sacudirme. Susurró algo al oído de su primo, que lo miró en sentido contrario y agitó la cabeza sonriendo mientras miraba en mi dirección. No me gustó nada esa mirada.

Desvié mis pensamientos a mi intento de escape esa noche. Tenía la intención de escapar al

amanecer. Toqué el cuchillo que serviría para amenazar al criador si me impedía coger uno de los caballos. Cerré los ojos suspirando. Estaba decidido a acabar con mi vida si no tenía éxito. Prefiero morir a tener que volver a Inverness. Esa sería la última noche que pasaría sufriendo más humillaciones por parte de mi madre, porque tenía la intención de estar muy lejos cuando se diera cuenta de que me había ido. No sabía cómo manejarme, pero Aila sí. Así que busqué el convento donde estaba y encontré una manera de sacarla de allí. Después de eso, podríamos ir a las montañas más altas al norte.

Brice hizo una señal para que Bruce y Alistair se acercaran. Salieron hacia la mesa central para sentarse. Alistair se sentó en el lado derecho de Brice y su primo en el lado izquierdo, de pie junto a Alec, el hermano menor de Alistair. Estaba sentado a la izquierda junto a su madre, Lowenna. Era igual de hermoso. Tenía los mismos ojos azules y el mismo pelo negro que los demás. Parecía absorto en sus pensamientos, pero sonreía cuando le saludaban. Era como si su cuerpo estuviera allí, pero su mente no. No dejaba de preguntarme por dónde andaba.

—¡Oh, Dios mío! —Comenté en un susurro. —¡Parecen gemelos!

—¿Qué es lo que...? —preguntó Annabel.

—Mira a los tres príncipes. —Dije en voz baja. —Todos ellos son muy impresionantes con sus posturas imponentes y de igual belleza.

Annabel gruñó.

—En primer lugar, son dos príncipes, no tres —dijo exasperadamente. —Ese idiota de Bruce es sólo un duque, no un príncipe.

—En la línea de sucesión es considerado un príncipe por sus tíos. —Discutí. —Por lo que sabemos, Lowenna lo crió desde muy joven.

Annabel puso los ojos en blanco y continuó.

—Segundo, Bruce está lejos de parecerse a ninguno de los dos. Es grosero, grosero y arrogante. —me disparó, haciéndome temer por su ataque de ira. —Entonces no sé de dónde sacaste que es guapo. Ni siquiera parece un príncipe.

Me quedé mirándola fijamente de una manera asombrosa. Mi hermana estaba ofendiendo a alguien que apenas conocía. Eso fue aterrador, porque Annabel no estaba acostumbrada a ser tan grosera con la gente. Era la primera vez que la veía luchar así por la personalidad de un extraño.

—Además, sería un gran castigo para una mujer como Lowenna generar algo así.

Me he reído un poco. Por un lado, Annabel tenía razón y Lowenna era realmente increíble como mujer. Tenía una sonrisa dulce y un abrazo cálido, del tipo que todo niño quiere cuando necesita el regazo de una madre. Cuando la abracé, sentí que estaba en el cielo. Su abrazo fue reconfortante y amistoso, así que deseé poder regresar en el tiempo y pedirle a Dios que me diera una madre más amorosa. Miré a Lowenna, que sonreía a los dos hombres que se unieron a la mesa. Besó la mejilla de Alistair y le sostuvo la mano firmemente. Su mirada fue a buscar la mía y sentí un escalofrío cuando sonrió. Brice se levantó para dar un discurso y le estreché la mano a Annabel, que estaba tensa. Se le daría el comienzo en nuestros destinos.

—Mis hermanos! —Brice ha comenzado. —Los reuní aquí hoy para hacer un gran anuncio. Es con gran alegría que...

—Gracias, padre mío, por iniciar, lo que supongo, un buen discurso!

Alistair de repente se levantó y de repente interrumpió a su padre.

—¿Qué estás haciendo, Alistair? —preguntó Brice frunciendo el ceño.

—Dejemos de lado las formalidades, porque sabemos que este banquete es para anunciar una boda. —ignoró a su padre y siguió adelante. —El rey ciertamente no gastaría tanto si la ocasión

no fuera realmente muy importante. ¿Qué sería más importante hoy que una alianza con el clan MacBride, cuyo cobarde líder finalmente decidió apoyarnos?

Mi padre levantó la vista y gruñó enojado por haber sido llamado cobarde.

—¿Alistair? —Brice llamó entre los dientes. —¿Qué estás haciendo, hijo mío?

Alistair volvió a ignorar a su padre y continuó.

—Las antiguas tradiciones de nuestro clan dicen que un primogénito puede elegir a su novia —dijo con una sonrisa en los labios. —Como el primogénito del clan no está disponible, declaro que mi unión se realizará con Aideen MacBride.

Entrando en pánico, me levanté lentamente. Mis ojos estaban bien abiertos y empecé a sudar, el tamaño era mi nervio. Esperaba que fuera una pesadilla o que Alistair estuviera bromeando. El silencio en la sala duró demasiado tiempo. Todos esperaban el pronunciamiento del rey, que también estaba en conflicto con la decisión de Alistair. Sin poder contenerme, emití un grito desesperado que hizo que Alistair frunciera el ceño.

—¡No! ¡No puedes hacer eso! —Declaré gritando. —¡Nunca me casaré! ¡Nunca!

Capítulo 05

Alistair

—¡Quiero hablar contigo ahora! —dijo mi padre entre dientes. —¡Disculpe, por favor!
Mi madre sostuvo el brazo de mi padre y lo siguió hasta la habitación por donde entró.
Suspiré, soltando el vaso.

—Si querías una guerra, la encontraste, hermano —susurró Alec irónicamente.

Haciendo una señal para que me acompañen. Bruce, Alec y yo fuimos tras mi padre. Estaba furioso y antes de retirarse, intentó contener la furia de Ravena, que escupía marimbondos.

—¿Qué te ha pasado para romper el trato de esa manera? —preguntó Alec.

—¡No rompí ningún trato! —Respondí seco. —Si lo piensas, me casaré con un MacBride.

—Sí, pero con el MacBride equivocado —dijo Bruce sarcásticamente enmendándolo.

Esnifé doblando los brazos.

—¿Quién dice que es la equivocada? —Discutí. —¿Está mal, porque yo la elegí a ella y no a nuestro padre?

—¿Estás bien? Bruce dijo que me pusiera la mano en la frente. —Creo que tienes fiebre.

El tono irónico de Bruce y la risa de Alec me hicieron enojar.

—¿Quieres parar?! —Exploté dándole una bofetada en la mano. —No tengo fiebre ni estoy enfermo, idiota.

Volviendo a Alec, lo regañé con mis ojos.

—¡Deja de reírte, Alec! —Lo ordené frunciendo el ceño. —Parece una hiena mostrando sus dientes.

Abrí la puerta del salón y entré. Mi padre esperaba con el ceño fruncido y muy enfadado.

—¡Quiero saber qué te pasó para hacer eso! —...mi papá está enojado. —Mi oferta a Loch era casarlo con su primogénito. ¿Por qué decidisteis desafiar así a los clanes? ¿Te has vuelto loco?

Respiré profundamente antes de acercarme. Alec y Bruce se escaparon. Alec, por supuesto, decidió distraerse con un látigo de fruta. Lo miré con una mirada frustrada.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —dijo encogiéndose de hombros. —¡Vamos, tengo hambre!

Giré los ojos y mi madre agitó la cabeza sonriéndole a Bruce. No era muy bueno en eso cuando se trataba de comida.

—Mi padre, en primer lugar, no desafié ni quise faltar al respeto a ninguno de los clanes. Eso te incluye a ti. En segundo lugar, no estoy enfermo y tampoco estoy loco. —Me tomé un descanso. —No hiciste ningún trato con Loch, fuiste a Ravenna y me vendiste como marido.

—¡Cómo te atreves! —mi padre se enfadó. —Chico, sigo siendo tu padre y el rey, por encima de todo. Por lo tanto, exige respeto!

—¿Respeto? —Irónicamente me he retractado. —Deberías respetarme antes de exigirle respeto a alguien.

—¡Vamos, mocoso! —mi padre se jactaba de avanzar hacia mí con el puño en alto.

—¡Brice! —mi madre gritó. —Antes de ser tu súbdito, Alistair es tu hijo. Sólo recuerda eso.

La firmeza de las palabras de mi madre hizo que mi padre se detuviera donde estaba. Respiró hondo tratando de calmarse y se sentó en una silla cercana. Respiré hondo y puse las manos sobre la cintura.

—Mi padre, no ofendí al clan MacBride por el simple hecho de que no había primogénito. —Discutí. —¿O olvidas que Aila está ahora en un convento? Si la propuesta se hiciera encima de un matrimonio con ella, no tendría argumentos para salirme con la mía.

Me detuve y me acerqué a él, arrodillándome a sus pies.

—Acabo de usar mi derecho de elección. Si tengo que pasar mi vida con una mujer, que sea elegida por mí....

—El del medio reemplaza al primogénito.

—Sí, pero Annabel aún no es la primogénita. —Disparé con arrogancia. —Si Aila estuviera disponible, Ravenna la habría cambiado por ella. En cambio, exigió una dote absurda para su hija favorita. ¿No crees que eso es un poco extraño?

Mi padre contuvo la respiración y se recostó en la silla. No dejaba de mirarme fijamente.

—Tal vez tengas razón, pero eso no significa que esté menos enojado. —concluyó. —¿Puedo preguntar por qué eligió a Aideen?

¿Cómo se dice que me atrajo la chica de ojos verdes? Que su manera de expresarse despertó en mí un deseo loco de tomarla en mis brazos y besarla hasta que ya no pude respirar?

—Creo que hay una buena razón detrás de tu elección —dijo mi madre. —Sabes lo impulsivo que puede ser Alistair, pero recuerda que tu hijo heredó un gran sentido estratégico. Estoy seguro de que tiene un buen plan.

Mi madre estaba tan tranquila como siempre y trató de ser lo más diplomática posible.

—¿Plan? ¿Qué plan? —mi padre lo devolvió. —Alistair sólo es bueno con una espada en la mano. Cuando se trata de política, no sabe qué hacer.

—¿Política? ¿Quieres hablar de política conmigo? —pregunté con aire irónico. —Rompiste el trato que hiciste conmigo en el momento en que me sacaste del campo de batalla. Sabes muy bien lo que le prometí a Cora.

—¿Otra vez con eso, Alistair? Hay otras maneras de cumplir tu promesa. —ironizó tomando un descanso. —¡Madura! Tienes 28 años. A su edad, estaba cansado de llevar una corona en la cabeza y de mandar a estos hombres.

Grunhi bajando la cabeza. Miré a mi primo y a mi hermano. Estaban tratando de disfrazar la risa. ¡Bastardos!

—¡Cálmate, cariño! —dijo mi madre. Me miró, sonriendo. —¿Por qué es tan importante para ti que seas el más joven?

La pregunta se repitió. Dejé que se me cayeran los hombros y me levanté.

—¡Porque es hermosa! —Yo disparé. —es inteligente, es sensible, y me gustaba mucho. No se parece en nada a Ravena y tiene mente propia. Me fascina de una manera que nunca pensé que me pasaría. ¿Satisfecho?

Mirando en dirección a Alec y Bruce.

—¡Si oigo un chiste o me río de uno de vosotros, os romperé los huesos! —Amenacé con chasquear los dedos.

Bruce casi se atragantó con las uvas que estaba comiendo y Alec empezó a silbar. Mi madre se rió y luego agitó la cabeza.

—Brice, debo confesar que el más joven también me ha llamado la atención. Es discreta y

silenciosa, aunque su grito histérico me sorprendió. —me sonrió. —¿Quién rechazaría a un hombre con un alma tan dulce y viva, como nuestro hijo?

Alec se rió.

—¡Silencio! —despidió a mi madre en voz alta. —No te atrevas a burlarte de tu hermano.

—¡Sí, señora! —dijeron Alec y Bruce al unísono.

Mi padre respiró hondo como si se considerara a sí mismo.

—Mi amor, no estaría actuando mal. Después de todo, seguiría siendo un MacBride. —continuó ella. —¿No es eso lo que importa? Ambos serían ganadores en esta pelea.

Mi padre cerró los ojos y yo sonreí.

—¡Lowenna! —susurró.

—¡Sé razonable, querida! —argumentó. —Si no fuera por tu hijo, sería por mí.

Me quedé callado, porque sabía que la batalla ya había sido ganada por mí. Mi madre siempre trató de encontrar una manera que nos trajera a ambos una respuesta satisfactoria. Si tuviera que negociar con alguien, me gustaría que fuera con ella. No es que ella dominara a mi padre como Ravena lo hizo con Loch, pero siempre trató de discutir para que él considerara todas las posibilidades.

Mi padre abrió los ojos levantando la cabeza.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —dijo, al fin. —Lleva el MacBride al salón del trono.

Mi padre suspiró y fue al salón del trono y se sentó al lado de mi madre. Alec y yo nos quedamos a su lado esperando la entrada de Ravena, que era la que más nos interesaba. Pronto Ravena llegó con su voz aguda. Estaba muy enfadada.

—Espero que su hijo haya recuperado la cabeza y se retracte de su ofensa —dijo bruscamente.

—¡No he cambiado de opinión, Ravena! Yo tampoco los ofendí, sólo usé mi derecho de elección como mi primogénito. A diferencia de ti, que ni siquiera tocaste el nombre de Aila durante las negociaciones con mi padre —dijo que hacerla contener la respiración. —Por cierto, ¿dónde está ella?

—¡En un convento en Gretna Green! —Contestó ella con una dura respuesta.

—¿Has oído eso, padre mío? —dijo mirando en su dirección. Acaba de ver nuestro choque verbal. —¿Qué te dije de que Ravena aprovechó este trato para conseguir dinero?

—No te aproveches de nada! —argumentó en su defensa. —me ofende mucho, príncipe Alistair.

—Guarda tus argumentos para tu marido. —Dijo irónicamente. —A él sí, puedes engañar con tus palabras.

—¡Vamos, mocosos! —Dijo Loch bruscamente. —¿Cómo te atreves a hablarle así a mi mujer?

—¡Silencio! —que mi padre ordenó. —Mi hijo me llamó la atención sobre algo de lo que no me había dado cuenta. Un hijo mayor sólo reemplaza a un primogénito en caso de su muerte. ¿Está muerto tu primogénito, Ravena?

Me di cuenta cuando Ravena contuvo la respiración. Ella miró a ambas hijas y lo negó con su cabeza.

—No. No está disponible, porque hizo sus votos recientemente.

—Yo no sabía eso —dijo Aileen. —¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque no era relevante —dijo Ravena entre dientes. —Como ha oído, Su Majestad, mi primogénito no está disponible para este acuerdo. Es exactamente por eso que no la mencioné.

—¡Pero no está muerta! —Despedí con satisfacción.

Me miró con ira.

—¡Alistair! —mi madre me regañó.

—Aunque hace mucho frío, estoy de acuerdo con mi hijo —dijo mi padre.

—Majestad... —Ravena intentó discutir, pero mi padre levantó la mano.

—Alistair reclamó el derecho de primogénito. Como padre, no estoy de acuerdo porque quiere evitar un acuerdo en el que no podía perderse la palabra. —Ravena sonrió victoriosa, pero yo sabía que todavía había un "pero" y esperé hasta que mi padre hubiera terminado. —Como rey, debo respetar las tradiciones, así que lo que Alistair decida tendrá mi bendición.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Ravena escupir. —¡No puedes hacer eso!

—¡Puedo y lo haré! —mi padre dijo que era agotador. —O eso o puede devolver el dinero de la dote, que ya se ha pagado, y ponemos fin a este acuerdo.

Escondí una risa cuando Ravena lo miró al revés.

—¿Cuál es tu decisión? —le preguntó mi padre.

Ravena me miró y respondió.

—¡Su deseo es una orden, Su Alteza!

—¿Alistair? —dijo mi padre. —Es tu decisión.

Sonríe a la mirada de Aideen. Me miró asustada. No sabía qué desencadenaba tanto miedo. No me consideraba un ogro y había sido amable con ella cada vez que la veía. Estaba decidido a probárselo, porque Aideen era mía. Sólo que ella no lo sabía todavía.

—¡Quiero a la chica como mi esposa! Declaré enfático. —Doblaré la dote si es necesario.

Se estremeció cuando escuchó la propuesta. Los ojos de Ravena brillaron cuando escuchó mi propuesta. Antes de que alguien más respondiera, Aideen se acercó a su madre y le rogó.

—¡Su Alteza, no haga esto! ¡Te lo ruego! —Dijo con una voz llena de desesperación. —¡No puedo casarme!

Ella suplicó con las manos juntas. Sus ojos casi lloraban cuando se lo pidió. Esas palabras me hicieron fruncir el ceño y cuestionar la razón por la que había suplicado de esa manera. Sus palabras me hacían cada vez más curioso.

—¿Por qué no debería? —Pregunté confundido.

Por extraño que parezca, Ravena se adelantó y tomó la palabra.

—¡Aideen es muy joven, Su Alteza! —dijo ella. —Seguramente eres reticente a convertirte en princesa o incluso a casarte, pero estoy seguro de que serás una gran esposa.

¡Bastardo! Pensé que cuando la oí discutir por su hija. Sabía que si doblaba el valor de la dote, ella lo reconsideraría. Debería haber hecho eso en primer lugar. Les habría ahorrado a todos esa charla estúpida. A Ravena sólo le importaba el dinero, no le importaba cómo se sentía su hija. En ese momento, me prometí que cuidaría de Aideen por toda la eternidad.

—Que así sea! —mi padre dijo de pie. —Vamos a la peluquería y hagamos oficial este sindicato.

Era de madrugada, pero la fortaleza de Dunhill aún estaba en una fiesta. Las voces alegres todavía se podían escuchar desde mi habitación. Estaba mareado por beber tanto vino y hablar con Bruce. Estaba preocupada por Aideen, que se había puesto a llorar. Intenté hablar con ella y asegurarme de que estuviera a salvo, pero no lo logré. Sabía que no dormiría esa noche con tanta aprensión.

—Si tan sólo pudiera ir a verla. —Susurré.

Aideen tenía miedo, pero la forma en que cedió al casi beso me dejó intrigada. La forma en que me rogó que no me casara también me hizo sentir aprensivo. Había algo en ella que me atrajo con gran interés. No eran sólo esos labios carnosos los que yo quería fervientemente, sino que era como si mi alma clamara por los tuyos. Respiré profundamente con frustración. Estaba tan cansada que apenas tenía fuerzas para quitarme la ropa. Decidí que dormiría con la túnica puesta esa noche. Sin embargo, un ruido en la esquina de mi habitación me hizo levantar la mano sobre el mango de la espada que acababa de soltar de mi cintura.

—¡Ven a la luz, aunque eso no me impida matar a nadie! —Ordené con voz firme.

La esbelta sombra se acercó entre las sombras y reveló a Annabel, que estaba envuelta en una larga capa negra con capucha.

—No necesitarás eso —dijo ella, quitándose la capucha y mostrando el largo pelo rubio plateado. —No tengo intención de lastimarte de ninguna manera, aunque sé cómo hacerlo.

La miré sorprendida y frunció el ceño.

—Annabel, no deberías estar aquí —dijo bajando su espada. —Ravena tendrá un ataque si sabe que está en mis aposentos y podrá anular nuestro acuerdo esta noche. No me gustaría en absoluto que lo hiciera.

—Lo sé, pero era el único momento adecuado para hablar a solas. —contestó ella con una sonrisa. —Cuando mi madre, no te preocupes por ella ni por nadie más. Nadie me vio entrar aquí.

La voz de Annabel sonaba serena, pero había un toque de urgencia. Miré fijamente, pero me preocupé. El cabello plateado debe haber sido uno de los patrimonios de sus abuelos, ya que no tenía rastros similares a los de Ravena o Loch.

—¿Cómo entraste aquí? —Le pregunté. —La puerta principal está cerrada.

—Tengo la extraña habilidad de detectar pasadizos secretos y seguir caminos hacia un lugar seguro, aunque nunca los haya visto. —sonrió sentada en una silla al lado de donde estaba parada. —Puedo entrar y salir de cualquier lugar sin ser visto. Fue fácil encontrar sus habitaciones, aunque yo estaba en lugares que me hacían sentir muy incómodo antes de llegar aquí.

—¿Demasiado incómodo? —Me preguntaba qué habría visto.

—Digamos que otros se lo pensarán dos veces antes de volver a donde yo estaba.

Me he reído un poco. El castillo incluso tenía túneles que podían llevar incluso a la casa de baños, que rara vez era utilizada por nadie más que por mí. Imagino que Alec o Bruce estuvieron allí esta noche.

—¿Le pasó algo a Aideen? —Pedí de una manera preocupada y aprovechando para cambiar de tema. —¿Ella está bien?

—Sí, ella está bien. —Annabel asintió. —Sólo tenía miedo del hecho de que tuviera que casarse contigo.

—¿Asustado? ¿Por qué iba a estar asustada?

—Digamos que a Aideen no le gusta mucho la idea de ser tocada por un hombre, y eso la asusta.

—¡Ya veo! —dijo asentándose. —Dile que seré muy amable con ella y que no pretendo hacerle daño de ninguna manera. Ya lo había dejado claro, pero parece que no confía en mi palabra.

—Aideen no confía en nadie. Tendrás que ser muy paciente con ella.

—¿Por qué no confía en la gente?

—Estas son sus razones, y preferiría que se lo explicara ella misma, si así lo desea.

—Me parece justo!

Annabel suspiró, permaneciendo en silencio por unos momentos. Ella me sonrió.

—Aideen es una chica muy especial, Su Alteza. Tendrás la oportunidad de verlo. No estás encantado con mi hermana por nada. —se tomó un descanso de alisarse el vestido. —Sólo quiero asegurarme de que la protejas cuando llegue el momento y no la abandones. De todos modos, no importa lo que pase o lo que digan.

—¿No lo entiendo! ¿Protegerla de qué? ¿De quién? —pregunté con curiosidad.

—¿Sólo prométemelo, Su Alteza! —pidió evasivas.

Respiré profundamente y luego asentí con la cabeza.

—Tienes mi palabra de que protegeré a Aideen con mi vida si es necesario.

—Muchísimas gracias! —dijo de pie. —Me hace sentir mejor saber que ella estará a salvo aquí.

—¿Una cosa más! —dijo antes de que caminara en la dirección de la que había venido. Annabel estaba poniendo su capucha sobre su cabeza y miró la mía. —¿Por qué Ravena te trata tan mal?

—¿Ah! ¿Lo entiendes? —suspiró, atando su capucha. —Es una larga historia, Su Alteza, que no se me permite revelar. Todo lo que puedo decir es que fue algo que salió mal.

Se giró y agarró el extremo del tapiz que cubría la pared junto a la chimenea.

—¿Cuídela, Su Alteza! —dijo ella haciendo un recordatorio. —Si te lastimo, te mataré yo mismo de una manera muy dolorosa.

Con eso, Annabel desapareció caminando por una puerta que ni siquiera sabía que estaba en mi habitación. Me quedé sin acción mientras el tapiz volvía a su lugar. ¿Qué quiso decir con esas palabras? ¿Por qué había un pasaje a mi habitación? Lo más importante era, ¿por qué no sabía que existía?

Respiré a través de mis manos y mi cabello. Subiendo al pequeño balcón de mi habitación, contemplé la lluvia, que ahora cae más suavemente sobre el lago. Unas horas más tarde iría a una capilla para casarme.

Capítulo 06

Aideen

Miré la pared de la habitación con una mirada aburrida. Mi hermana estaba terminando de atar las corbatas a mi vestido de novia. No había hablado con ella desde la noche anterior cuando descubrí que ella misma había apoyado la decisión del Príncipe Alistair de casarse conmigo. Apenas dormí toda la noche debido a las pesadillas, que empeoraron mucho. Mantuve mis puños cerrados y mi mirada indiferente mientras Annabel resoplaba tratando de mejorar mi estado de ánimo. Me volvió hacia el gran espejo de la pared y nuestros ojos se encontraron a través del reflejo.

—¡Por favor, Aideen! —preguntó Annabel en tono de súplica. —No me mires así.

—¿En qué sentido? ¿Como si estuviera mirando a un traidor? —Dije de una manera perversa. —No, por supuesto que no!

—No soy un traidor, Aideen.

—No. Sólo ayudó a mamá a venderme —dijo y suspiró. —De nuevo, por cierto.

—No digas eso! —Dijo en un tono hiriente. —Si hubiera sabido lo que hacía nuestra madre, nunca te habría dejado solo.

Esnifé doblando los brazos. Annabel tenía razón y me sentí fatal por decir esas palabras.

—¡Lo siento mucho! —dijo. —Sé que no fue tu culpa. ¿Puedes perdonarme por lo que dije?

Annabel sonrió abrazándome.

—Por supuesto que lo es! —contestó ella. —Sólo fui a ver al príncipe para asegurarme de que te cuidara y te protegiera. Sólo intentaba ayudarla a no volver al infierno en el que vivía.

—Sí, pero sabes que eso fue inútil, ¿verdad? —Respondí alejándome. —Tarde o temprano se enterará y todo será peor de lo que ya era.

Le di la espalda.

—Agradezco su preocupación, pero no hay esperanza para mí.

—¿Aideen? ¿Y si le dijeras a Alistair lo que le pasó? Tal vez el príncipe podría considerarlo cuando llegara el momento, después de todo, no fue su culpa.

—¡Sí, lo fue! —Disparé con fuerza. —Si no hubiera sido tan testaruda, tal vez nada de eso habría pasado, Aila no habría tenido que ir a un convento y tú no hubieras tenido que defenderme todo el tiempo.

Me detuve para dejar que las lágrimas rodaran por mi cara.

—¡Es mi culpa! —Hice hincapié en ello. —El mío y el de nadie más. Me duele saber que estás atrapado conmigo y que, una vez más, ya no eres libre.

Annabel se me acercó y me hizo dar la vuelta. Ella secó las lágrimas de mi cara.

—Eres mi hermana, Aideen. Haría cualquier cosa por no verla sufrir de la forma en que lo hace. —suspiró, agarrándome de las muñecas. —No deberías hacer eso. Sabes que es un pecado quitarse la vida.

—¿Sabes que no creo en Dios!

—Sí, pero él te cree.

Me tiré de las muñecas con fuerza, escondiéndolas bajo la manga suelta del vestido que llevaba puesto. Estaban envueltos en una venda de tela blanca, adornada con una pulsera de plata y rubíes que pertenecían a mi abuela, y que debía llevar Aila. Su intención no era adornar mis muñecas, sino ocultar las heridas recién abiertas con el cuchillo que había escondido.

Después de anunciar mi matrimonio con el príncipe Alistair, entré corriendo en la habitación y, con el cuchillo que robé de la mesa del comedor, me corté las venas. Annabel me encontró haciendo los recortes y, a un gran costo, se las arregló para desarmarme. Ella reajustó las vendas y me regañó.

—No entiendo por qué nuestra madre estaba de acuerdo con Alistair, sabiendo que en cuanto se entere, yo seré decapitado y tú tendrás una reputación manchada. —Dije pensativo. —No le importo, pero dejar que te manches no tiene sentido.

—Sí. Eso es bastante raro, por cierto. —Annabel estuvo de acuerdo. —Sabe que tendrás que regresar y perder la dote, que ya ha sido pagada. ¿Por qué seguir adelante con este matrimonio?

—Esa es una buena pregunta. —Susurré, contemplando el cielo.

Annabel se dirigió a la silla donde se había puesto el velo.

—¿Sabías que todos en Escocia creen que somos brujas? —Dijo ella distraída. —Me pregunto de dónde sacaron esa idea.

—¿Eso es una tontería! —Disparé de una manera extraña. —Si fuera una bruja, volaría en una buena escoba. Antes, yo convertiría a Ravena en una rana muy verrugosa.

—¿Qué mezquino! —Annabel se rió.

Me he reído un poco. He oído algunos rumores como ese antes. Nuestra fama de bruja se extendió por todas las llanuras de Escocia, llegando incluso a los campos de batalla. Poco sabían ellos que yo, o cualquiera de mis hermanas, no podíamos hacer ni un solo hechizo.

—Me gusta cuando te ríes. —Annabel dijo que tomar mi cara y mirarme con una mirada triste. —Quería que sonrieras más.

Agarró el velo, lo ató a la corona y me lo tiró sobre la cara. Respirando hondo, tomé el ramo de flores que me dio Annabel y me dirigí hacia la puerta del dormitorio. Intentaba contener las lágrimas que seguían cayendo. Mi madre estaba en la puerta esperando que me fuera. Caminé junto a mi hermana hasta que llegamos a la capillita detrás del castillo. Annabel me sostenía la mano como si quisiera evitar que hiciera algo estúpido. Mi hermana me dejó con mi padre y entró con mi madre. Me miró con una mirada diferente que no pude descifrar. Había un brillo de arrepentimiento en sus ojos, pero lo ignoré. Él me tomó del brazo y yo respiré profundamente. Entramos lentamente y para mi sorpresa, estaba lleno. Todo el mundo sonríe y se ve feliz menos yo. Alistair tenía una cara seria como si no le gustara la idea de estar allí. ¿Cómo podría ser, si la idea estaba fuera de lugar? ¿Se rendiría? Una ola de esperanza me inundó en el momento en que contemplé su rostro.

Alistair llevaba una falda azul que combinaba con el color de sus ojos, igual que la tarta. La espada que estaba atada al cinturón era enorme y mostraba un gran rubí en el mango. Parecía muy pesada. Comencé a recordar a Aila y las veces que sostenía una espada como esa a escondidas en la casa de nuestros abuelos. Me sorprendió su valentía para manejar algo así. Ella trató de enseñarme, pero yo era pequeño y a lo sumo podía aprender a sostener una daga. Annabel fue la que aprendió a usar la espada y el arco con mayor precisión.

Para mi tristeza y desesperación, la ceremonia fue breve y fui coronada princesa esa misma

noche. Intenté a toda costa disfrazar mi nerviosismo y olvidar que en pocas horas tendría una noche de bodas, o mejor dicho, caminaría hasta la horca. Después de lo que parecían horas interminables, me fui a mi habitación. Una criada del castillo entró acompañada por Lowenna, que sólo me dejó en la habitación y se retiró.

—Pareces nervioso —dijo la joven, poniendo una toalla y un recipiente con agua en el aparador. —No te quedes. Alistair es el mejor amante que una mujer puede tener. Eres amable y sabrás cómo tratarla muy bien.

La audacia con la que me habló me enfureció. No me sorprendería saber que Alistair tenía incontables amantes y que algunos de ellos estarían en ese castillo entre los vasallos. No me importaría en absoluto. De hecho, si él quisiera acostarse con ellos en vez de conmigo, sería muy feliz.

—Gracias por el consejo. —Respondí de una manera perversa. —Viniendo de alguien como tú, creo cada palabra.

La mujer me miró con asco y resopló. Tenía el pelo castaño, ojos, avellanas y un cuerpo curvo. El modesto vestido mostraba más de lo que escondía y no parecía importarle el enorme escote que apenas cubría sus pechos.

—Hablo por experiencia. —volvió a provocar.

Su mirada estaba llena de malicia y me sonrió maliciosamente. No sabía exactamente adónde quería llegar con eso y no me importaba en absoluto. Puede que haya estado enclaustrado todo este tiempo, pero no dejaría que alguien como ella me hiciera lo que mi madre solía hacer. Ninguno de los empleados de Inverness me faltó al respeto. ¿Por qué una criada así haría eso?

—Escucha, no quiero ser grosero, pero ya siendo... Tu vida privada no me interesa mucho. —Dije con voz seria. —Solo te pido que mantengas el decoro, porque el hombre del que hablas es mi Esposo y el Señor de este castillo. Por lo tanto, ponte en tu lugar como siervo y guarda silencio en nuestra presencia.

Me miró con furia. No creo que esperara oír esas palabras de mí, porque debe haber pensado que yo era una niña tonta e inocente. Poco sabía ella que yo había visto más maldad humana de la que ella podía ver en mil vidas.

—¡Ahora déjame en paz! —Lo pedí con dureza. —Puedo vestirme solo, y a decir verdad, me gustaría hacerlo yo mismo.

—¡Por supuesto, señora! —sonrió con desdén y se burló de sí misma. —Si me necesitas, llámame. Mi nombre es Rose, por cierto.

—Eso no será necesario, Rose. —Lo devolví en el mismo tono. —Asegúrate de eso.

La miré con asco mientras caminaba hacia la puerta, moviendo las caderas. Me pregunto qué atrajo a Alistair a involucrarse con una mujer de tan bajo nivel. Pronto disipé el pensamiento, pues nada en el príncipe me interesaba. No me quedaría allí mucho más tiempo y cuanto antes aceptara, mejor. De hecho, por increíble que pueda sonar, anhelaba que el final llegara pronto.

Cuando Rose se fue, respiré hondo antes de ir a la puerta y asegurarme de que no había nadie en el pasillo. La habitación era diferente de lo que había sido antes. Era más grande y tenía una cama adornada con pétalos de rosa en la piel. Me conmovió el afecto y el cuidado de la persona que preparó esa escena. Yendo al balcón del pequeño balcón, contemplé la fría noche y suspiré. El cielo estaba negro, amenazando con verter una nueva lluvia torrencial por toda la llanura. Estaba tan distraída que apenas podía saber cuándo llegó Alistair. Me sorprendió cuando me tocó suavemente el hombro para llamar mi atención.

—Lo siento, no quise asustarte —dijo que parecía nervioso.

—¡No fue usted, Su Alteza! —dijo encogiéndome. —Estaba distraída, y no le pillé entrando. Te pido que me perdones si te he asustado.

—¿Por qué sigues disculpándote por todo? —Preguntó con una mirada curiosa. —Sé que puedo parecer aterrador a veces, pero no tienes que temerme.

Bajé la mirada para que no se diera cuenta de que estaba nerviosa. No quería mirar fijamente sus ojos azules, porque eso hacía temblar mi cuerpo. No de mala manera, pero me asustó.

—Nunca bajas los ojos —dijo en un tono suave. Colocando mi dedo índice debajo de la barbilla, Alistair levantó mi cara. —Tus ojos son los más hermosos que he visto en mi vida. Tan expresivo y vivaz.

—Gracias! —Pude decir.

—Sus labios... —Se tomó un descanso. Contuve la respiración cuando me pasó suavemente el pulgar por encima de los labios. —Parecen una manzana brillante y rojiza. Me dan ganas de morderlos.

La mano de Alistair era áspera, pero su tacto era delicado, como si tuviera miedo de hacerme daño. Colocando su mano en la nuca me acercó lentamente. No podía moverme porque la mirada de Alistair encarcelaba la mía. Sonrió antes de inclinarse y besar mi frente, la punta de mi nariz y mi mejilla derecha. Por fin tomó mis labios en un beso suave y sin prisas. Mi mente estaba nublada, así que me dejé besar. Al principio no sabía qué hacer, pero poco a poco fui compartiendo el beso que empezó a ser intenso. Me estremecí cuando Alistair introdujo la lengua en mi boca y profundizó el beso, al mismo tiempo, apretando mi cuello impidiendo que me alejara. La otra mano me hizo un bucle en la cintura y me metió en tu ancho pecho. Le aplasté el pecho y le agarré los brazos de inmediato. Fue como saltar de un precipicio. Mi cuerpo está ardiendo. Nunca había sentido algo tan intenso antes.

—No voy a hacerle daño —susurró mordisqueando mi labio inferior. —Prometo ser un caballero.

Me besó de nuevo y lo sentí cuando me levantó del suelo con un fuerte abrazo. Alistair caminó hacia una pared cercana y me sostuvo contra ella usando su peso. Él no me hacía daño y yo me sentía cada vez más lasciva. Mi cuerpo estaba fuera de control. Lo deseaba tanto que me asusté cuando me quejé. Mi mente estaba confundida, pero tuve que decírselo antes de que Alistair lo descubriera por sí mismo. No quería mentirle al único hombre que se preocupaba por mí. Sentí que se lo debía.

—¡Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor! ¡Para! —Pregunté con voz temblorosa. —Lo lamentarás si continúas.

Alistair frunció el ceño, pero me devolvió una sonrisa arrogante.

—No lo creo! —intentó besarme de nuevo, pero volví la cara.

Las lágrimas colgaban de mis ojos. Estaba desperdiciando la única oportunidad que tenía de tener una vida digna, pero si eso significaba engañar a alguien que estaba dispuesto a amarme, entonces prefería la sentencia que ya conocía.

—Alistair, no soy digna de ser tu esposa. —Empecé a decir. Pronto aparecieron lágrimas en mis ojos. —No eres quien pensaba que eras, pero no puedo dejar que te engañen así. Cuanto antes termine esto, mejor.

—¿De qué estás hablando? —Preguntó con aprensión. —Por supuesto que es digna de ser mi esposa. La elegí para mí.

—¡Sí, tomaste la decisión equivocada!

Frunció un poco el ceño. Reuniendo todo el coraje que tenía en mí, respiré profundamente.

—¡Ya me ha cogido un hombre! —dijo resfriado. —Ya no soy virgen.

Capítulo 07

Alistair

—¿Qué es lo que dijiste? —Le pedí que se alejara de Aideen.

—Exactamente lo que oíste —dijo con voz suave pero temerosa.

Me detuve para apretar los dientes.

—¿Lo sabe Ravena? —Le pregunté.

—Sí. Aideen asintió.

Solté un rugido que hizo que Aideen se asustara. Me miró con ojos asustados.

—¡No puedo creer que haya elegido a una prostituta como esposa! —...me he excitado.

—¡No soy una prostituta como esa mujer que vino a mi habitación insinuando! —Gritó enfadada. —Fuiste tú quien insistió en casarse conmigo, incluso después de que te rogara que no lo hicieras. Intenté disuadirlo, pero su ego es tan grande que prefirió desafiar a Ravena MacBride por puro capricho.

Volví mis ojos hacia ella.

—¿Cómo te atreves! ¡No intenté desafiar a Ravena! —Yo disparé. —Te elegí porque...

—¡Sí, lo hiciste! —ella me cortó. —Eso es todo lo que ha estado haciendo durante años. Desafío y desafío, sin medir las consecuencias. Es tan malcriado que convenció a su padre para que aceptara una ley que ya no existe.

La miré con incredulidad. Nadie me había hablado así antes. No sabía si estaba enojado porque Aideen estaba tratando de dar vuelta la mesa o fascinado por su ruptura.

—¡No soy un malcriado! —dijo entre dientes. —No me conoces para declarar tal cosa.

—Y tú tampoco a mí, para declarar que soy una prostituta. —se tomó un descanso. —No fue mi voluntad que me llevaran. Intenté decírtelo, pero sólo piensas en ti mismo y no escuchas a nadie.

Sólo me quedé ahí un segundo. Sabía los trucos que las mujeres usaban para engañarnos. Así es como Rose me convenció de volver a su cama cada vez que intentaba escapar. Gruñendo, cerré la brecha entre nosotros a grandes pasos y le agarré la garganta a Aideen con fuerza. La apoyé contra la pared y la levanté como a una hoja de papel. Me agarró de la muñeca con ambas manos. Sus ojos estaban abiertos de par en par y denunciaban el temor que sentía.

—No te creo! Conozco todos los trucos que usa una mujer cuando quiere seducirnos. —Susurré con frialdad. —No eres más que una bruja con esos ojos encantadores.

—¿Entonces no es una falta de dignidad? —dijo entre risas y jadeos. —¿Estás enfadada porque te sientes atraída por mí, así que te resistes a negármelo?

Lo provocó aunque estaba en una posición más baja.

—¡Si soy una bruja, échame al fuego! —ella disparó. —Créeme. Será mejor para los dos si lo haces.

Una vez más me quedé sin palabras por tu postura desafiante. Intentaba humillarla, pero no

parecía importarle. No aceptaría que me llamaran puta. También parecía querer la muerte. Eso estaba claro cuando me desafiaste a enviarla al fuego. Ella sabía que el castigo por traición era la horca. En nuestra tradición, una mujer debe casarse con una virgen. Si esta condición no se cumplía, el marido tenía la posibilidad de devolver a la novia y anular el matrimonio. Aún así, para lavar su honor como hombre traicionado, podría enviarla a la horca.

No quería enviarla a la horca, porque no la quería muerta. Si lo devolviera, tendría que explicárselo a mi padre, el motivo y eso, sería un buen sermón. Tendría que aceptar que me equivoqué en mi elección e insistiría en casarse con Annabel. Ya podía ver la sonrisa triunfal de Ravena cuando recibí la noticia. La ira inundó mi cuerpo cuando me di cuenta de que sería humillado por esa mujer traidora.

—¡Preparen sus cosas! —dijo aflojando su garganta. —Vas a volver a Inverness esta noche. Tú y todo ese grupo que llamas familia. Por la mañana hablaré con mi padre y veremos qué podemos hacer para anular la boda.

Aideen tosió tratando de recuperar el aliento. Levantó su desafiante mirada hacia mí, pero en vez de un repentino coraje y la voluntad de volver a desafiarme, había miedo. Por un momento, casi me arrepiento de mi decisión, pero pronto recordé que estaba tratando con una hija de Rávena. Ese miedo era solo una fachada, ya que Aideen conocía todos los trucos para manipular a una persona.

—Pensé que ibas a hacer que me mataran. —disparó con voz desesperada.

Detuve ese comentario, pero lo ignoré yendo a la puerta.

—No soy cruel en este momento. —Dije con frialdad.

—No sería crueldad, sino un gesto de compasión. Ella discutió.

Una vez más, sus palabras me han intrigado. No entendía por qué quería que le quitara la vida, pero eso estaba fuera de discusión. No tendría la sangre de Aideen en mis manos y estaba convencido de ello.

Cuando me fui, cerré la puerta y la dejé. Me senté con los ojos cerrados por unos momentos. Podía oír a Aideen llorando en el otro lado y una repentina angustia se apoderó de mi ser. Ese grito era desesperado. Aideen debería estar contenta de volver a casa en lugar de tener que acostarse con alguien que tal vez nunca reemplace al hombre que había amado antes. Respiraba lentamente mientras trataba de calmarme. Tenía la sensación de que me habían traicionado. Sabía que estaba siendo hipócrita, porque estaba acostumbrado a mentir con Rose, aunque sabía que ella estaba mintiendo con mi hermano y mi primo. Si Aideen no hubiera dicho nada o, de repente, no hubiera sospechado, quizás no hubiera sabido que ya había tenido otro amante y yo hubiera quedado como un tonto. Estaba tan enfadada que quería matar a Ravena.

Respiré hondo y me alejé de la puerta. Miré al final del pasillo donde estaba la parte superior de la escalera que conducía a la planta baja y empecé a caminar hacia el vestíbulo.

—¿Alistair?

Una voz suave me llamó cuando llegué al hueco de la escalera. No tenía que darme la vuelta para saber que era Aideen. Cerré los ojos contando hasta diez. Escuchar mi nombre saliendo de esos labios me trajo escalofríos a lo largo de mi columna vertebral.

—¡Por favor, espera! Me rogó cuando la ignoré. —¡No vayas por ahí!

—¿Por qué no debería? —Pregunté sin darme la vuelta.

Mi paciencia ya colgaba de un hilo y estaba a punto de explotar.

—¡Porque te ruego que no me lo devuelvas! —me lo pidió a gritos. —Si no quieres enviarme a la horca, déjalo ir esta noche. Cuando todos se hayan ido, prometo irme. Se puede decir que fui

atacado por lobos mientras caminaba por el bosque para justificar mi ausencia. Haz un funeral si quieres parecer aún más convincente. Te prometo que no volveré a Dunhill y que no volverás a verme.

Me sorprende que la mirara fijamente. Una vez más, me desconcertó. No fue una mala idea, ya que ambos ganarían. Ella se desharía de un matrimonio no deseado y yo no sería ridiculizado ante la sociedad. Aún así, me preguntaba por qué tenía tanto miedo de volver a Inverness.

—¿Por qué tienes tanto miedo de volver a tu casa? —Le pregunté. —Deberías estar agradecido y feliz.

Respiró hondo girando el dedo.

—Moriré en cuanto salga de Dunhill. —disparó, encogiéndose de hombros. —Mi madre me matará por ser incompetente y perder al príncipe. Pero a diferencia de ti, lo hará muy doloroso.

Aunque me sorprendió esa revelación, la ignoré. Estaba tan enfadada que ni siquiera me importaba lo que Ravena haría a partir de entonces. Sólo los quería fuera de mi vista.

—Por favor! —me rogó aún más. —¡Alistair, no hagas esto!

Dejando caer un gruñido, fui en pasos anchos hasta donde estaba ella. Aideen se encogió como una niña cuando me acerqué a ella. Todavía llevaba puesto su vestido de novia. Aideen no merecía usar ese vestido y yo quería romperlo. Rómpele y poséelo ahí mismo. Mi enojo sólo creció con este pensamiento.

—¡Me importa un bledo lo que Ravena te haga! —Lo dije tan duramente. —No quiero que la sangre de una mujer empañe mi reputación. ¡Especialmente de una prostituta!

—¡No soy una prostituta! —Aideen gritó.

No pude detener la bofetada que me dio en la cara. Tenías que admitir que me lo merecía. Había sido cruel e insensible, pero eso sólo hizo que mi ira se inflara. Solté un gruñido y le agarré la muñeca, apretando fuerte. Aideen refunfuñó de dolor y pronto sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba harto de ese acto.

—¡No vuelvas a hacer eso! —Dije entre mis dientes, acercando mi cara a la de ella. —Si no, le arrancaré todos los dedos de esa delicada mano.

Soltando su muñeca con un empujón, me di la vuelta y volví a caminar hacia las escaleras.

—¡Nunca quise este ni ningún otro sindicato! —dijo con la voz embargada. —Su Alteza, haré lo que desee, pero no me dé Ravena.

Cerré los ojos, respiré hondo y me detuve un momento. El miedo dominaba su voz, así que mi orgullo hablaba más fuerte y decidí aprovechar esa situación. La haría sufrir por intentar engañarme. Convertirías tu vida en un infierno, empezando esa noche. Me di la vuelta y volví a donde estaba. Deteniéndome frente a ti, miré a Aideen durante unos minutos. Bajó la mirada al suelo. Agarrándole la barbilla, le levanté la cara para que pudiera ver mi fría sonrisa. Aideen jadeó, pero no miró para otro lado. Soltando su barbilla, me di la vuelta en silencio y bajé las escaleras. Llegué al salón con pasos determinados. Calmando mi expresión para que nadie se diera cuenta, fui a Loch.

—¿Puedo hablar con usted? —Miré a Ravena, que me miró con una expresión oscura. —Tú también.

Se miraron el uno al otro, pero asintieron de pie.

—¿Pasa algo, hijo mío? —preguntó mi padre, haciendo mención de levantarse para acompañarnos.

—¡Nada serio, mi padre! —Respondí con calma. —Es algo privado de lo que quiero hablarles a ambos.

Mi padre asintió con la cabeza y les pedí a ambos que me acompañaran a la biblioteca. Ravena parecía cautelosa, como si ya supiera lo que estaba pasando.

—Quiero que guardes mis palabras, porque lo que voy a decir no es de ninguna manera una petición, sino una orden! —Dije con voz fría. —Te vas mañana sin permiso para volver a Dunhill. Cualquier invitación hecha por mi padre debe ser rechazada inmediatamente.

—¿Puedo preguntar por qué decidí eso? —dijo Ravena con miedo. Estaba raro con la pregunta, pero decidí jugar su juego.

—Sabes muy bien que Aideen ya no es virgen.

—¡Vaya! ¡Qué rápido eres! —Ravena dijo irónicamente. —Subió hace muy poco.

Grunhi golpeando la mesa.

—¡No me hagas perder la compostura, mujer! —dijo entre dientes. —No soy tan paciente como mi padre.

Ravena se lo tragó todo, pero no se asustó. Al contrario, se rió de mi actitud.

—¡Ya basta, Ravena! —dijo Loch alzando la voz por primera vez. Ella lo miró con incredulidad, pero Loch la ignoró. —¿Qué hay de Aideen?

—¡Ella se queda! ¡Aideen es mía ahora, pero debes irte! —Respondí seco. —Toma el dinero de Annabel y su impecable reputación. No vuelvas a pisar Dunhill, así como Aideen no puede veros a ninguno de vosotros. Eso incluye a Annabel.

—Pensé que ibas a obedecer la ley y la colgarías o la devolverías. —Ravena disparó un tiro frío. Había algo detrás de esa observación que me inquietaba.

—¿Con qué interés la quieres de vuelta? —Le pregunté con frialdad. —¿Para tratar de engañar a otro señor o venderlo a un burdel?

Ravena se quedó estática en su lugar. Por extraño que parezca, me di cuenta de que esperaba que la acusara de otras cosas. Parecía que estaba escondiendo algo más que la impureza de Aideen.

—Tienes suerte de que no los haya mandado lejos bajo la lluvia ahora mismo. —Dije con frialdad. —Puedes beber y bailar esta noche, pero mañana te irás sin importar el tiempo que haga.

Sin dejar lugar a discusiones, fui a la puerta y la abrí, haciendo un gesto para que se fueran. Ravena me miró con un odio que yo no entendía del todo. Al igual que Aideen, debería estar contenta de tomar el dinero y deshacerse de una hija que no tendría la misma oportunidad de nuevo.

—Alistair MacCalister, ¡te arrepentirás de esto! —me lo prometió cuando pasó junto a mí.

Tus palabras salieron como una amenaza que me intrigó. Había sentido el sabor de contradecir y ofender a la reina de la mezquindad, pero aún no estaba satisfecho. Respirando hondo, volví a mi habitación y entré sin llamar. Aideen estaba sentada en el suelo, apoyada en la pared junto a la puerta del balcón. Lloró copiosamente.

—¡Tu familia se irá mañana! —Dije áspero. —¡Sin ti!

Levantó la mirada y pude ver un rayo de esperanza en sus ojos, un color esmeralda, así como la prefiguración de una sonrisa.

—Gracias! —dijo aliviado.

—No me lo agradezcas todavía. —Dije en un tono frío. —Les he ordenado que no vuelvan, así como no volverán a verlos. Puedes quedarte, pero no volverás a poner un pie en Inverness. Estarás confinado en el castillo y me darás el heredero que necesito para restregarle la cara a MacGregor.

Me detuve para caminar hacia Aideen, quien me miró con perplejidad.

—Ese será tu castigo por intentar engañarme. Voy a atormentarla como tú me atormentaste a mí.

La mirada de Aideen se marchitó, al igual que su sonrisa, cuando anuncié la sentencia.

—Pero, ¿cuánto cuesta mi hermana? ¿Tampoco podrá venir a verme? —me preguntó llorando.

—No. No, no, no, no, no, no, no, no.

—¿Cuánto tiempo durará esa frase?

—Por el resto de tu vida o hasta que mi ira pase. —Respondí con una sonrisa torcida. — ¿Quién sabe, mi ira durará menos que tu vida? Reza para que eso suceda. Tal vez Dios es amable contigo.

Me miró con incredulidad. Sabía que estaba siendo cruel, pero tenía suficiente odio para justificar mis acciones.

—Creo que deberías aprovechar al máximo el tiempo que te queda junto a Annabel, porque ella también se va mañana. —Pisoteé aún más tu corazón ya herido.

—¡Eres un gilipollas! —...se levantó y me pasó por encima. —¡Juraste protegerme! ¡Me pediste que no te tuviera miedo! ¡Eres un monstruo!

Tomé las manos de Aideen y me reí.

—¡Mentí! —Le disparé riendo y le susurré al oído. —¡Bienvenidos al infierno!

Soltando a Aideen, salí de la habitación y volví al salón. Pasé por la cocina y hablé con Rose para encontrarme en el lago después de medianoche. Necesitaba relajarme y lo hice por impulso, no por voluntad propia. Necesitas perder a mi padre también. Tomando una botella de vino y una taza, me dirigí a la biblioteca y me senté en uno de los sillones. Me quedaría allí hasta que fuera el momento de irme, y luego vería a Rose hasta el amanecer.

Capítulo 08

Aideen

Mi hermana se fue con mis padres justo después de oscurecer. Se suponía que era por la mañana, pero Brice, al verme llorar, insistió en que se quedaran un poco más. Alistair estuvo de acuerdo en que no era para despertar sospechas, pero sí muy en contra del gusto. Brice no sabía que las lágrimas eran por Annabel.

Lloré toda la mañana en los brazos de Annabel. Intentaba calmarme diciendo que estaría bien. Cada día odiaba más mi vida. Odiaba a mi madre más que a nada en el mundo. Ahora yo también odiaba a Alistair. Cada instante que la noche se extendía anunciando el amanecer, maldije a mi madre.

—¡Buenos días! —Rose me saludó con su sonrisa sarcástica.

Respiré hondo cuando escuché la voz aburrida de Rose, que decidió provocarme desde que mis padres se fueron el día anterior. Lo último que quería en ese momento era tener que tratar con esa chica.

—¡Buenos días! —Respondí sin entusiasmo.

Llevaba el suéter que Annabel me había regalado. No me lo he quitado desde la noche anterior. Alistair había pasado el resto de su noche de bodas, y anoche también. Siempre me daba la vuelta solo a la hora de vestirme. No necesitaba una criada; no quería una criada y definitivamente no quería a Rose cerca de mí.

Rose puso las cosas que llevaba en sus manos en la parte superior de un aparador junto a la ventana.

—Mi señor me pidió que te ayudara a prepararte para el desayuno —dijo caminando hacia mí. —No servimos nada en las habitaciones, a menos que estés enfermo o muriendo.

Me guiñó un ojo irónicamente.

—No te estás muriendo, ¿verdad?

Ese tono sarcástico me hizo enojar.

—Pensé que había dejado claro que no te dirigirías a mí en ningún momento. —Respondí entre los dientes. —Quiero dejar claro que no toleraré tales risas o palabras sarcásticas. Debo advertirle una vez más que guarde silencio o se retire.

Rose abrió de par en par sus ojos mirándome incrédula. Estaba claro que no le gustaba y que no me importaba.

—¿Está claro?

—¡Sí, señora! —Contestó en voz baja y contrarrestada.

—¡Oh, genial! —dijo, guiándome a donde ella había dejado las cosas. —Ahora, si me disculpan, prefiero limpiarme. Dile a tu amo que no tengo hambre y que estaré aquí el resto del día.

—Pero, uh...

—¿Soy claro o necesitas que te lo repita?

Rose me disparó con su mirada y luego se giró para salir.

—¡No, señora! —Susurró antes de cerrar la puerta con fuerza.

Respirando hondo, apunté mi reflejo en el espejo. Mis ojos estaban rojos e hinchados, al igual que mis labios más carmesí de lo normal. El cabello estaba despeinado y había mucha tristeza en mi mirada. No sabía cuándo podría deshacerme de ese sentimiento y prefería no pensar demasiado en ese momento. Al ir al baúl que había quedado en mi habitación, dos noches antes, tomé un vestido azul claro y lo estiré sobre la cama. Volviendo a la parte delantera del espejo, me puse el pelo en alto y empecé a desatar el corpiño del suéter. Cerré los ojos cuando la primera cicatriz del hombro se hizo visible. Deslizaba la tela lentamente hasta que la cogí por la cintura. Como de costumbre, me cubrí los pechos con los brazos y me volví hacia el espejo. Abrí los ojos para mirar por encima del hombro con la esperanza de que todo fuera sólo un sueño y que esas horribles cicatrices no estuvieran allí, pero una vez más las vi cubriendo toda la extensión de mi cintura. Me salieron lágrimas en los ojos cuando recordé la ocasión en que los gané. No habría suficiente magia para quitar esas marcas. Ni siquiera las brujas antiguas pudieron hacer que desapareciera.

—¡Te ordené que bajaras! —dijo Alistair furioso al entrar en la habitación sin llamar. — Cuando mando algo, exijo que se cumpla. ¿Cómo te atreves a desobedecerme?

Dejé de mirar a Alistair con los ojos muy abiertos. No fue por sus palabras o por el tono de su voz, sino porque tenía la espalda desnuda. Frunció el ceño y caminó lentamente hasta donde yo estaba.

—¡Date la vuelta! —él lo ordenó.

Ya le había cabreado demasiado, no había razón para que se enfadara más. Alistair vería esas marcas tarde o temprano. Respirando hondo, le di la espalda y bajé la mirada.

—¿Quién te hizo esto? —susurró mientras aún me miraba la espalda. —¿Y por qué razón?

No tenía intención de contar la historia de lo que lo causó, pero no podía omitir el nombre de mi verdugo.

—¡Ravena! —Susurré con los ojos cerrados. —Es una prueba de lo cruel que puede ser mi madre cuando se la contrarresta. Especialmente cuando las cosas no salen como ella quiere.

Alistair estaba detrás de mí, contemplando las cicatrices. Había una mezcla de alivio y rabia en sus ojos. Pasó sus dedos por cada una de las cicatrices, que fueron numerosas, lenta y suavemente. Sentí un escalofrío en mi piel cada vez que lo tocaba. Aguanté la respiración cuando sentí que mi cuerpo ardía como la otra noche. Mi corazón se aceleraba como si hubiera corrido durante kilómetros y kilómetros.

—Ravena no tiene límites —susurró.

—Ninguno! —Me susurré mordiéndome el labio inferior.

—¿Qué has hecho para merecer tal castigo? —Preguntó de repente. —¿Fue por él?

Levanté los ojos y lo miré a través del espejo. Alistair tenía los ojos cerrados, pero podía sentir la tensión a través de sus manos. Quería contárselo todo, porque me estaban juzgando mal, pero en vez de eso me oí a mí mismo contestar.

—En cierto modo, sí, fue por él.

No se suponía que saliera así, como si me estuviera burlando de Alistair o ironizando sus sentimientos. Quería ser diplomático en mis respuestas, pero fui sarcástico. Alistair gruñó antes de que yo me volviera para mirarlo y agarrara mis hombros.

—Te haré olvidar que era de otro hombre. —gruñó. —Y cuando me beses, quiero que sepas

que es mi boca y no la de él. Le haré recordar al amanecer que me pertenece a mí y no a él.

No tuve tiempo de reaccionar, porque Alistair me besó furiosamente sosteniendo mis brazos para que no me escapara. Entré en pánico porque estaba medio desnuda en los brazos de un hombre que apenas conocía. Tenía miedo de lo que pudiera hacerme, porque Alistair estaba furioso. Poco a poco su beso se hizo urgente y me pilló devolviéndole el favor. Terminó de arrancar su suéter y abrazarme en sus brazos, caminó conmigo a la cama, depositándose suavemente. Entonces interrumpió el beso y contempló mi cuerpo con ojos hambrientos. Cerré los ojos para respirar hondo. Todavía podía sentir sus labios en los míos.

—¡Abre los ojos! —me lo ordenó con una suave voz susurrándome al oído. Inmediatamente hice lo que me dijo.

Alistair sacó la camisa blanca que llevaba en la cabeza. Parecía aún más grande ahora que estaba desnudo en el pecho. Estaba horrorizado y contemplé la inmensidad de la piel perfecta que poseía. Contrariamente a lo que imaginaba, no había muchas cicatrices, sólo una delgada cruzaba su pecho desde la costilla derecha hasta casi la izquierda. Estaba oculta por una delgada capa de pelo oscuro que descendía por su abdomen. Mi boca se salivó de una manera que no sabía que podía hacerlo. Entre mis piernas un punto doloroso comenzó a palpitar y sentí una presión incómoda.

Alistair no llevaba falda, así que se quedó ahí para abrirse los pantalones. Me asustó el tamaño de tu miembro, que era largo y grueso. La ola de calor se intensificó mientras se inclinaba sobre mí y me besaba con furia. Mis manos se dirigieron inmediatamente a sus brazos y aunque temía lo que estaba a punto de hacer, no pude detenerlo. Mi cuerpo no quería que se detuviera y decidí dejarme llevar por ese sentimiento sucio. Introdujo un dedo dentro de mí mientras me besaba y me masajé el clitoris con la punta del pulgar. Esa tortura duró unos momentos, hasta que me tiró de las piernas y me penetró a la vez con fuerza. Emití un grito cuando el dolor agudo invadió mi interior y le agarré de los brazos clavándole con fuerza las uñas en la piel. Gruñó mordiéndose el labio inferior, mientras las lágrimas fluían por mis ojos. Pensé que nunca volvería a sentir ese dolor, pero me equivoqué. Alistair me miró confusamente frunciendo el ceño.

—¡Shiii! —susurró suavemente besando mi mejilla.

Alistair respiró hondo antes de besarme suavemente a lo largo de la línea de mi mandíbula. Llegando a un punto sensible detrás de mi oreja, empezó a burlarse de mí. Jadeo cuando empecé a sentir ese palpar de nuevo entre mis piernas. Sintiendo que me estaba relajando, Alistair comenzó a besarme suavemente, al mismo tiempo que se movía. Sus movimientos eran lentos y suaves como si tuviera miedo de hacerme daño. Jadeó cuando le agarré el pelo de la nuca y se lo apreté con fuerza con una mano. Sentí que su piel se arrastraba y empezó a acelerar sus movimientos almacenando cada vez más y más profundamente. La fuerza que puso fue medida. Tirando de mis piernas hacia arriba me penetró aún más profundamente con el cambio de posición. Me quejé contra su boca y sentí sus labios contraerse con una sonrisa. Inmediatamente abrí los ojos para contemplar el par de ojos azules inundados de deseo. Estaba jadeando y mientras él aceleraba, me contorsioné. Tenía el presentimiento de que explotaría en cualquier momento. Pedí más y más.

—¡Alistair! ¡Por favor, no pares! —pregunté con sufrimiento.

Tenía que deshacerme de esa sensación que me crecía en las tripas. Alistair gruñó poniendo una mano entre nosotros y comenzó a frotar mi clitoris mientras almacenaba más y más. Me ahogué por sorpresa y agarré la sábana con fuerza. En vez de quejarme, empecé a gritar por un inmenso placer que estaba a punto de explotar. Capturó mi boca y eso fue suficiente para sofocar mis

gritos. Me agarré a sus hombros, inclinando el cuerpo y echando la cabeza hacia atrás mientras me sentía sumergido en una inmensidad. Entonces algo explotó dentro de mí. Esa sensación duró unos minutos más mientras Alistair se llenaba sin piedad, hasta que sentí que algo líquido ardía dentro de mí y luego se desplomó sobre mi cuerpo con un rugido salvaje. ¿Así que eso fue un placer?

Permanecemos en la misma posición durante unos momentos. Alistair me acarició el pelo suavemente, mientras yo mantenía mis brazos firmes alrededor de su cuello. Nuestras respiraciones jadeaban y nuestros corazones latían al mismo ritmo. De repente, la ira que sentía hacia él desapareció. Mi cuerpo se sentía apreciado y una sensación de paz con una mezcla de seguridad se apoderó de mí. La paz era algo que no había experimentado en años y me di cuenta de que podía respirar con alivio por primera vez en mi vida. Lástima que no durara tanto.

Con un gruñido y abrupto, Alistair se levantó desde dentro de mí. Me miró un momento y cerró los pantalones. Me di cuenta de que su mirada era más fría que las colinas de Inverness. Me sentí avergonzada por un momento y luego tiré del edredón de piel para cubrir mi cuerpo.

—Vale, vale, vale, vale, vale, vale. Ahora soy tu marido oficial —dijo con frialdad. —Me acostaré en esta cama sólo para tomarla. Prepárate cuando me apetezca.

Un vacío se apoderó de mí, pero pronto la ira lo llenó y yo resoplé.

—Pensé que tu amante era suficiente y que no me necesitabas. —Disparé con ironía.

Alistair me frunció el ceño de manera confusa durante unos momentos. Pronto su mirada dio paso a una risa fría y sarcástica....

—Si te refieres a Rose, soy insaciable y te garantizo que puedo manejar ambas cosas. Incluso puedo tomarlos al mismo tiempo, lo que no sería una mala idea. —lo devolvió irónicamente. —Estoy seguro de que no le importará.

—¡Maldito bastardo asqueroso! —Gruñí. —¿Por qué haces eso si me odias?

—Sólo me sirves para generar un heredero, eso es todo. —disparó sin piedad. —No esperes demasiado de mí porque pretendo ser breve.

Lo miré con incredulidad. Alistair estaba siendo más cruel que mi madre. Al menos me dio una paliza y sólo sentí el dolor una vez.

—¡Como predije, no tienes corazón! —Respiré profundamente conteniendo las lágrimas. —¿Y si decido huir?

Alistair se rió.

—He visto cómo cabalgas y dudo que llegues muy lejos —dijo sarcásticamente y me quitó la barbilla. —La encontraría tan fácil como un zorro.

Dejando caer mi barbilla, tomó una daga que estaba clavada en sus botas y le cortó la palma de la mano. Al acercarse a la cama, dejó que la sangre goteara en un lugar estratégico y manchó la sábana.

—Esto ayudará a las lavadoras a tener algo que decir y hará que mi madre esté feliz de apoyar mi elección.

Alistair se acercó a la puerta y la cerró con fuerza cuando la pasó. Me encogí en la cama y la sensación de estar sucio se apoderó de mi cuerpo. Conocía esa sensación, la había sentido varias veces antes. Empecé a llorar como siempre. Esta vez no me habían golpeado en el cuerpo, sino en el alma. Ese dolor era aún más insoportable que cualquier otro dolor que hubiera sentido antes.

Capítulo 09

Alistair

Caminé por el pasillo hacia la biblioteca. Estaba furioso y, al mismo tiempo, avergonzado de la forma en que trataba a Aideen. Nunca antes había sido grosero con una mujer, pero la forma en que confesó que había sido golpeada por otro hombre, me hizo experimentar unos celos que no sabía que tenía. Ningún hombre respetuoso se casó con una mujer que ya había sido tomada por otro, pero a mí no me importaban estas estúpidas costumbres. Lo que no me gustaba era que me engañaran, como hicieron o intentaron hacer Ravena y Aideen.

—¡Soy un idiota! —Susurré.

Todavía estaba tratando de descifrar cuál era el plan de Ravena, de hecho, aceptando que Aideen se casaría conmigo. No sabía si era por dinero, lo que era muy probable, o si era otra cosa. El bastardo hizo bien su papel fingiendo ser ofensivo cuando elegí a Aideen. La actitud de Loch no me sorprendió en absoluto, pero la actitud de Annabel me sorprendió. Todavía me desconcertaba el hecho de que ella pudiera encontrar los pasajes. Ni siquiera yo sabía dónde estaban todos. Ni siquiera sabía que había uno en mi habitación. ¿Cómo se enteró?

Aideen parecía temer mucho más por su regreso que por su vida. Me hizo pensar en esas marcas en su espalda y me intrigó mucho. Todavía estaban las vendas de la muñeca. Me recordó a aquella tarde en el bosque, cuando amenazó con matarse si la tocaba. Era plenamente consciente de que Ravena era demasiado rígida para encerrar a sus hijas en la casa, lejos de los ojos de los demás, como lo había hecho durante mucho tiempo. Azotar a su hija parecía demasiado cruel. Aunque fuera como un castigo por acostarse con otro hombre que no fuera su marido....

Hasta donde yo sé, Aideen había sido castigada al menos dos veces y el hecho era reciente, ya que algunas marcas eran más visibles que otras. Tal vez ella se encontró con él de nuevo y fue descubierta. ¿Y si trató de escapar? Tenía que averiguar quién era este hombre y hacerle entender que Aideen era mío.

Respirando hondo, decidí no ir a la biblioteca porque había planeado despejar mi mente. Todavía tenía una enorme resaca por la embriaguez de ayer y anteayer. La noche de la boda, me había bebido la botella de vino y otra botella de whisky que encontré en la biblioteca. Me emborraché tanto que acabé desmayándome en el suelo. Bruce fue quien me encontró y me llevó a mi habitación. Pensando en ello, decidí volver a la mesa del desayuno, donde me esperaban mis padres. Se marchaban por un largo período de descanso en Dunlock. No los vería por mucho tiempo. Daría cualquier excusa por la ausencia de Aideen que fuera muy convincente. Cuando entré vi a Alec y Bruce compartiendo el desayuno con ellos. Hablamos de Alec yendo al frente.

—¿Así que te vas esta mañana? —pregunté sorbiendo un sorbo de té.

—Sí. Alec asintió. —Tomaré ese camino a través de la pradera que pasa entre los pueblos. Así llegaré más rápido.

Sonríe moviendo la cabeza.

—No podía recordar de esta manera —dijo. —¿Cuál es la prisa?

—Quiero conocer a esta Breanna de la que tanto hablas y conocer a los hombres. —él lo justificó. —Cuanto antes me vaya, antes aprenderé.

—¡Tienes razón! —Me tomé un descanso. —¿Te importaría ir sin Bruce? Lo necesitaré para un asunto urgente de mi interés.

Bruce frunció el ceño.

—¿Qué tema?

—Te lo explicaré más tarde, pero puedo decirte que necesitaré tus habilidades para moverme en las sombras.

Bruce miró fijamente a Alec.

—¿Puedes seguir sin una niñera?

Alec frunció el ceño por un momento y me sorprendió su mirada. Se rió entonces, dejándome aliviado.

—¡Por supuesto, primo mío! —Alec lo devolvió. —Llévate a todas las putas que necesites.

Nos reímos mucho tiempo. No quería a Alec solo en el frente, pero confiaba en que Bree y Keilan le ayudarían.

Después del desayuno, le pedí a Elaine que se reuniera conmigo en la biblioteca. Mis padres ya se habían ido, al igual que Alec. No sabía cómo Aideen se enteró de que Rose era mi amante, pero me lo imaginaba. No quería ser tan cruel con Aideen, pero vi una oportunidad y la aproveché. Terminé arrepintiéndome tan pronto como salí de la habitación. Nunca he actuado tan fríamente con nadie como lo hice con ella. Este orgullo herido me estaba llevando a ser una persona que no solía ser, pero odiaba que me engañaran y la haría pagar. Pero no pude evitar preocuparme por ella por un tiempo. No quería que Rose se entrometiera en mis asuntos y ella sería otra a la que pondría en el lugar que le corresponde.

—¿Me has mandado llamar? —preguntó Elaine tan pronto como entró en la biblioteca.

—Sí. —Respondí sonriendo mientras levantaba los ojos de los periódicos que estaba leyendo. —Necesito que conozcas a Aideen en cualquier cosa que necesite. Serás su camarera personal.

—¿Yo? —Disparó con la voz sorpresa. —¿La criada de la princesa? Pensé que Rose tenía esa función.

—No te preocupes por Rose. Te estoy asignando a esta función. —Yo contesté. —¿Cree que puede realizar esta tarea?

—¡Sí, señor! Creo que puedo encontrar tiempo para hacer las otras tareas también.

—No lo entiendes, ¿verdad? —pregunté con una mirada extraña. —Sólo serás la camarera de Aideen.

—¿Pero el jardín y la cocina? ¿Quién ayudará con estas tareas?

—No te preocupes, Elaine. Tengo suficiente personal para cuidar de la cocina. En cuanto al jardín, puede conciliar el cuidado si no va a obstaculizar su trabajo. —Elaine abrió una amplia sonrisa. —Sé que te gusta ese jardín.

—¡Gracias, Su Alteza! —dijo con alegría. —No te defraudaré. ¡Lo prometo! ¡Lo prometo!

—Eso ya lo sé. —ella mencionó que se iba, pero la llamé de nuevo. —Una cosa más, Elaine.

—Sí, ¿cierto?

—Dile a tu hermana que quiero verla ahora.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

Salió de la habitación con cara de preocupación. Elaine era la hija menor del cocinero, Wally,

y la hermana de Rose. Era una chica guapa, con el pelo largo y negro y ojos del mismo color. Era tímida, pero muy alegre. Me gustaría trabajar y ayudar a mamá. A pesar de su corta edad, sólo tenía quince años y estaba muy dedicado a todo lo que hacía. Recientemente pidió que se encargara del jardín mientras el jardinero se recuperaba de la gripe. Mi madre no tenía talento para la jardinería, así que dejó que otra persona se ocupara de los tres espacios alrededor del castillo. La había relevado de sus deberes en la cocina, pero aún así se empeñó en hacer ambas cosas.

Respiré hondo cuando oí el golpe en la puerta. Por el sonido, sabía que era Rose, porque era la única que llamaba a la puerta así.

—¿Querías verme? —dijo con su sonrisa traviesa y se me acercó. —Ofrangote no se da cuenta?

Se acercó con su sensual balanceo y extendió sus manos sobre la mesa. Rose me miró fijamente y siguió hablando.

—Me alegra que te hayas dado cuenta de que soy la única que puede satisfacer este hermoso cuerpo y esta peligrosa mente. —ella sonrió. —¿Por qué no viniste a vernos? Espera toda la noche.

—¡Estaba ocupado!

—¿Qué está pasando? ¿Es tan mala que le tomó más tiempo del necesario para satisfacerte?

Dejé salir una risa y me levanté. Rose me miraba fijamente con su sonrisa llena de encanto y seducción. Mi sonrisa murió cuando me acerqué a ella y le agarré la garganta. Tirando a Rose sobre la mesa, la tiré sentada en la silla.

—¡Si te vuelves a acercar a Aideen, te mataré! —dijo entre dientes. —¿Lo has entendido?

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —Dijo sin aliento. —¡Me haces daño, Alistair! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

—Te lastimaré aún más si te atreves a hablar con ella una vez más, ¿entiendes?

—Yo, uh...

—¿Lo has entendido?

Dijo lentamente entre los dientes mientras apretaba el cuello de Rose más fuerte. Puso los ojos en blanco, asustada. No estaba acostumbrado a ser violento, pero estaba lleno de odio por lo que Aideen me reveló.

—¡Lo tengo! —Dijo "bajo" debido a la presión. —¡Ahora déjame ir!

Liberé a Rose, que se cayó al suelo tosiendo. Metió la mano en su garganta y me levantó los ojos.

—¿Así que el pollo ya se ha ido a quejarse? —se rió. —No es de extrañar. Franzina como es, dudo que pueda defenderse.

—Se llama Aideen. No es que vayas a llamarla por su nombre, pero ten respeto cuando hables de ella, delante de mí o de cualquier otra persona. No voy a dejar que le arrojes tu veneno.

—¿Veneno? —Rose se rió de pie. —Hasta hace poco, eso no era exactamente lo que te estaba lanzando.

—¡No te burles de mí! —Amenacé entre los dientes. —Aideen es mi esposa y deberías tratarla como a una princesa, porque eso es lo que es. A diferencia de ti, que no eres más que una dote de prostituta.

Rose se rió. No parecía intimidada por mis palabras y eso me puso nervioso.

—¿Realmente crees que la sangre puede engañar a alguien? —Fruncí el ceño y ella continuó. —¿Olvidaste que las paredes tienen oídos?

Cerrando los ojos, gruñí. Estaba claro que Rose había escuchado mi conversación con MacBride y, quién sabe, mi conversación con Aideen hace dos noches. Rose se me acercó, pasando la punta de su dedo índice por mi barbilla.

—Supongo que no soy la única prostituta en este lugar.

—¡Si le dices algo a alguien, te romperé todos los huesos del cuerpo! —Te amenacé. Agarrándole la mano, la apreté con fuerza hasta que se me chasquearon los dedos. —Ahora sal de mi vista y gracias a Dios que amo mucho a tu madre. De lo contrario, ni siquiera estaría en este castillo.

Rose tiró de su mano con fuerza.

—¡Te arrepentirás de lo que me estás haciendo!

Se dio la vuelta bruscamente y se dirigió hacia la puerta. Se enfadó tanto que casi atropella a Bruce.

—¿Mal día? —preguntó Bruce en tono irónico.

—¡Vete al infierno! —escupió y luego desapareció.

Se rió y luego miró en mi dirección.

—¿Qué le pasa a ella?

—Celos, celos, rencor.. —dijo moviendo la cabeza. —Elige uno.

—No se lo tomó muy bien cuando me iba a casar. —Bruce se sentó en la silla frente a la mesa. —He oído que ha estado intentando provocar a Aideen, pero ha respondido en consecuencia. Hizo que Rose se callara.

Escondí una sonrisa de satisfacción y fruncí el ceño con una mirada de sorpresa en mi frente. Para ser honesto, no debería estarlo. Sabiendo cómo era Aideen con las palabras, por supuesto que pondría a Rose en su lugar. Me preocupé por nada, pero decidí mantener a Rose alejada de ella.

—¡Dime! ¿Qué es este asunto urgente que desea discutir conmigo?

Fui detrás de la mesa y me senté.

—Hmm! Necesito tu ayuda con algo. —Suspiré. —Quiero que vayas a Inverness y hagas una encuesta sobre el MacBride.

Bruce frunció el ceño.

—¿Exactamente qué debería estar buscando y por qué?

—Todo sobre la vida y las hijas de Ravena. No me importa mucho Loch, así que puedes ignorarlo.

—¿Puedo preguntar por qué es ahora? Pensé que te gustaba Aideen.

Puse los ojos en blanco y fruncí el ceño.

—Tú eres el que lo dijo, así que no me mires así.

—Eso ya lo sé.

—¿Por qué quieres saber sobre su pasado y su vida?

—Porque Aideen tenía un amante y necesito saber si hay riesgo de que vuelva a aparecer. —Disparé sin paciencia. —Me lo dijo en su noche de bodas antes de que pudiera...

Me detuve a suspirar y me pasé la mano por la cara.

—Ese bastardo de Ravena sabía que Aideen ya no era virgen, pero me dio a su hija de todos modos.

—Bueno, después de todos los argumentos y el aumento de la dote, fue difícil rechazar el trato. —Bruce suspiró. —Según recuerdo, usted insistió mucho en tener a Aideen e hizo uso de una ley que ya ni siquiera usamos.

Resoplé porque Bruce repitió las mismas palabras que Aideen.

—¡Aideen me engañó! —Yo disparé.

—¡No! Aideen no te engañó. Fue Ravena quien lo engañó al omitir a su hija para que dejara de ser pura. —Bruce discutió. —Según recuerdo, Aideen me rogó que no me casara con ella.

—¿Por qué no dijo por qué en ese momento?

—¿Eso te haría renunciar?

—Me daría una opción.

—¿Y cuánto Annabel?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Te arriesgarías a empañar la reputación de tu hermana por tu error?

—Por supuesto que no!

—Así que eso es exactamente lo que hizo Aideen. —Bruce sonrió con satisfacción. —Estaba protegiendo a su hermana de que su reputación se empañara frente a un montón de gente. Si realmente quisiera empañarlo, no se lo habría dicho ella misma.

Abrí la boca para hablar, pero Bruce me interrumpió de nuevo.

—Además, no sabemos qué pasó realmente ni qué amenazas hizo Ravena para que ninguno de los dos revelara nada.

—Pensé que no estabas prestando atención. —Yo disparé. —¿No estabas ocupado con esas frutas?

—Mi querido amigo, nunca estoy tan ocupado como parezco. —Bruce sonrió. —Tú más que nadie ya deberías saberlo.

Cerré los ojos apoyándome en la silla. No creí que Aideen pudiera estar protegiendo a su hermana y viceversa. Annabel sabía que tarde o temprano, me enteraría y trataría de mantener a su hermana a salvo.

—Creo que hay más! —Susurré.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —preguntó Bruce confundido.

—La actitud de Aideen cuando dijo que lo devolvería. Le aterrorizaba esa posibilidad. Incluso sugirió fingir su propia muerte y desaparecer para que no se empañara mi reputación.

—¡Júralo! ¿Y qué hiciste tú?

—Envié al MacBride lejos, le impedí ver a su hermana y la confiné en el castillo.

—Muy diplomático de tu parte.

—¿Quieres dejar de juzgarme con tu sarcasmo?

Bruce se rió.

—Alistair, está claro que te gusta mucho Aideen y que te estás muriendo de celos de ella. Su orgullo fue herido porque no fue el primero en tocar a la mujer que lo hechizó y quiere compensación en todos los sentidos.

—Yo, uh...

—No te estoy juzgando. Tal vez yo haría lo mismo, pero antes de lastimarla de todos modos, ¿no crees que debería revisar las circunstancias?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si fue seducida por un matón? Después de todo, sólo tiene diecisiete años. Es sólo una niña pequeña.

—No puedo creer que la sedujeran.

—¿Por qué no debería?

—Por las cicatrices. —Puse los ojos en blanco.

—¿Qué cicatrices? —preguntó Bruce.

—Un látigo. —Gruñí cerrando los puños. —Aideen dijo que era una paliza que Ravena le había dado y que se debía al hombre con el que se había acostado.

Bruce se quedó en silencio por un momento.

—Eso complica un poco las cosas.

—¡Ya ves! —Disparé un puñetazo a la mesa. —Ni siquiera quería negar que estaba enamorada de otra persona y, además de todo, era sarcástica conmigo.

—¿Dijo que amaba a otra persona o que había sido golpeada porque había perdido su virginidad?

—Sólo dijo que recibió la paliza. ¿Por qué es eso?

Bruce se rió.

—¿Cuál fue la reacción de Ravena a todo esto?

—Raro.

—¿Raro cómo?

Me encogí de hombros y fruncí el ceño.

—Estaba enfadada cuando dijo que no iba a devolver a Aideen. —Ya te lo expliqué. —Ni siquiera el hecho de que pudiera mantener la dote deshizo la impresión de que prefería que su hija volviera.

—¿Por qué Ravena querría que su hija volviera a estar manchada?

—Esa es la parte que no puedo explicar —dijo pensativo. —Mi padre no querría que me casara con Aideen y me obligara a casarme con Annabel.

Permanecimos en silencio durante unos momentos, hasta que Bruce se puso de pie.

—Haré lo que me pidas y me iré a Inverness esta noche. —declaró decidido. —Sólo que tendrás que prometerme que no harás nada irreflexivo con Aideen hasta que regrese.

—¿Por qué no debería? —Disparé con fuerza. —Le prometí que me pagaría por engañarme, y eso es lo que haré.

—¡Cuidado con tu juicio, Alistair! —Bruce dijo. —No sabemos qué encontraremos en Inverness. No quiero que te arrepientas después.

—No me arrepentiré!

—Tú lo dices. No vengas a quejarte más tarde.

Bruce me guiñó un ojo con su sonrisa sarcástica y molesta, y luego abandonó la biblioteca. Miré en la dirección de la puerta. Observé el bosque mientras rumiaba sus palabras. Odiaba cuando Bruce hablaba así, pero solía escuchar sus sugerencias.

¡Pero no esta vez! Esta vez me incliné a seguir mis instintos y me dijeron que Aideen tenía que sufrir.

Traté de concentrarme en las diversas cartas que tuve que contestar, pero pronto el pensamiento vagó hasta unas pocas horas esa mañana, donde casi me perdí en los labios de una pequeña pelirroja. La piel suave de su cuerpo y el tacto suave y tímido de sus manos sobre mi piel, pronto poblaron mis pensamientos. Todavía podía oír su aliento sin aliento cuando la penetré y llevé a Aideen a un éxtasis no premeditado. Aunque fue rápido, no podía decir que no fuera bueno. Un calor se apoderó de todo mi cuerpo y perdí la concentración en lo que estaba haciendo.

—¡Maldita sea! —Gruñí, me levanté y caminé hacia la puerta. —Ahora necesito un largo y frío baño.

Capítulo 10

Aideen

El suave roce en la piel de mi cara me hizo abrir los ojos. Me encontré con grandes ojos azules que me miraban con lujuria. Antes de que pudiera gritar o reaccionar de alguna manera, Alistair me cubrió los labios. Traté de empujarlo y luché, pero de nuevo mi cuerpo me traicionó y me sentí atraído por el calor de su piel como antes.

Después de esa mañana, cuando me poseyó y luego abandonó la habitación, me sentí profundamente sola. Ninguna de las palizas que había recibido de mi madre había sido tan dolorosa como la mirada hostil que me dio. Me dejó una sensación de vacío. El dolor que sentí no fue tan malo como la primera vez, incluso porque Alistair era amable, y el mal presentimiento se volvió tan bueno que yo quería más. No sabía que podía ser así. La parte mala fue cuando confesó que era el amante de esa chica cruel. Rose me odiaba y ahora sabía la razón. Ella amaba a Alistair. No sabía si el sentimiento era mutuo.

Había pasado todo el día en mi habitación y no me sentía sola por la compañía de Elaine. Tenía 15 años, pero era muy inteligente. Según ella, Alistair le había pedido que fuera mi dama de compañía. Estaba agradecida de tener la compañía de alguien que hablaría de la misma manera que yo le hablaba a mi hermana. Cuando dijo que era la hermana de Rose, temí que fuera tan encubierta como lo era, pero me di cuenta de que estaba muy equivocada. Se pasó todo el día hablando conmigo y sentí que me había ganado un amigo.

—¡No! —Susurré cuando sentí las manos de Alistair apretar mis nalgas contra su pelvis. Sabía que estaba a punto de penetrarme.

—¡Sí! —Lo devolvió con un susurro. —Amigo, ¿recuerdas? Harás lo que yo quiera, cuando yo quiera.

Sus palabras me dolían profundamente en el pecho. Una vez más me recordó que no era más que un objeto. Sin la fuerza para detenerlo, dejé que Alistair me penetrara. Intenté no sentir estática, pero mi cuerpo me traicionó y llegamos juntos a la cima. Alistair me mantuvo abrazándolo hasta que recuperamos el aliento. Hizo que el vacío volviera a mi cuerpo. En silencio, se levantó de la cama y subió al barril para bañarse. Luego tomó una manta y forró el piso frente a la chimenea.

—¿Vas a dormir en el suelo? —Pregunté sentado en la cama.

—Sí. —Respondió sin mirarme. —Dijiste que esta cama era sólo tuya. Puede que posea tu cuerpo, pero no compartiré tu cama.

Dicho esto, se acostó.

—¡Que tengas dulces sueños!

Me duelen los ojos y me he tragado un hipo. Me acosté en mi almohada y en silencio, lloré hasta quedarme dormido. Me desperté con una brisa fría en la cara. Poco a poco abrí los ojos para contemplar el silencio y la frialdad de las piedras que me rodeaban. La chimenea aún estaba

encendida, pero la brasa ya había terminado. Tiré de la manta hasta la barbilla y lentamente me levanté para mirar hacia la chimenea. Alistair durmió profundamente acostado sobre la manta de piel. Levantando la mirada y mordiéndome ligeramente el labio inferior, como si esto hiciera imposible todo y cualquier ruido, me escabullí hasta el borde de la cama. Respiré profundamente cuando contemplé la espalda desnuda, porque la manta de piel sólo la cubría de la cintura para abajo. Un brazo se superpuso a su cara cubriendo sus ojos, mientras que el otro descansaba sobre su ancho pecho, que se elevaba y descendía lentamente mientras respiraba. Me levanté de la cama lentamente. Pasando por la puerta del pequeño balcón, miré al cielo a través del cristal y me aseguré de que aún no había amanecido. El cielo estaba oscuro, pero ya mostraba signos de que pronto amanecería. La brisa que entraba por las grietas, denunciaba que el invierno había llegado y que pronto la nieve comenzaría a caer. Agité los brazos temblando y me acerqué sigilosamente a la chimenea. Fui al lugar donde se almacenaba la leña y luego recogí dos grandes tocones colocándolos uno por uno bajo el fuego bajo. Agarrando el atizador, junté la madera y puse el carbón encima. Seguí haciendo eso hasta que la llama se expandió y la madera comenzó a agrietarse. Satisfecho con mi trabajo, me volví hacia Alistair y me incliné a su lado. Miré su rostro sereno para asegurarme de que durmiera profundamente. Un mechón de su largo pelo yacía sobre su cara y yo refrenaba el deseo de alejarla. Lentamente tiré de la manta para que cubriera la mitad de su cuerpo y lo calentara aún más. Tragué seco cuando se movió, pero fue por un momento, luego volvió a respirar suavemente demostrando que estaba en un sueño profundo otra vez. Poniendo la mano sobre mi pecho, respiré profundamente, recobrando el aliento. Mi corazón latía rápido por el susto. Me levanté lentamente y justo cuando llegué allí, volví a la cama. No debería preocuparme por Alistair, porque él no se preocupaba por mí. Si lo supiera todo, tal vez no actuaría así. Mi historia era demasiado triste y me daba vergüenza hablar de lo que me había pasado.

Suspirando, tomé la manta y fui a uno de los sillones, que no era muy pesado. La levanté para que no hiciera ruido, la llevé hasta la puerta del balcón y me senté. Sin abrir la puerta de cristal y madera, me acurrucé en el sillón con las piernas encogidas y luego me enrollé en la manta. Observé el final del amanecer y el amanecer, que ya trajo algunos copos de nieve. Sonríe para la danza de las pequeñas manchas blancas iluminadas por los tímidos rayos de la luna que, a veces aparecían, a veces escondidos, detrás de densas nubes negras. Poco a poco mis ojos se fueron poniendo pesados y puse mi cabeza sobre mis brazos cruzados bajo uno de los brazos del sillón. El sueño se apoderó de mí y me dormí profundamente.

No sé cuánto tiempo me llevó, pero mi grito cuando sentí que me agarraba fue terrible. Estaba caminando por la orilla del lago cuando me sorprendió su salto. La enorme sombra negra me había arrastrado hasta uno de los árboles y comenzó su lenta tortura. Sus ojos rojos eran glaciales y parecía sentir placer con cada grito de dolor de mi parte. Los dientes blancos contra mi cara me mordieron la piel y pude sentir el aliento pútrido que exhaló desde su boca abierta, cuya respiración fue acelerada. Sentí que mi lengua asquerosa tocaba la piel de mi cuello y mis uñas se clavaban en mis brazos impidiendo que la empujara. El animal era enorme y muy pesado. Estaba acostado bajo mi pecho, tirando todo su peso para que me resultara difícil respirar. Luché, porque no podía moverme. Había gente a mi alrededor. Estaban ahí parados mirando a esa horrible bestia que me sacaba pedacitos y pedacitos. Gritaba con la esperanza de que alguien me ayudara, pero fue en vano. Todos se rieron a mi alrededor y una de las risas fue de mi madre. Comencé a llorar de pánico cuando sentí el primer pellizco de dolor. Antes de que pudiera lastimarme más, un par de manos enormes le quitaron el pelo de la cabeza y me lo quitaron, tirando al animal tan fuerte

que chocó contra un árbol. Desenvainó su espada en un rápido gesto y golpeó a la gente que le vio matarlos a todos. Fue cuando el charco de sangre tocó mis pies que abrí los ojos con un grito. Me senté en la cama abrazando mis rodillas y empecé a llorar. Esa fue otra de mis pesadillas. Excepto por el resultado, había sido exactamente el mismo que los otros. Cerré los ojos con fuerza para tratar de disipar la imagen de la bestia que yacía en el suelo del bosque en la oscuridad. Poco a poco la visión de las aterradoras imágenes desapareció y respiré profundamente para controlar el pánico que sentía.

Mirando a mi alrededor, me aseguré de estar solo. Para mi alivio, no había señales de Alistair. La cama en la que había estado estaba rota, pero la chimenea seguía encendida. Suspiré aliviada y luego me levanté de la cama. Fui a la mesita de noche donde Elaine solía dejar el agua para mi baño, además de un jarrón en caso de que sintiera que cedía. Agarrando el jarrón vertí un poco en un vaso y bebí el líquido fresco lentamente, saboreando esa frescura que invadió mi garganta. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había despertado fuera del sillón.

—¿Cómo terminé en la cama? —Susurré frunciendo el ceño. —¿Me he vuelto sonámbulo?

Recordé que había disparado y alimentado el fuego, luego me senté en un sillón, que ya no estaba frente a la ventana. Solía poner un sillón frente a la ventana cuando estaba en casa. En casa, Annabel me despertó o me llevó a la cama cuando me vio durmiendo sentada. ¿Alistair habría hecho eso? Dudaba mucho de esta posibilidad y creía en la teoría de que podría haberme convertido en un sonámbulo.

Terminando de beber el agua decidí tomar un largo baño. Preferí no calentar el agua, así que, sólo desnudándome y tomando la que estaba reservada, me dirigí al lugar destinado para el baño en la habitación. Lamento no haberla calentado tan pronto como me golpeó la piel. Tuve que trabajar muy duro para no gritar.

—Debería haber hecho lo que me enseñó Elaine. —Susurré frustrado.

Elaine era muy cuidadosa y dedicada, recordé a Aila con su cariño. No sabía si lo hacía por elección o por designación, pero sentía que podía confiar en ella. Me pasé las manos por encima de los hombros, alcanzando parte de las cicatrices. Todavía me duelen un poco. Recordé el día que los recibí y la ira, como siempre, invadió mi pecho. Cerrando los ojos, disipé el sentimiento hostil. Tiré más agua con pétalos de rosa que le ordené a Elaine que trajera. Después del baño, tomé la toalla que ella había dejado y empecé a secarme. Me puse la ropa interior limpia y el vestido morado que estaba en una silla. Agarrando un cepillo, fui al balcón y contemplé el pequeño jardín justo debajo, apoyado en la pared de piedra de la habitación. Había pocas rosas y sabía que podía hacerlo mejor. Elaine había dicho que ella era la que cuidaba el jardín hasta que el jardinero regresó a trabajar en la tierra. Al principio Lowenna se ocupó de él, pero descubrió que no tenía talento cuando las rosas comenzaron a morir. Ella sonrío cuando se da cuenta de que podría plantar muchas hierbas y así tener un buen pasatiempo.

Mirándome en el espejo grande de la habitación, vi que estaba bien vestido para un desayuno solitario, porque sabía que Alistair no estaría presente. Se empeñó en ignorarme. No estaba seguro si era bueno o malo, pero ya estaba acostumbrado a la soledad y al desprecio de la gente. Bajé para llegar al vestíbulo grande. La cocina y mi dormitorio eran habitaciones que sabía de memoria dónde se alojaban. Tendría que pedirle a Elaine que me enseñara todo el castillo o lo haría yo mismo. Suspirando, me detuve frente a la gran puerta de madera y la empujé con fuerza. En cuanto di unos pasos, me detuve petrificado. Sentado a la mesa estaba Alistair acompañado por su primo Bruce a quien conocí durante la boda. Me sorprendió, porque Elaine había dicho que Bruce se iba a un viaje solicitado por Alistair. Debe haber algo que le hizo posponer el partido.

Esperaba que no fuera nada serio.

Alistair me miró con una mirada que yo no sabía si era desprecio o desaprobación. Se quedó así hasta que Bruce se levantó de su silla y le dio una palmada en la cabeza. Alistair lo miró con el ceño fruncido y refunfuñó al levantarse. Ya no recordaba al gentil hombre que me había ayudado en el bosque.

—¡Buenos días! —dijo Bruce con una brillante sonrisa blanca.

—¡Buenos días! —Susurré girando los dedos.

Alistair permaneció en silencio. Estaba claro que no quería que yo estuviera allí.

—Lo siento! —dijo disfrazando mi nerviosismo con una sonrisa forzada. —No sabía que estarías aquí. No quiero molestarte, así que le pediré a Elaine que tome mi desayuno para poder comerlo en mi habitación.

Cuando estaba a punto de dar la vuelta para salir, oí el casillero de Bruce y luego resonó la voz baja de Alistair.

—¡No, espera! Él se lo buscó. —Estamos terminando.

Respiré profundamente para asegurarme de que mi presencia no era deseada, pero no podía dejar que pareciera que me afectaba. Después de todo, fui yo quien rogó que me quedara. Prefiero ese tratamiento a tener que sufrir cualquier Sansôn que me haya dado mi madre.

—Gracias! —dijo caminando hacia la mesa. —¡Prometo estar callado!

Me senté solo, porque Alistair no parecía dispuesto a mostrarme ninguna cordialidad. Bruce seguía mirándolo con desprecio, pero Alistair fingió que no lo veía o que realmente lo ignoraba. Respirando hondo, Bruce extendió su mano tomando una enorme barra de pan de la canasta y partiéndola por la mitad.

—¿Estás disfrutando de Dunhill? —preguntó, comiendo un bocado enorme de la comida.

—Todavía no sé mucho, pero tengo la intención de dar un paseo para visitar el castillo y el pueblo. —Respondí recogiendo una manzana y empezando a cortarla. —Eso es si se te permite.

Alistair respiró hondo, dejó de masticar y luego se recostó en la silla.

—Por supuesto que lo es! —contestó con voz fría. —Como dije, sólo se te permite ir a las afueras de la aldea. Si intentas ir más lejos, estoy seguro de que lo sabré.

—Eso suena muy reconfortante. —Dije irónicamente.

Bajé la cabeza, comencé a comer la fruta en silencio. Un sirviente vino con una tetera humeante y me sirvió. Olí el té de zarzamora que tanto me gustaba y sonreí. Elaine debe haber notado mi presencia y pidió que me sirvieran una tetera de té.

—Gracias! —dijo con entusiasmo, la chica cuando me sirvió.

—¡No para eso! —contestó antes de dejar la tetera y marcharse.

Seguí sorbiendo el té con satisfacción. Ese era mi té favorito y era como ir al paraíso con cada sorbo. Solía beber sola en mi habitación, así que no me di cuenta de que estaba haciendo unos ruidos raros. Lo siguiente que supe, es que ambos me miraban fijamente. Bruce fue más descarado y no ocultó su sonrisa, pero Alistair siguió mirándome con una risa reprimida. Intentaba mantenerse serio y parecer grosero, pero fracasó estrepitosamente. ¿Fingió todo el tiempo o sus expresiones eran reales?

—Lo siento, por eso yo.... —Tartamudeé avergonzado. —¡Me encanta el té! Especialmente el de arándanos.

—Es bueno saber que eres una dama tan sincera. —Alistair corrompió, y luego soltó un rugido de dolor.

Franzi la frente.

—¿Estás bien? Te pregunté preocupado.

—¡Ah! Lo es, pero si no lo es, haré que se quede. —Bruce declaró abofetear a Alistair en la espalda. —¿No es eso correcto?

—¡Claro que sí! —Alistair dijo que se ahogaba.

Seguí mirando de uno a otro y me concentré de nuevo en el té.

—No hablas mucho en la mesa, ¿verdad?

—Bueno, en Inverness, no se me permitía desayunar fuera de la habitación. La única que me acompañaba era mi hermana. Aprendí a que me gustaba el silencio y ella siempre lo respetaba cuando no tenía nada que decir.

—¡Qué horror! —dijo Bruce zumbando el pan con deseo. —Siempre supe que Ravena no era una buena persona con la que tratar, siempre muy estricta, pero no acompañar a sus hijas durante el desayuno es demasiado.

—No estoy de acuerdo. —Dije en voz baja. —Mi madre no tenía mucho que enseñar, así que siempre prefirió el silencio a tener que escuchar sus sermones. Sus enseñanzas eran de poca relevancia para mí y no quería escucharla.

—Supongo que sí. —Alistair ironizó encogiéndose de hombros. —Aprender a decir mentiras debe ser realmente agotador. Me imagino los trucos que tu hermana también aprendió.

Fruñí el ceño frunciendo el ceño.

—¡Annabel no es una mentirosa! —...me he excitado. —Tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo, pero no ataques a mi hermana porque no está aquí para defenderse. ¡Gracias a su total falta de compostura!

—¿Mi compostura? —gritó Alistair de pie. —¿Estás seguro de que quieres hablar de serenidad? ¿Has olvidado tu condición, puta?

Escuchar esa palabra de nuevo me hizo sentir profundamente herido. De repente me sentí pequeño y sucio. Una lágrima rodaba por mi cara y Alistair luchaba por mantener su expresión indignada. Me di cuenta de que su intención era sólo herirme y que estaba funcionando, pero no me dejé desanimar.

—Sí, tal vez, soy una verdadera puta. —Dije con frialdad. —Aparentemente, soy una muy buena puta, ya que no puedes quitarme las manos de encima. ¿No es eso correcto?

Alistair gruñó cuando Bruce se rió.

—¡Alistair! —Bruce gritó cuando se levantó. —Recuerda lo que te dije.

Con una mirada desafiante, me levanté y bajé corriendo las escaleras. Odiaba a Alistair. Si se quedara, tal vez lo abofetearía de nuevo.

—¡Deja de ser un idiota! —Bruce gritó, pero Alistair vino tras de mí.

—¡Aideen! —gritó corriendo por las escaleras. —¡Vuelve aquí!

Entré corriendo en la habitación y traté de cerrar la puerta, pero era más rápida que yo y me impidió cerrarla. Siendo más fuerte, Alistair empujó la puerta y me hizo caer al suelo.

—¿Qué te pasa para decir eso delante de Bruce y los empleados? —Preguntó con furia. —¿Te has vuelto loco?

—Fue tu culpa por acusarme de algo que no soy. —Respondí poniéndome de pie. —¿Quieres torturarme? ¡Adelante! —dijo encogiéndose de hombros. —Pero que sepas que no te lo pondré más fácil.

—¿Es eso cierto? No creerás que vas a ablandar mi corazón con esos ojos tuyos, ¿verdad?

Sonriendo, respiré hondo y empecé a abrir el vestido. Veríamos quién ganaría la caída de ese brazo.

Capítulo 11

Alistair

Una semana después...

Cortar la madera fue una tarea muy refrescante, ya que no tuve que pensar en ello y pude sacar toda mi energía de la madera. Tanto Bruce como Alec solían hacer lo mismo cuando estaban frustrados. Una técnica que usó mi bisabuelo y que pasó de padre a hijo. De esta manera, derramaríamos nuestra ira, sin herir a nadie, y también contribuiríamos con el suministro de leña para las chimeneas y estufas. Práctico y útil.

Después de la pelea que tuve con Aideen, todo lo que quería era no pensar. Sus acciones me intrigaban día tras día. Estaba cansado de pelear con ella. Parecíamos dos niños en pie de guerra. Todos los días tenía miedo de haber tomado una decisión equivocada sobre ella. ¿Y si Bruce tenía razón? ¿Si Aideen fuera realmente inocente? Ha estado rodeando mi mente todo el tiempo desde nuestra última pelea.

No he hablado con Aideen en una semana. De una manera muy inteligente, ella permaneció despierta hasta que yo dormí y así evitó que la tocara. Era raro cómo podía permanecer despierta tanto tiempo. Estaba acostumbrada a pasar varias horas sin dormir, pero Aideen me superó de una manera asombrosa. Parecía que la habían entrenado para no dormir. Permanecimos en silencio en la habitación y, por mucho que lo intentara, siempre me dormía primero. Cuando me desperté, ella ya no estaba allí, porque ya había amanecido. No era mi voluntad tomarla por la fuerza. Pensé que sería más fácil despertarla y seducirla al amanecer. Tal vez no me gané su confianza e hice que le gustara un poco más. Bueno, que no merecía tu afecto. Sin embargo, esa idea funcionó durante un corto tiempo y ahora que mi ira estaba desapareciendo, echaba de menos la presencia de Aideen. Estaba frustrada, porque mi cuerpo extrañaba el suyo y dormir en el suelo era una idea muy estúpida. Tendría que encontrar una manera de volver atrás en eso.

Lo peor era que la mirada de Aideen había pasado de temerosa a vacía. Siempre le decía a Elaine que investigara para ver si yo estaba cerca o si comía en la habitación. Prefiero estar enclaustrado que en mi presencia.

—¡Maldita sea! —Aprieté el puño tan fuerte que se salió volando. Por suerte no había nadie alrededor.

Agarrando mi camisa, me secé la cara. Estaba sudoroso, aunque hacía frío. Había nevado toda la semana y el pueblo estaba cubierto de blanco. Había visto a Aideen mirando a los niños jugando en el patio desde la ventana, pero entró en cuanto se nos cruzaron los ojos. Ahora sabía lo que realmente sentía cuando la miré con desprecio por primera vez. Respirando hondo, tomé la leña y la até, haciendo una gran carga. Lo llevaría al establo para que se seque con los otros.

—¡Buenos días, Su Alteza! —Adam sonrió cuando me vio entrar.

Estaba de pie junto al Soberano y se detuvo para hacer un movimiento. Me sorprendió el hecho, porque sólo lo hizo cuando le pedí que montara o cuando lo llevé a hacer ejercicio. Lo había hecho el día anterior y hoy no habría sido necesario.

—¡Buenos días! —Respondí escondiendo mi mal humor. —¿Algo va mal, así que está fuera de la bahía?

—¡No, señor! —contestó él. —La princesa estaba aquí pidiendo un caballo y estaba encantada con el Soberano. Le dije que a nadie se le permitía montarlo, así que me pidió que lo cepillara. Le presté la yegua de tu hermana y la llamó Quimera cuando oí que no la tenía.

Respiré profundamente, pasando la mano por encima de mi cara. La yegua había sido entregada a mi hermana unos días antes de morir. Ella no sabía qué nombre poner y después de su muerte me olvidé del animal. Adam la alimentó y cuidó bien de ella. Nadie tuvo las agallas para montarlo.

—¿Señor? ¿Me equivoqué al darle el animal a ella? —preguntó Adam con expresión preocupante. —Si quieres, puedo intentar detenerla. Sé que se ha ido a los campos.

No está mal! Los campos abiertos no estaban lejos y aunque terminaron en un cañón y el suelo estaba cubierto de nieve, no era tan peligroso como los senderos del bosque.

—No, Adam, está bien. —Respondí suavizando mi expresión. —Cada vez que lo necesite, puede renunciar a la yegua. ¿Puedes decir si ha vuelto ya?

—¡No, señor! Pero puedo hacértelo saber tan pronto como llegue.

—¡Hazlo! Gracias. Gracias. Gracias.

Adam asintió con la cabeza y yo acababa de terminar de salvar la carga de leña. Tenía hambre después de hacer un largo trabajo manual, así que decidí tomar un baño antes de comer algo. Decidí ir a la casa de baños en vez de tirarme al lago. En ese momento la temperatura era demasiado baja y necesitaba relajarme. La casa de baños había sido construida en tiempos antiguos, cuando esa región estaba habitada por vikingos y celtas. Estaba detrás del castillo bajo un manantial de agua termal. Todo estaba hecho de piedras y en su centro había una piscina no muy profunda. Me gustaría sentarme en el fondo, y estar sumergido con agua hasta casi mi cuello, inclinado alrededor de él. La fuente abastece el baño, manteniendo la piscina siempre llena y limpia. El lugar estaba rodeado de muros para dar más privacidad y se construyó un pequeño jardín en el patio de entrada con estatuas y bancos de piedra. No era muy grande, pero era hermoso y era un buen lugar para pensar. Me encantaba ir allí cuando estaba en Dunhill y había un problema. Permanecer en silencio, sumergido en agua caliente, me ayudó a pensar y a encontrar una solución. Mis problemas eran esa maldita guerra y Aideen, pero quería concentrarme en Aideen.

—Hmm! ¡Sabía que estarías aquí!

La voz melodiosa y sensual de Rose interrumpió mis pensamientos tan pronto como empecé a desvestirme. Respiré profundamente sin mirarla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Pregunté sin paciencia.

—Pensé que te gustaría un poco de diversión, ya que estás tan tenso —susurró, acercándose.

Rose pasó su mano sobre mi brazo derecho y bajó sus dedos lentamente a través de la piel de mi pecho. Se detuvo frente a mí y sonrió.

—Te perdono por lo que me dijiste en la biblioteca. —me susurró mordisqueando el pecho. —Fingiré que nada de eso pasó, ni que me hiciste esperar la noche después de tu boda.

Miré a Rose con una cara seria.

—¡Quiero estar solo! —dijo tomando sus manos y quitándomelas de mi pecho. —Si me

disculpan, tengo muchas cosas en la cabeza.

Rose gruñó.

—¡No puedo creer que vayas a seguir dejándome ir! —ella disparó frustrada. —Pensé que eras más listo, Alistair.

—Rose, creo que dejé muy claro en la biblioteca que nuestras reuniones habían terminado —dijo entre dientes. —¡Ahora vete! Necesito estar sola.

Ella me miró con furia y yo me di la vuelta, ignorándolo.

—¡Todo es culpa de esa estúpida pelirroja! —...ha estado husmeando. —Desde que ella llegó, pareces estar hechizado. Ni siquiera el hecho de que ella tratara de engañarlo parece afectarle más.

Volviéndome hacia Rose, le agarré las manos con fuerza.

—¡Ya es suficiente! —dije áspero —le expliqué mucho antes de salir al frente que lo que teníamos estaba pasado y que ahí es donde se quedará. La invitación que hice en mi noche de bodas fue un error.

—¿Lo fue, Alistair? —susurró seductora. —Dime que no te gustó estar conmigo una última vez.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Dije sin entender.

Sin esperar, Rose cogió una mano y agarró la mía, nunca me trajo para darme un beso. La agarré con fuerza de los brazos y la empujé.

—Dijiste que lo lamentarías —susurró lamiéndome el oído. —Buena suerte!

Mover la frente sin entender. Fue entonces cuando escuché un ruido y miré en la dirección de la entrada. Vi a Aideen dando duros pasos hacia el castillo. Miré a Rose que sonreía con satisfacción. Estaba claro que Aideen había visto lo que Rose había hecho. Las palabras de Rose implicaban que yo había estado con ella no hace mucho tiempo. Enojado, solté un oso antes de agarrar la garganta de Rose. Sus ojos se llenaron de miedo cuando le apreté el cuello.

—¡Eres un demonio! —dijo entre dientes. —Podría retorcerte el cuello, pero sé que no valdrá la pena.

Diciendo eso, la dejé ir con un empujón. Rose se cayó al suelo tosiendo para recuperar el aliento. Sin mirar atrás, corrí detrás de Aideen con la esperanza de encontrarla. Cuando lo hice, ella ya estaba dentro del castillo en la sala principal.

—¿Aideen? —Grité.

Se detuvo al pie de la escalera sin mirarme fijamente.

—¿Es por esto por lo que me has mandado llamar? —Preguntó con una voz embargada. —Tus humillaciones son cada vez más creativas.

—¿De qué estás hablando? Yo no mandé a buscarla. Ni siquiera sabía que estabas en el castillo. —Dije nervioso. —Debe haber sido ese diablo. Lo hizo a propósito para hacerte enfadar.

—Y me pregunto quién le dio la oportunidad de hacerlo. —Preguntó irónicamente, volviéndose hacia mí. —¿Vas a decir que es mentira lo que dijo sobre nuestra noche de bodas?

Gruñí por esa maldita invitación.

—No, pero necesitas saber qué...

—No necesito saber nada, Alistair. —se tomó un descanso. —Has dejado claro que sólo soy un objeto. Mi tarea aquí es generar un heredero para ti y nada más. No me debes ninguna satisfacción.

Los ojos de Aideen estaban llorosos y rojos. Estaba claro que la había lastimado de nuevo, pero esta vez sin ninguna intención.

—Aideen, no es como si te hubieras imaginado...

—No importa! —sonrió con tristeza. —En realidad, nada más me importa.

Vi en su mirada que era consciente de que no tenía nada más que perder en su vida y entré en estado de alerta. Era la misma mirada que me dio en ese bosque. De repente, el miedo se apoderó de mí. Aideen subió las escaleras en dirección a su habitación, donde se encerró por el resto del día. Respiré profundamente por el arrepentimiento que me sucedió. Decidí dejarla sola, así que volví al baño y tomé una ducha rápida y luego volví a la biblioteca. Esa noche, entré en la habitación y sin decir una palabra me fui a la cama frente a la chimenea. Aideen estaba sentada en el sillón frente a la puerta del balcón, contemplando el cielo a través del cristal como lo había estado haciendo. Pensé que iría a disculparme, pero prefiero callarme. Tal vez por la mañana todo cambiaría.

Sin embargo, al día siguiente nada había cambiado y las semanas siguientes no fueron diferentes. Aideen no me hablaría aunque entrara en una habitación en la que ella estaba. Ella simplemente dejaba lo que estaba haciendo y se iba sin decir nada en absoluto. El hechizo se había vuelto contra el hechicero y me sentí fatal. Se merecía cada segundo de su desprecio.

Algún tiempo después, recibí una carta de Alec diciendo que había llegado bien al campamento y que Keilan le estaba haciendo saber todo. Dijo que Bree era la mujer más hermosa que había visto en su vida y que parecía conocerla de alguna parte. Estaba fuera de lugar, pero disfrutaba tratando con una leona. Me he reído un poco. Alec no era bueno en eso. Sólo esperaba que no se enfadara tanto, Bree, o tendría que ir al frente a buscar el cuerpo de mi hermano. Alec también informó que estaban vigilando una posible entrada al este de la fortaleza y que Bree mantenía a los hombres vigilando constantemente alrededor del castillo. Esa noticia me animó. Sólo podíamos esperar el momento adecuado para atacar y proteger la frontera.

—Necesito algo de tiempo. —Susurré pasando mi mano sobre mi cara.

He estado en esa biblioteca leyendo y escribiendo cartas demasiado tiempo. Fui a la cocina para asegurarme de que Rose estaba allí y no volvería a atormentarme. Wally dijo que la envió a la feria y que estaría allí toda la mañana. Aliviada de la información, fui al baño. En el camino conocí a Elaine, quien me confió que Aideen no estaba comiendo, así que estaba muy preocupada por su salud. También estaba muy pálida, y a veces se desmaya. Caminé hasta mi destino con esa información golpeando mi cabeza. ¿Cómo pude ser tan estúpido? Aideen moriría si no comiera. Eso fue mi culpa. Desea volver a ver su sonrisa. Anhelaba ver el resplandor de su mirada. Me encantaría volver a oír tus palabras directas.

Me detuve petrificado en la estrecha entrada de madera y piedra cuando me di cuenta de que Aideen estaba dentro. Ella me dio la espalda, sentada en uno de los bordes. Tenía la cabeza apoyada en una de sus rodillas abrazada por sus delicadas manos. El pelo estaba pegado por una banda ancha en la parte superior de la cabeza, pero debido a su longitud los rizos cayeron casi tocando sus hombros. Pude observar mejor las cicatrices y traté de hacer el menor ruido posible. Tragué seco cuando ella levantó una de sus manos en forma de concha y jugó con el agua. Se frotó los labios contra la piel de la rodilla y volvió a apoyar la cabeza. Cerré los ojos tratando de contener el impulso de ir allí y besarla de nuevo, pero sabía que no me quedaría en un solo beso. Parte de mi cuerpo deseaba ir a ella, pero el otro cuerpo me dijo que no lo hiciera. Decidí ser racional y dejarla terminar. Sólo entonces volvería a entrar. Cuando estaba a punto de dar la vuelta y salir, Aideen se puso de pie mostrando todas las generosas curvas de su cuerpo que no había notado antes, por poseerla siempre en la oscuridad.

Estaba desnuda. La cintura era delgada y bien formada. Las caderas eran anchas y las piernas

bien dobladas. Las nalgas eran de tamaño generoso. Se giró para coger la toalla que estaba debajo de uno de los bancos de piedra y se asustó cuando me vio.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío! —dijo que volver al agua. —¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que estabas en la biblioteca, concentrado en tus cartas.

—¡Lo estaba! —dijo suavemente volteando mi cara. —Comencé a sentirme muy cansado de leer tanto. No quise asustarla. Sólo quería bañarme un poco antes de comer y...

Me tomé un descanso viendo que no dije nada coherente.

—¿Sabes una cosa? No importa! —dijo suspirando. —Puedo volver en otro momento.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Dijo Aideen en voz baja. —Ya había terminado, y ya me iba. Siéntete como en tu casa!

La voz de Aideen sonaba cautelosa y contuve la respiración. Me di cuenta de que estaba avergonzada e hizo todo lo posible por enredarse en la enorme tela que usaba para cubrirse. Se pegó a su silueta para que yo pudiera ver el contorno de sus pechos llenos. Ella no miró en mi dirección y trató de ignorar mi presencia. Me di cuenta de que estaba más delgada y pronto recordé las palabras de Elaine.

—Elaine dijo que llevas días comiendo. ¿Es eso cierto?

—¡Elaine es una bocazas! —gruñó, recogiendo su vestido.

—Tienes que alimentarte o te enfermarás, Aideen.

—¿Importa, por casualidad?

—Por supuesto que importa!

Le disparé con cara de preocupación, pero me ignoró. Aideen recogió las cosas que estaban en el suelo mientras murmuraba. Me quedé ahí admirando la escena divertida que surgió de la nada.

—¡Le cortaré la lengua a esa chica! ¡Boca grande! —Aideen se tomó un descanso.

Noté que estaba pálida y frunció el ceño. Corrí hacia ella para apoyarla antes de que Aideen cayera al suelo.

—¿Has visto lo que he dicho? —pregunté depositándolo en uno de los bancos. —¿Te encuentras bien?

—Sí. Sólo estoy un poco mareado —susurró con su voz un poco débil.

Yendo a una fuente, cuya agua provenía del lago, tomé una taza que estaba dispuesta y la llené.

—Dame tu pulso.

Ella estiró las manos sin resistencia, así que empecé a lavarle las muñecas frotándole los pulgares. También le bañé el cuello y la frente. Empezó a respirar más despacio, hasta que me di cuenta de que ya no estaba mareada.

—¿Mejor?

—Sí, gracias!

—Se lo agradezco —dijo sonriendo. —Sé que eres tú quien alimenta el fuego y me cubre en las primeras horas.

—La habitación se pone muy fría en algún momento. Sé lo que es sentir frío por la noche.

Franzi la frente sin entender. ¿Alguna vez Ravena te ha dejado enfriarte? Aideen tiró suavemente de sus manos. Se frotó una muñeca contra la otra. Noté que tus brazos eran espeluznantes.

—Me tengo que ir —dijo que me levantara. —Gracias por su amabilidad, pero trate de no hacerlo de nuevo.

—¿Por qué no debería? —pregunté de una manera confusa. —¿Por qué no puedo ser amable?

—Porque me confunde, Su Alteza.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Si yo esperara un momento para compensarlo todo, finalmente vendría. Le agarré la muñeca suavemente y le impedí que se alejara.

—¡Por favor, no te vayas! —Susurré. —Haré lo que quieras, pero no te vayas. Te echo de menos. Tu olor, tu boca, tu piel...

—Alistair...

—¡Te echo de menos!

Su respiración se aceleró y Aideen estaba levantando la cara. Nuestros ojos se encontraron y ya no pude contenerme. Le agarré el pelo con fuerza y la besé. El beso comenzó suave, pero se hizo urgente. La apreté contra mi cuerpo y acerqué a Aideen a mí. Ella gimió cuando puse mi lengua en su boca y sintió cuando sus manos se metieron en mi cabello. El tiempo a mi alrededor se detuvo mientras disfrutaba de esos labios carnosos y dulces. Lentamente bajé mis manos a un lado de su cuerpo y la levanté sobre mi regazo. Aideen envolvió sus piernas alrededor de mi cuerpo y la acosté sobre su espalda. La miré fijamente antes de tirar de la toalla que la cubría y la tiré al suelo.

—Eres la criatura más hermosa que he visto en mi vida. —Susurré extasiado y la besé de nuevo.

Aideen jadeó cuando abandoné sus labios y besé su regazo, luego cada seno se redondeó y se llenó. Ella tiró de mi camisa con ambas manos, sacándola de mi cabeza. Arrodillándose entre sus piernas, la contemplé. Mi mirada estaba por todo tu cuerpo. Aideen era realmente muy bonita. Noté que había algunas cicatrices delgadas en su abdomen y otras en su brazo izquierdo que no había notado. Esas, las reconocí como marcas de pelea. Un escalofrío se apoderó de mi cuerpo, pero lo ignoré. Desesperado, me saqué los pantalones que llevaba puestos sólo para soltar mi extremidad y penetrarlos lentamente. Aideen gimió frunciendo el ceño y mordiéndose el labio inferior. La besé de nuevo antes de inclinar mis manos contra el banco para iniciar un movimiento de ida y vuelta. Le levanté una de sus piernas, trayéndola hasta mi hombro. Me hizo penetrar más profundamente. Te apreté el muslo cuando sentí que tus uñas penetraban la piel de mis brazos. Aideen gimió desenfadadamente y yo gruñí con el sonido de su voz en mi oído. Aceleré aún más los movimientos, porque quería esos susurros cada vez más. Me quedé callado, porque quería concentrarme en cada movimiento. Intentó leer su cuerpo y descifrar cada emergencia. Mordisqueé la oreja de Aideen antes de penetrarla con la punta de la lengua. Ella inclinó su cuello y yo aproveché para lamer la piel caliente de su garganta. Comencé a morderle el hombro y sentí que estaba llegando al clímax. Empecé a acelerar las puñaladas aún más. Se aferró a mi pelo, exigiendo cada vez más. Parecíamos salvajes hambrientos corriendo tras la cacería. No tardó mucho y Aideen se desmoronó en mis brazos. Su grito salió con angustia y tuve que besarla para que nadie la oyera. Seguí moviéndome hasta que me burlé, cayendo exhausto con mi cabeza en su hombro.

Nunca hacer el amor con una mujer había sido tan intenso como con Aideen. Permanecimos en silencio mientras escuchábamos nuestras respiraciones sin aliento. Mientras nos recuperábamos. Sonreí cuando me di cuenta de que tenía los ojos cerrados y le besé la mejilla lentamente. Estaba a punto de besarla de nuevo y empezar de nuevo, cuando una voz me hizo levantar la cabeza.

—¡Qué bello actor eres! —dijo Rose aplaudiendo. —¿Qué hay de ti? ¿Eres un gran idiota?

Tomé la toalla para cubrir a Aideen.

—¡Tú otra vez! —dijo Aideen envolviéndose en la toalla y poniéndose de pie. —¿No te cansas de humillar y arrastrarte?

—¿Yo? ¿Arrastrándome? ¿Humillándome? —Rose lo devolvió irónicamente. —Tú eres el que no es más que un engaño, creyendo en las palabras de un hombre que sólo quiere usarla. ¿Así es como perdiste la virginidad? ¿Engañado por un hombre?

Sentí en mi piel el dolor de la bofetada que Aideen le dio a Rose en la cara y sonreí con satisfacción.

—Ya te he advertido que no me hables —dijo Aideen entre los dientes. —Mi vida no es asunto tuyo.

En lugar de enojarse o tratar de defenderse, Rose levanta la cara y se ríe.

—¿Qué te dijo para conseguir lo que querías? —continuó provocándola. —A ver si esas eran las palabras: "Extraño tu cuerpo, tu olor, tu piel, tu boca. Te echo de menos."

Aideen miró horrorizada a Rose.

—¿Nos estabas espiando? ¡Pero estás muy deprimido!

—No necesito espiarte para saber lo que dijo Alistair. —me sonrió. —¿No es eso correcto?

Aideen me miró. Ella no necesitaba mucho saber que yo había usado esa discusión con Rose. El problema es que esta vez fui sincero con Aideen. La echaba mucho de menos, pero parece que todo lo que hice para arreglar el burro que hice sólo empeoró las cosas.

—¡No puedo creerlo! —Gritó enfadada.

—Aideen... Yo... —Traté de discutir, pero las palabras no salieron.

—¡Eres un bastardo! —dijo ella con dureza y dando la espalda. —¡Dijo que odia que lo engañen! ¡Hipócrita! ¿Cómo pude haber sido tan tonto como para creer tus palabras cuando dijiste que me extrañabas?

Se ponía el vestido rápidamente. Tu voz saliendo claramente dolida. Rose aprovechó la confusión para dejarnos en paz.

—Aideen, sé que cometí un error cuando dije eso, pero ¡qué cierto eras!

—¿Es eso cierto? —dijo ella irónica. —Sí, no te creo. ¿Sabes que ni siquiera quería venir a Dunhill? Tal vez si me hubiera rasgado la garganta ese día en el bosque, no estaría pasando por todo esto.

—No digas eso! —Dije pánico. —Sé que no he hecho lo correcto contigo, pero deberías recordar que es tu culpa.

—¿Mío? —ella soltó una carcajada. —Eres un maldito mentiroso. No soy más que una ilusión esperanzada.

Aideen no me dio la oportunidad de discutir, así que se fue del baño. Corrí tras ella, que lloraba copiosamente.

—¡Aideen, vuelve aquí! —Grité.

Ella siguió corriendo, pero la alcancé y la detuve.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —gritó ella. —Estoy cansado de ser el objeto de alguien. Termina aquí y ahora. Prefiero morir solo en el bosque que ser engañado de nuevo.

Antes de que pudiera decir nada, Aideen me agarró de los hombros y me arrodilló con tanta fuerza que me caí al suelo gimiendo. Me quedé allí gimiendo, sin poder levantarme. Lo vi cuando entró en el establo y luego se fue montada en Chimera. La desesperación se apoderó de mí, porque no tenía sentido de la orientación. No conocía el bosque, mucho menos los peligrosos caminos que conducían a los acantilados de la ladera. No tenía un arma y ninguna alforja con comida o agua. Moriría de sed, de hambre, de frío o peor, atacada por los lobos que habitan en algunos senderos.

—¡Aideen! ¡Maldita sea! —Me quejé al ponerme de pie.

—¿Estás bien? Elaine me preguntó cuándo me contactó y me ayudó a levantarme. —¿Qué está

pasando? ¿Adónde va Aideen así?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —Murmuré sintiendo dolor y caminando tan rápido como pude hasta el establo. —Tengo que detenerla antes de que salga herida.

—¿Ser herido? —dijo Elaine con voz confusa.

—Sí. Aideen es una terrible amazona y seguramente se perderá en el bosque o terminará herida. Necesito encontrarla rápido. —Respondí sellando al Soberano. —Dile a Rose que la mataré cuando la encuentre y esa fue su última advertencia. Para que se prepare para dejar el castillo.

—¿Pero por qué es eso?

—¡Sólo díselo!

Tomando mi arco y mi espada, monté en el caballo y me fui en un tiro en la misma dirección que Aideen. Tenía que encontrarla antes de que cayera la noche y luego mataría a Rose con mis propias manos.

—¡Ah! ¡Esta vez la mataré! —...me he excitado.

Capítulo 12

Aideen

—¡No tan rápido, Chimera! —Lo pedí golpeando los flancos de la yegua.

Me había encariñado con el animal tan pronto como lo vi. Recogerla e irnos sin un cierto destino fue un gran error. No estaba acostumbrada a montar a menudo y me había convertido en una horrible amazona. Todo lo que Aila y mi abuelo me habían enseñado se había perdido con el tiempo de claustro, pero todavía tenía algunos trucos bajo la manga. Estaba rezando para llegar a Inverness con vida. Luego cruzaría de allí a Edimburgo y luego iría a Gretna Green. Las tropas estaban en Edimburgo, creo que será seguro cortar allí. El problema es que no sabía cómo llegar.

Cuando era pequeña, mi hermana me había enseñado a seguir y caminar sin que me vieran, pero la única que se había vuelto buena en eso era Annabel. Desde una edad temprana se había demostrado que mi sentido de la orientación era ridículo. De hecho, todo sobre mí era ridículo. Tal vez por eso siempre la engañaban y la usaban. Sólo sabía cómo llegar a Inverness, porque había estado en la carretera hace unas semanas.

—¡Aideen, detente! ¡Vas en la dirección equivocada! —Oí la voz de Alistair tan pronto como entré en el bosque. —¡Aideen!

—¡No hay dirección equivocada! —Susurré antes de ignorarlo.

Tomando la dirección de una parte más densa, intenté perder a Alistair y creo que lo logré, porque miré hacia atrás y ya no lo vi. Sonriendo continué con el galope tratando de ser lo más cuidadoso posible, porque el bosque estaba empezando a cerrarse.

—¡Maldita sea! No me acuerdo de esa manera. —Dije con voz desesperada.

De repente, Chimera relinchó asustada y me tiró al suelo. La acción fue tan rápida que no vi lo que la había asustado.

—¡Quimera! —Me quejé al pasar mis manos por mis brazos y arrodillarme.

Me había caído bajo una parte del suelo que era terrosa y me había arañado los brazos, porque mi vestido no tenía mangas. Limpiándome los brazos, miré en la dirección en que la yegua se había ido y agitó la cabeza poniendo las manos sobre la cintura.

—¡Maravilloso! —Me quejé. —¡Animal estúpido!

Emití un grito de pavor cuando una mano enorme me agarró la parte superior de la cabeza, tirando fuerte de mi pelo y haciéndome levantarme.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Grité asustado.

—¡Mira lo que tenemos aquí! ¡Pero si es la Sra. MacCalister! —dijo el hombre que me miraba con una oscura sonrisa. —¡No puedo creerlo! He estado acampando durante varios días tratando de encontrar una manera de conseguirlo y luego viniste a mí. ¡Qué suerte!

Lo miré aterrorizado, porque era muy feo y aterrador. Tenía, en uno de sus ojos, una cicatriz. Era delgada, pero muy profunda. El color del iris era azul, así que asumí que estabas cegado por esa vista. Era alto y llevaba ropa de combate. Puso mi cara hacia la suya y habló con voz fría.

—¡Grita! —susurró. —Me encanta cuando las mujeres gritan.

—¿Qué es usted? ¿Qué es lo que quieres? —Le pregunté, con voz aterrorizada. —Si quieren dinero, sepan que no tengo monedas aquí conmigo. No tengo nada, en realidad. Ni siquiera comida.

—¡No queremos tu dinero! —Dijo con frialdad. —Estamos aquí para llevarte.

—¿Nosotros? Pregunté con los ojos bien abiertos.

Asintió con la cabeza y se fue cuando vi a otro hombre que salía de detrás de un árbol y que bajaba las riendas de Chimera. Era exactamente igual que el otro, excepto por la cicatriz en el ojo, que no tenía.

—Veo que eres muy hermosa, como nos han dicho.

Otro hombre se levantó de detrás de un árbol y sonrió contento. Pasó su dedo índice a través de la piel de mi brazo y sonrió. Cerré los ojos con fuerza, asqueado por su tacto y casi vomito.

—No tenemos prisa por entregarlo, ¿verdad? —le preguntó al otro tipo que todavía me sostenía por el pelo.

Ni siquiera mis uñas atascadas en su piel le permitían soltarme.

—No, pero tenemos instrucciones de no tocarlo. —contestó el otro con un gruñido. —Trata de mantener tus pantalones puestos o ella nos matará.

—¡Pero es hermosa! ¡Nadie lo sabrá! —respondió el otro.

Abrí los ojos de par en par cuando me di cuenta de lo que estaban discutiendo. Me aproveché de su distracción y me tiré de las uñas con fuerza, arrancándome la piel de la mano de lo que me sujetaba. El hombre me gritó y yo bajé y agarré un puñado de arena para golpear los ojos del otro. Traté de correr, pero el hombre que me había estado sujetando por el pelo los agarró de nuevo.

—¡Putas! —gritó antes de golpearme con una bofetada en la cara.

Sentí el sabor de la sangre y grité cuando mi cara empezó a arder. Empecé a llorar por el golpe que me mareó.

—Haz lo que quieras con ella, pero sé breve. —me dijo que me arrojara a los brazos del otro tipo que me agarró fuerte por detrás. —Entonces ácala y vámonos. Este bosque me da escalofríos y no quiero a los lobos tras nosotros.

El hombre que me había agarrado me giró hacia él y sonrió mostrando sus negros y podridos dientes.

—Hmm! Lástima que tendré que ser breve —dijo sonriendo. —Tenía tantos planes para ti, pero estoy satisfecho con unos minutos.

—¡Tócame y te arrancaré los ojos! —Amenacé entre los dientes. —¡Suéltame! ¡Suéltame!

—¡Vaya! ¡Estoy muerta de miedo! —se rió de mí.

Con un gruñido, pude liberar mis brazos y luego le apreté los dos ojos con mis pulgares. Soltando un rugido, me dejó caer y luego le di una patada en las partes inferiores, pero me sujetó el pie y tirando de mí hacia abajo me hizo caer al suelo. Me arrastré y cuando estaba a punto de agarrarme de nuevo, vi una flecha atravesar su garganta. El grandote se cayó a mi lado y abrí los ojos de par en par. Escuché el susurro de un caballo, así que miré a mi alrededor para averiguar quién le había disparado. Fue entonces cuando vi a Alistair emerger como un Soberano. Todavía estaba sin camisa y llevaba un arco que todavía señalaba a mi atormentador. Respiré profundamente con alivio.

—Dijo que iba en la dirección equivocada. —Alistair habló de un tono serio desarmando el caballo. —¿Por qué no te detuviste? ¿Te has vuelto testarudo o muy valiente de repente?

—No tenía intención de ir contigo, así que no vi ningún sentimiento al oírlo. —Le respondí de

una manera irónica.

—¿Es por eso que decidiste tomar este camino y seguir el camino de la muerte? —Preguntó con voz fría, pero pude sentir que había algo más que ira en su tono. —Casi la ataca ese pedazo de mierda. ¿Es eso lo que quieres? ¿No tienes amor para tu vida?

Alistair se me acercó y luego me agarró del brazo y me puso de pie.

—Si no me hubieras engañado, tal vez no habría huido. —Lo devolví tirando de mi brazo para que me dejara ir.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no tengo nada que ver con Rose? —él disparó. —Sé que no he sido una buena persona, pero eres mi esposa y lo que hiciste, huyendo así, fue una locura.

—¿Locura? Me casé con su alteza contra mi voluntad, ¿lo has olvidado? —dijo dando la espalda para ir hacia donde estaba Chimera. —Si mi madre no me hubiera obligado a venir, nunca lo habría conocido y probablemente seguiría encerrada en mi habitación, feliz con la infeliz vida a la que estaba destinada.

—¿Cómo puede alguien estar contento de estar encerrado? —preguntó Alistair encogiéndose de hombros. —¿Qué crees que vas a hacer?

—¿No es eso obvio? Montaré a Chimera y luego seguiré adelante. —Respondí parándome en la silla de montar de la yegua. —Quiero distancia de ti y de esa chica loca. Si la encuentro de nuevo, podría matarla.

—¡Entonces somos dos! —Alistair disparó. —En cuanto regresemos, enviaré a Rose fuera del castillo. Ya no tendrás que mirarla a los ojos.

Me quedé mirando a Alistair por un momento. Tenía una cara preocupada.

—Hmm! Tentador, pero no! —Dije con una sonrisa sarcástica. Miré al hombre que estaba deprimido y luego me acordé. —¿Dónde está el otro?

—¿Otro más? ¿Qué otro? —preguntó Alistair.

No había tiempo para evaluar nada. Con un grito, el gemelo con el ojo roto saltó sobre Alistair con una espada en la mano. Se estaba deshaciendo de los golpes de una manera muy ágil usando su arco para defenderse. Me impresionó la forma en que Alistair luchó con una sola reverencia, usándola para atacar y defenderse, pero sabía que había que detener a la otra, de lo contrario acabaría matando a Alistair.

Alistair atrajo al guerrero cerca de su caballo, donde vi la vaina con su espada atada a la silla de montar de Sovereign. Se deshizo del golpe que terminó con la espada del adversario clavada en un árbol. Eso le dio tiempo para sacar la espada del dobladillo y empezar un accidente. De repente, todo lo que empecé a oír fue el tintineo de las enormes espadas que chocaban entre sí en golpes precisos y mortales. Ya había visto algo así, pero sólo como una actuación y no en una pelea real.

La lucha comenzó a hacerse más intensa y pude ver que, por muy hábil que fuera Alistair, el guerrero era mucho más fuerte y estaba usando esta fuerza para sacar ventaja. Alistair fue sorprendido por un golpe y la punta de la espada opuesta pasó en su abdomen abriendo un gran corte, yendo hacia la costilla derecha. Dejó caer un rugido sobre una de sus rodillas y puso una mano sobre la herida, pero cortó el siguiente golpe con la espada sobre la otra. Debido al dolor, se sorprendió de nuevo y el hombre lo golpeó con una patada que lo hizo golpear contra un árbol y caer. Alistair intentó tomar la espada de nuevo, pero el hombre le dio otro tiro, esta vez en la cara, y luego la pateó.

—Su reputación le precede, Su Alteza —dijo el hombre de una manera perversa. —Te he

estado siguiendo por los campos de batalla y estudiando todos tus movimientos. Será un placer disipar la vida del hombre que mató a mi hermano.

Alistair sólo se rió. ¿Ese bastardo iba a matarlo y se estaba riendo? Fue un tonto al reírse así y, además, desangrarse hasta morir.

—Tú eres bueno. ¿Cómo pasaste las líneas de defensa? —le preguntó Alistair al hombre.

—No es asunto tuyo. —Contestó el hombre con dureza.

—Además de ser un cobarde, ¿eres un traidor? —Preguntó Alistair de una manera perversa. —¿Quién te pagó para que vinieras a secuestrar a mi esposa? ¿Fue ese bastardo de MacGregor? ¿Es su desesperación tan grande que ha llegado al punto de recurrir a traidores codiciosos?

Alistair lo estaba distraendo, quizás para ganar tiempo y fuerza. El corte sangraba mucho y parecía profundo. Miré a mi alrededor con la esperanza de poder ayudarlo y encontré dagas clavadas en la bota del otro tipo muerto. Respirando hondo, caminé lentamente hacia el cuerpo caído para que nadie se fijara en mí. Al caer al lado del maletero, agarré las dos dagas y las escondí en mis manos a mis espaldas. Hacía años que no lo hacía, pero tenía que intentarlo y rezar para que siguiera siendo bueno.

—Hey, hey, hey, hey, hey. ¿Eres un tipo feo y tuerto? —Grité. El hombre se volvió hacia mí.

—¿Qué estás haciendo, Aideen? —Alistair gritó, pero yo lo ignoré.

—Te doy dos opciones: —le dijo al hombre que me miraba con desprecio. —¡Suelta la espada y vete! En este caso vivirás, o te quedarás y morirás como el cobarde que eres. Tienes diez segundos para decidir.

Comencé la cuenta atrás lentamente y el hombre se rió de una manera desenfadada.

—¡Tu esposa es divertidísima! —dijo volviéndose hacia Alistair. —Estaré encantado de matarla cuando llegue el momento.

Antes de terminar, levantó su espada e hizo mención de golpear a Alistair, que ya estaba de pie y agarró sus manos para evitar el golpe.

—Elección equivocada. —Susurré.

Sin dudar, adelanté las manos y giré la daga para agarrar el mango. Rezando para dar en el blanco, le disparé al hombre en la nuca. Dejó caer un rugido antes de caer de rodillas al suelo y luego se inclinó hacia un lado. Alistair me miró de una manera asombrosa, pero cuando estaba a punto de preguntarle algo, gruñó.

—¡Oh! ¡Dios! —exclamé tirando la otra daga. —Esa herida parece grave. Tenemos que volver a Dunhill ahora.

Agarrándole el brazo a Alistair, lo puse sobre mi hombro y luego lo tomé cerca del Soberano.

—¿Sabes montar? —Le pregunté.

—Creo que sí —susurró con una cara.

—¡Oh, genial! Me llevaré a Chimera para que nos vayamos.

Asintió y bajó las riendas de Quimera. Cuando pasé la espada de Alistair, la pillé entregándosela a él. Até las riendas de Quimera a la celda del Soberano y extendí mi mano para que Alistair me ayudara a montar.

—Dame las riendas y agárrate fuerte. —Lo hice.

Alistair se rió, pero luego se arrepintió.

—¿De qué te ríes?

—Si te doy las riendas, entonces moriré.

Esnifé enojado y me crucé de brazos. Alistair pasó sus brazos alrededor de mi cuerpo para mantenerme a salvo. Contuve la respiración cuando recordé que estaba en esos brazos un poco

antes. No podía negar que me sentía segura cada vez que iba con él. Cansado y todavía mareado, puse mi cabeza contra su pecho. Ese fue otro frustrado intento de fuga, pero no era lo que me preocupaba, sabiendo que podría hacerlo de nuevo. Lo que realmente me preocupaba era lo que les pasó a esos hombres. ¿Quiénes eran y por qué me querían?

Capítulo 13

Alistair

Mi visión estaba empezando a fallar. Estábamos a pocos metros del castillo y sentí que todo mi cuerpo se debilitaba. Nunca he perdido una pelea. Esa fue la primera vez. Si no fuera por Aideen, estaría muerto. No conocía a ninguno de los dos hombres que atacaron a Aideen y sabía cómo llegaron a Dunhill. Había un ejército sitiado al este por la frontera de Inverness. Fue la milicia que Bree ordenó antes de ir al frente. No había forma de que pudieran haber cruzado por allí a menos que ya estuvieran allí. Sus ropas se parecían mucho a las de los mercenarios. Me sorprendió verlos actuar juntos. Normalmente era una banda o sólo una. El idiota que atacó a Aideen quería llevarla con él. Eso sólo confirmó mis sospechas de que eran mercenarios. Roy ya debería haber sabido de mi matrimonio con Aideen, y ya sabía quién se lo había notificado, pero ¿cómo se las arregló para enviar dinero para pagar a los mercenarios? Alec había dicho que nadie debía salir de esa fortaleza. Entonces, ¿cómo consiguieron estos hombres su cheque de pago? Era bien sabido que los mercenarios recibían una parte del dinero antes de comenzar su misión. Los odiaba profundamente por ser la escoria de la sociedad, sin límites ni escrúpulos.

—¡Dame las riendas! —Preguntó Aideen tan pronto como me incliné aún más sobre ella. —Si continuamos a este ritmo, tendré que enterrarlo en lugar de curarlo.

No había notado que me inclinaba por el dolor y la falta de visión.

—Eso no sería tan malo para ti, ¿verdad? —Me retracté de una manera irónica. —Te desharías de un mal marido y ganarías tu anhelada libertad.

—Yo no he dicho eso. Tú eres el que lo supuso. —ella lo devolvió. —¿Qué sabes de mi deseo de libertad?

—Lo que sí sé es que te escapaste sin saber adónde ibas. Podría haber muerto.

—La muerte no es algo que me asuste, Alistair. —contestó con satisfacción. —Para mí es un ruseñor. Vive a mi alrededor, riéndose de mi infelicidad. Aún así, supongo que yo tampoco le gusto.

—¡Me gustas! —Disparé sin pensar. —Me gustó la primera vez que la vi.

Aideen soltó una risa libertino.

—No, no te caigo bien. —lo devolvió con aire irónico. —Te gustan las victorias, los trofeos. Soy tu trofeo, Alistair. Tu trofeo en la cima de Ravena. Eso es todo lo que querías: cabrearla, y me usaste para eso.

—¿Qué quieres decir con eso? Dije que me gustabas. —Dejé salir una risa. —La irritante Ravena era sólo una ventaja.

—¿Has visto lo que he dicho? —respondió ella. —Su ego es tan grande, que no mide sus esfuerzos para conseguir lo que quiere y no escucha a nadie más, sólo su voz.

—Me insultas mucho hablando así. Yo no fui el que salió corriendo del baño sin al menos dejarme explicar algo.

Aideen dejó salir una risa que me hizo temblar. Incluso su risa me conmovió y varias partes de mi cuerpo se volvieron.

—Eres un tonto, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho varias veces.

—¿Por qué no cambias esta condición?

—Porque no sería gracioso y no sería yo.

Aideen se rió cruzando los brazos y yo compartí esa risa. Fue la primera vez desde que peleamos que hablamos de manera civilizada. Mi visión se volvió aún más borrosa cuando llegamos al puente de piedra y el dolor se hizo insoportable. Antes de caerme del caballo, todavía podía ayudar a Aideen a desmontar.

—¡Maldita sea! —Murmuré rodando por el suelo.

—¡Elaine! —Oí a Aideen llamar a su criada. —¡Adam!

Adam y Elaine vinieron a mí desesperados cuando me vieron sangrar.

—¡Oh! ¡Dios! ¿Qué le pasó al príncipe? —preguntó Elaine con voz asustada.

—Alistair fue herido por un golpe de espada. —Contestó Aideen. —Había mercenarios en la carretera y trataron de secuestrarme. Alistair luchó con ellos, pero fue herido. Tenemos que meterlo dentro para que pueda tratar ese corte. ¿Puedes ayudarme, Adam?

—¡Sí, señora!

El mozo de cuadra me ayudó y me apoyó mientras entrábamos. Todos dentro del feudo parecían asustados por la cantidad de sangre que fluía de la herida abierta. Gruñía cada vez que sentía que la piel tiraba y ardía.

—¡Por aquí! ¡Siéntelo en esta silla! —lo ordenó apuntando el sillón frente a la chimenea de nuestro dormitorio. —Elaine, necesito...

La puerta del dormitorio se abrió violentamente y todos miraron para ver quién entraba.

—¿Qué has hecho con Alistair? —La voz de Rose resonó por toda la habitación. Corrió hacia mí arrodillándose frente a mí para evaluar la herida. —¡Oh, Dios! Está sangrando mucho.

—Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. —Respondí con voz débil. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Estás pálido como si hubieras visto un fantasma. —continuó, ignorando mi pregunta.

Rose inclinó su mano sobre mi cara y mi cabello. La mirada de Aideen era fulminante y empezó a ponerse roja. Fue entonces cuando noté su cara herida y un corte en la boca.

—Tu cara.... ¿Qué es eso en tu cara? —Le pregunté.

Se puso la mano en la cara haciendo una cara.

—Ese idiota me abofeteó, pero estoy bien a pesar del dolor. —me respondió tranquilizándose.

—¡Maldito seas! —Hice mención de levantarme, pero Aideen me detuvo.

—Alistair, no te muevas, o sangrarás aún más. —Preguntó con calma, aplastando mi pecho. Ella miró a su alrededor. —Necesito espacio para hacer el vendaje. Si quieres ayudar, trae un poco de agua tibia con sal y algunos paños limpios.

Aideen pidió ocupar el lugar de Rose delante de mí. Rose gruñó de pie y miró amenazadoramente a Aideen.

—¡Todo esto es culpa tuya! —gritó ella. —Si no te hubieras ido así, Alistair nunca habría tenido que ir tras de ti y no se habría lastimado.

—¿De verdad me estás hablando a mí?

Aideen respiró hondo, conteniendo la furia. Rose no se sintió intimidada y continuó su ataque.

—Sabía que serías un problema tan pronto como pisaras este castillo. Tu cara de ángel y esa pobrecita nunca me han engañado. —Rose gritaba con voz áspera.

—¡Ya es suficiente! —Aideen gritó a la sorpresa de todos e incluso a la mía. —Estás muy disgustada y estoy cansada de que persigas a mi marido como si fuera un pedazo de carne. Ponte en el lugar de tu criada, porque yo estoy a cargo aquí y no tú. Ahora tráeme lo que te ordené y luego aléjate de este castillo.

Rose abrió los ojos de par en par con ira e hizo mención de responder, pero me las arreglé para intervenir. Era hora de hacer entender a Rose que las cosas ya no eran como antes.

—Rose, haz lo que dice Aideen y no discutas —dijo entre dientes.

—Pero, uh...

—¡Ahora! —Grité. —¡Maldita sea!

Rose se dio la vuelta y salió de la habitación. Aideen se inclinó en silencio y cogió el paño que Elaine había traído para detener la hemorragia. Ella y Adán estaban mirando asustados a la criatura rebelde e intrépida que estaba frente a mí.

—Por un lado, Rose tiene razón —dijo que respiraba profundamente para contener el dolor. —Si no me hubiera escapado...

Aideen apretó la herida y me hizo gritar.

—¡Maldita sea, Aideen! ¡Eso duele!

—Lo sé, pero si repito sus palabras, me dolerá aún más. —Contestó fríamente. —Por ahora, sólo tienes derecho a quejarte. Es el único sonido que quiero que salga de tu boca.

—Qué autoritativo! —Murmuré de una manera perversa. —¿Hay algo más que quieras que haga?

—Sí. Deja de insultarme o... —Tomó la daga que estaba pegada a mi cinturón y golpeó en un banco que estaba al lado del sillón. —No es sólo ese corte lo que le hará gemir de dolor.

Riendo, respiré y decidí que sería mejor permanecer en silencio. No por miedo, porque estaba disfrutando de su actitud, pero el dolor se hizo insoportable. Aideen empezó a limpiar la mayor parte de la sangre con un paño.

—Adam, necesito que te quedes aquí y mantengas a Alistair mientras coso —dijo ella. —Elaine, voy a necesitar la chispa de aloe vera que preparamos hace unos días. ¿Recuerdas dónde lo guardamos?

—¡Sí, señora!

—¡Oh, genial! Traiga una aguja, hilo y también algunas vendas.

Elaine asintió y dejó la habitación para ir al lugar misterioso. Rose entró llevando la pelvis que Aideen había pedido. Su mirada maquiavélica y su sonrisa irónica me hicieron estar alerta. Aideen fue bajada delante de mí de espaldas a la puerta. Vi lo que Rose estaba a punto de hacer. Me incliné hacia Aideen y la empujé a un lado para que se cayera mientras estaba sentada. El agua me cayó encima y hacía demasiado calor, así que solté un grito de pie.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío! Lo siento! —preguntó Rose con voz desesperada. —No fue mi intención...

—¡Sé lo que quería! —Dijo entre los dientes, agarrándola con fuerza de la garganta. —A partir de hoy, recuerda llamarme Señor o Alteza. Quiero que te vayas ahora, como ordenó Aideen. Cuando me recupere, saldará mis cuentas contigo. ¿Lo has entendido?

Rose se ahogó y agarró el tazón y salió corriendo de la habitación. Comencé a marearme por el dolor y luego caí de rodillas en el suelo, inclinándome con las manos sobre la herida. Al momento siguiente ya estaba acostado boca abajo y luego me desmayé.

Me desperté con un dolor palpitante e insistente en el abdomen y en ambos brazos. Abriendo mis ojos errantes me di cuenta de que todavía era de noche y que la habitación estaba inmersa en un crepúsculo. Afuera podía oír el viento aullando contra las ventanas. Miré hacia la ventana lateral de la habitación y vi nieve. Fue una ventisca la que atormentó a Dunhill, pero la habitación aún estaba caliente. Apoyando los brazos en la cama me estiré para acomodarme mejor apoyándome en la almohada. La cubierta de piel se resbaló y luego me di cuenta de que estaba desnudo. Me hice una cara y me llevé la mano al abdomen. La frente de Franzí mirando los antebrazos que estaban vendados, así como el abdomen.

—Pero, ¿qué?

—Hmm! ¡Me alegro de que te hayas despertado! —Aideen dijo que al entrar en la habitación. —Pensé que podría dormir más días. Me hice una sopa. Necesitas comer para recuperar tus fuerzas.

—No sólo a mí. —Respondí con aire irónico.

Aideen me miró fijamente e hizo una mueca. Se dirigió a la mesa que estaba colocada en un rincón de la habitación y colocó la bandeja. Llevaba un vestido blanco de manga larga con una cinta rosa atada a la cintura. Era simple, pero muy hermoso. Parecía una niña pequeña con ese traje. Tenía el pelo trenzado y llevaba zapatillas negras. Noté que además del corte en su boca, también había uno morado alrededor de su ojo derecho. Eso no estaba ahí cuando me desmayé.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? Recuerdo la bofetada, pero no la púrpura. —Pregunté confundido. —¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

Aideen suspiró a la cama y se sentó.

—Hace unos tres días.

—¿Tres días?

—Sí. —Contestó en voz baja. —Tenías mucho dolor, así que te di un poco de té para que durmieras un poco. Pensé que sólo sería por una o dos noches, pero tenía que mantenerlo dormido.

—Hmm! Recuerdo haber bebido té varias veces. —Respondí teniendo un lapsus de memoria. —¿Me drogaste?

—Por supuesto que no! —contestó ella ofendida. —Era sólo un té relajante. Si lo bebes caliente, te hace dormir.

Respiré profundamente, sintiéndome como un idiota.

—¿Qué hay del ojo?

Respiró hondo y fue a la bañera que estaba usando para bañarse en su habitación, así que empezó a mover las manos hacia adentro.

—Aideen, ¿podrías responderme?

—Fue un accidente —dijo al fin. —Te despertaste de desmayarte tan pronto como empecé a coser la herida, hiciste un movimiento repentino y terminaste golpeándome el ojo.

Me sonrió cuando vio mi cara asustada y enojada al mismo tiempo. Nunca antes había golpeado a una mujer, ni siquiera por accidente.

—No me mires así. —respondió ella. —Fue sólo un accidente y ahora estoy bien.

—¡No, fue mi culpa! —dijo cerrando los ojos. —Para empezar, nunca deberías tratarla tan hostil.

Suspiré al pasar mi mano sobre mi cara.

—Al principio, Rose era sólo una amiga y nos divertíamos mucho juntos, pero las cosas

cambiaron y una noche terminamos en la misma cama. Me hice adicta a su cuerpo y terminé dándole mucha libertad. —Me tomé un descanso. —Cuando me di cuenta de que aspiraba a ser princesa, decidí dejar claro que nunca me casaría con ella. Rose se enfadó y dejó de hablarme. La quería una vez más, así que...

—Así que dijiste que la extrañabas y la sedujiste. —Aideen declaró sentada en la cama cuando le hice señas para que lo hiciera.

—Sí, pero no estoy orgulloso de ello. —Contesté con una voz quejumbrosa. —No sólo era mi amante y con el tiempo descubrí que también se acostaba con mi hermano y mi primo. Por eso quería ponerle fin a todo. Estaba claro que quería algo que ninguno de nosotros estaba dispuesto a dar. Alec sufría de la muerte de Cora y Bruce... Dudo que quisiera casarse. Está a punto de nacer la mujer que te hará tener esa idea. Su corazón está destrozado, igual que el mío.

Cerré los ojos. Estaba a punto de contar la parte más dolorosa de mi pasado que nunca me abrí a nadie.

—Tenía una hermana...

—Cora, ¿verdad?

—Sí. —Sonreí. —Era hermosa, delicada, inteligente y muy valiente, como tú. Tenía un sentido del humor envidiable y un gran corazón. Bruce la amaba tanto que se encerró en sí mismo. La amaba tanto que casi me vuelvo loca. Alec la amaba tanto que casi muere.

—¿Qué le pasó a ella? —Preguntó Aideen con voz cautelosa. —Sé que murió, pero nunca supe cómo. Todo lo que sé es que coincide con...

Se detuvo bajando los ojos, pero permaneció en silencio. Aunque era extraño, lo ignoré y seguí hablando de Cora.

—Roy no estuvo de acuerdo con que mi padre se quedara en el trono y fuera expulsado del consejo debido a sus ideales egoístas, así que prometió venganza y la disolución del consejo cuando se convirtió en rey.

—Ya lo sabemos. Mi madre fue una de las que se opuso al mantenimiento del régimen y de la corona de Brice.

—Sí, lo que nadie sabe es que Roy ordenó a dos de sus hombres que atacaran y mataran a Cora antes de irse a buscar apoyo contra mi padre. Le dispararon una flecha en el pecho a Alec y violaron a Cora mientras sangraba. —Dije con una voz embargada. —Cuando llegué, Bruce estaba herido, atado a un árbol. Cora se estaba muriendo por sus heridas y no había tiempo para ayudarla, pero me las arreglé para salvar a Alec. Ninguno de nosotros se ha recuperado hasta hoy y hemos jurado vengarnos de MacGregor.

—¡Lo siento mucho! —Aideen dijo estrechando mi mano en un gesto de consuelo.

—Nunca hablo de Cora con nadie, porque es muy doloroso, pero tú... Hay algo en ti que me hechizó y me enamoré en ese bosque. —Me detuve para suspirar. —No mentí cuando dije que te extrañaba. Sé que elegí las palabras equivocadas, pero no mentí. Juro que no estaba mintiendo para seducirla.

Aideen suspiró y, para mi sorpresa y en un gesto amable, se acercó y me besó. Le devolví el beso y respiré hondo cuando rompimos. La miré con sorpresa y le puse una mano en la barbilla. Ahí fue cuando recordé las vendas.

—¿Qué le pasó a mis manos?

—El agua que Rose me tiraba estaba demasiado caliente. Terminó generando burbujas en sus manos, así que me puse un ungüento y un vendaje para sanar más rápido sin dejar marcas. —ella hizo una cara. —Gracias por estar a mi lado.

—Usted dio una orden. ¿Quién soy yo para ir en contra?

—¡No lo sé! ¿Quizá el príncipe?

Me he reído un poco.

—Normalmente no confío en la gente porque ya me han mentido para engañarme y que me aprovechen.

Mi corazón se apagó con la forma en que ella hablaba.

—¿Estás hablando del hombre con el que te acostaste antes que yo? ¿Te sedujo? ¿Prometiste matrimonio?

Aideen respiró hondo y luego retorció aún más los dedos. Ella parecía querer reunir el valor para decir algo.

—No me prometiste nada. —respiró hondo. —Sólo me atacó y me violó.

Se me cayeron los hombros en el momento en que dijo eso. Luego la frase "No fue mi voluntad". Me vino a la mente. Todo lo que dijo, desprecio por la vida. Aideen había intentado desde el principio decir que había sido violada, pero no la oí. No me detuve a pensar. Una sensación de vacío se apoderó de mi pecho. ¿Cómo pude ser tan idiota para juzgarla? La voz de Bruce resonó en mi mente cuando surgió el arrepentimiento por mis acciones.

—Hace dos años me atacaron. —continuó con un tono de voz bajo. —Fue durante una caminata al lago. Era mi cumpleaños y le insistí a mi madre que realmente quería ir allí antes de la fiesta. Fue dura conmigo y me dijo que no, pero la desobedecí y fui de todos modos. Fue con la ayuda de Annabel, que sabía dónde estaban todos los pasadizos del castillo.

Sollozaba de pie.

—Fue todo culpa mía por no obedecer a mi madre. Para empeorar las cosas, Annabel le dijo a Aila y fue a obtener satisfacción de la persona a cargo. Eso causó que mi hermana fuera encerrada en un convento.

Respiré profundamente, me envolví la manta alrededor de la cintura y me levanté de la cama.

—¡Aideen, no fue tu culpa! —...dije que me estaba acercando. —¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por eso no querías casarte conmigo?

—Mi madre me convenció de que yo era una molestia y que nunca conseguiría un marido porque era inútil. También amenazó con lastimar a Annabel y a Aila si le decía algo a alguien. —empezó a llorar. —Tenía miedo porque tenía miedo de que fueras como él. He intentado suprimirlo desde que logré escapar, pero los recuerdos siguen atormentándome.

La abracé fuerte y dejé que Aideen llorara en mis brazos. Cuando parecía estar más tranquila, le besé la frente y le miré a los ojos.

—¡Escucha, estás a salvo! —dijo sonriendo. —No dejaré que nadie te lastime a ti o a tus hermanas. Si me dices el nombre de la calhorda, tendré el placer de arrancarle lentamente el corazón para que recuerde cómo la hizo sufrir.

Aideen levantó la cabeza. Vi tu expresión convertirse en odio y esperanza.

—¡Fue Roy MacGregor! —ella disparó.

Capítulo 14

Aideen

Unas semanas después...

Había una cálida brisa soplando a través de mi frente. Sentí una mano plana sobre mi cara mientras los brazos fuertes me envolvían en un abrazo protector. Abrí los ojos lentamente, sonriendo al vislumbrar la expresión serena de Alistair. Me estaba sonriendo.

—¡Buenos días! —Susurró Alistair abriendo los ojos.

—¡Buenos días! —dijo sonriendo.

—¿Está todo bien? Preguntó preocupado. —¿Dormiste bien?

—Gracias de nuevo, sí. —Respondí sonriendo. —Gracias. Gracias. Gracias.

—Adelante —susurró.

Le conté a Alistair sobre mis pesadillas, que fueron la razón de mi insomnio, y él insistió en dormir conmigo. La primera noche no fue tan fácil por la emoción del día, pero las otras noches fueron agradables y sin pesadillas. Alistair me hizo sentir lo suficientemente seguro como para caer en un sueño profundo hasta el amanecer.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Cómo puedes estar despierto tanto tiempo?

—Té.

—¡Claro que sí! Tú y tus tés.

Me he reído un poco.

—¿Por qué no te vuelves a dormir? —pregunté en voz baja. —Necesitas descansar y aún es demasiado pronto.

—¿Te quedarás aquí conmigo?

—¡Por supuesto que lo haré!

Alistair asintió con la cabeza y me abrazó con más fuerza, luego cerró los ojos y se volvió a dormir. Permanecí contemplando su expresión serena hasta que sentí que sus brazos se endurecían y él suavizó el abrazo. No sabía que me consolaría como lo hizo durante muchas horas. Alistair se empeñó en vestirse, aunque yo sabía que se sentía cómodo sin su ropa. Sentí afecto por alguien que no era Annabel por primera vez. Ahora creía que le gustaba de verdad.

Lentamente, moví los brazos de Alistair y me levanté de la cama en silencio. Fui a la cuba que Elaine dejó con agua y empecé a lavar. Peinándome el pelo, los atrapé en una larga trenza lateral. Así que cogí la bandeja que dejé en la mesa y salí de la habitación. Un vértigo se apoderó de mí y tuve que pavonearme contra la pared. Eso estaba pasando mucho y ya estaba preocupada. Había estado en Dunhill durante casi dos meses y no podía estar enfermo. ¿Fue porque no me estaba alimentando? Respirando hondo, pude recuperar la compostura y salir de la habitación.

—¡Buenos días! —dijo mientras entraba en la cocina.

—¡Buenos días! —...todos me pagaron con una sonrisa.

—¿Cómo le está yendo? —preguntó Rose.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Dije más o menos. —¿No te dije que te fueras?

—¡Ella vino a verme, Su Alteza! —dijo Wally, la madre de Rose. —Ya me estaba yendo.

Suspiré, moviendo la cabeza.

—Puedes quedarte mientras no salgas de esta cocina.

—¡Sí, señora! —contestó con ironía.

—¡Rose! —Wally la regañó. —Agradece que no sufras más por sus consecuencias.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Lo siento, Su Alteza!

Sabía que no era sincero, así que lo delaté y decidí ignorarlo.

—Wally, ¿puedes calentar la sopa y reservar un poco para que me la lleve?

—¡Sí, señora! —Wally dijo. —¿Sólo la sopa? ¿No te gustaría algo más sustancial?

—Tal vez para almorzar, pero creo que también llevaré algo de fruta y pan. —Respondí sonriendo. —Alistair ya no siente tanto dolor, pero prefiero que continúe su recuperación con una dieta más ligera y nutritiva.

Wally era un excelente cocinero. Había pasado varias semanas bajo su compañía mientras preparaba la sopa, cuya receta me la dieron.

—¿Dónde aprendiste estas cosas? —Preguntó ella mirando la olla. —El jefe dice que eres una bruja. ¿Es eso cierto?

Me he reído un poco. Había oído mucho de eso desde que llegué a Dunhill, pero no me molestaba en absoluto. La magia antigua era parte de nuestra cultura y nuestros antepasados. Las brujas eran símbolos de sabiduría, así que no me ofendía que me compararan con una.

—Ojalá fuera una bruja. —Respondí en un tono gracioso. —Mi abuela le enseñó a mi hermana mayor sobre hierbas y cocina. Ella decidió transmitir estas enseñanzas incluso cuando Annabel y yo éramos pequeñas. Sé cómo plantar, cultivar e incluso preparar hierbas y verduras para curar enfermedades.

Wally sonrió.

—¿Quieres decir que un simple cocinero podría ser una bruja?

—Bueno, cocinar, como la ciencia, es una rama de la magia. Estos son talentos que no se pueden explicar, así que sí! Un cocinero puede ser visto como una bruja o incluso como una hechicera.

—¡Entonces soy una bruja! —ella disparó una sonrisa.

—¡Sí, Wally! —Me reí. —Una bruja buena.

Wally tomó un tazón y lo llenó con la sopa que ya estaba al final. Tomé un pedazo de pan, algo de fruta y té y lo puse todo en la bandeja. Elaine se ofreció a ayudar, pero yo me negué. Tendría que llevar a cabo una tarea difícil y, por alguna razón, todavía incómoda una vez más. No quería que ninguna otra mujer viera a Alistair desnudo mientras yo le ayudaba a bañarse. En las últimas semanas, yo mismo lo bañé y le cambié las vendas para que la herida no se infectara. Todavía no me había acostumbrado a verlo desnudo, pero estaba haciendo todo lo posible para no ser tan tímido o nervioso, especialmente ahora que estaría completamente despierto.

Entré en la habitación en silencio y, sin mirar en dirección a la cama, fui a la mesa a depositar la bandeja.

—Por fin! —Oí exclamar a Alistair. —Pensé que te habías escapado otra vez. Dijiste que te

quedarías conmigo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! Fui a buscarle el desayuno y no quise despertarlo. — Respondí yendo hacia él. —¿Cómo te sientes?

—¡Mejor ahora que estás aquí! —dijo sonriendo.

—Me refería a la herida.

—¡Ah! Sobre eso, esta cosa que has estado poniendo es milagrosa. El dolor ha estado desapareciendo mucho.

—Se llama alcanfor y es sólo por eso. —hizo mención de levantarse. —No te esfuerces tanto o comprometerás los puntos. Déjame ayudarte.

Corrí al otro lado de la cama y ayudé a Alistair a ajustarse contra la almohada. Lo puse en una posición más alta para que se sienta más cómodo.

—¡Gracias! ¡Gracias! —susurró al mismo tiempo que me pasó la mano por la cara y sonrió. —Lo dije en serio cuando dije que arreglaría todas las tonterías que hice. Podemos hacer un picnic. ¿Cómo es eso?

Sonríele de nuevo.

—Una idea tentadora, pero ¿qué tal si te duchas, cambias el vendaje, comes algo y te recuperas primero? —Respondí abofeteándole la mano y sentándome en el borde de la cama. — No olvides que aún queda un largo camino por recorrer. Mis medicinas son sólo para ayudar, pero todo dependerá de ti.

Alistair suspiró con una cara. Empecé a quitarme las vendas de los puños. Ya no estaban rojas y las pequeñas burbujas habían estallado. Alistair ya no los necesitaría y ahora la herida debería secarse sola. Le quité el vendaje del abdomen a Alistair. El aloe vera hizo bien su trabajo y estaba secando eficazmente la herida.

—Ahora, ayúdame a desnudarlo para que pueda bañarlo —dijo de pie.

Alistair frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó. —Puedo hacerlo yo mismo si lo desea. Sé que todavía es incómodo para ti.

Me puse rojo y asentí tímidamente.

—No, pero lo hice contigo durmiendo. —Respondí doblando las mangas del vestido. Creo que puedo hacerlo contigo despierto.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Entonces, ¿por qué no vienes conmigo?

—Alistair, no podemos caber juntos en esa bañera.

—Vamos al baño, entonces.

Respiré profundamente dándole la espalda. Los recuerdos de los acontecimientos recientes me han venido a la mente.

—¿Qué es lo que pasa? ¿No es por lo que pasó la última vez? —dijo como si leyera mis pensamientos. —Si es por nuestra reunión, estaré encantado de repetirlo, pero no quiero que pienses en las palabras de Rose.

Respiré hondo y luego me di la vuelta para mirarlo.

—Mis cicatrices —dijo bajando los ojos y retorciendo los dedos.

—¿Qué pasa con ellos?

—No quiero que los vuelvas a ver. —Dije con voz vacilante. —Sé que quieres saber cómo los gané, pero aún no puedo decir mucho. No quise ser irónico contigo esa noche, pero...

—Me comporté como un idiota.

—Exactamente!

Alistair se levantó y vino a donde yo estaba en problemas. Se me acercó, haciéndome girar para enfrentarme a él.

—Escucha, te agradezco que confiaras en mí y me contaras el ataque que sufriste. Ahora que sé por qué eres tan reservado, te prometo que tendré más cuidado. —Alistair tomó mi cara con ambas manos y me hizo mirarlo. —Por supuesto, quiero saber qué hizo que alguien marcara su piel tan cruelmente, pero prometo ser paciente y esperar hasta el momento en que se sientan cómodos contando.

Respirando hondo, asentí. Fuimos lentamente al baño, porque para Alistair, cada paso era como morir lentamente.

—¿Quieres girar hasta que me meta en la bañera? —preguntó.

—No necesito hacer eso, ya que lo he visto desnudo todo el tiempo que estuvo en cama. —Dije en negación con mi cabeza, y luego me acerqué a Alistair. —Puedo hacerlo, pero no te rías si me pongo nervioso.

—Eso ni siquiera se me pasó por la cabeza.

Alistair sonrió y yo respiré hondo. Cuando me acerqué a él, empecé a quitarle la camisa. Alistair cerró los ojos y me dejó desnudarlo. Me quité el vestido, dejándolo como una combinación.

—¿No vas a entrar? —preguntó.

—Ahora no. —Respondí sonriendo. —Voy a limpiarlo.

Alistair asintió con la cabeza y entró en la piscina apoyándose en el borde. Me senté detrás de él, en el borde, poniendo una pierna a cada lado de sus hombros. Tomé una esponja y empecé a limpiarle los hombros. Alistair apoyó la cabeza contra mi pierna y cerró los ojos. El agua era cálida y relajante. Oí a Alistair suspirar cuando le di en la herida.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —Susurré. —¿Todavía te duele?

—Un poco —dijo. —¿Puedo preguntar dónde aprendiste a hacer eso con la daga?

—Mi abuelo nos enseñó a defendernos desde que éramos niños. Aila nos mantuvo quedándonos y después de su muerte, empezó a enseñarnos en su lugar. —Tomé uno de sus brazos y empecé a frotarme lentamente. —Parecía que estaba en el proceso de prepararme para algo muy importante. Nos enseñó a montar, a permanecer en los senderos, a cazar y a luchar. Sobrevivir sin ayuda.

Me detuve cuando recordé las clases de defensa y ataque que Aila enseñaba en lugar de nuestro abuelo. Siempre había tenido un talento natural para usar armas, montar a caballo e incluso cazar.

—Annabel siempre ha tenido mucho más talento que yo. Tiene un excelente sentido de la orientación y puede usar su arco como ningún otro. —Dejé salir una risa. —Por extraño que parezca, puede encontrar pasadizos en cualquier castillo que sea, aunque nunca haya entrado en él. Me pregunto cómo puede hacer eso.

—Conozco ese talento de tu hermana.

—¿Cómo es eso?

—La noche que nos comprometimos, entró en mi habitación por uno de los pasadizos. Quería asegurarse de que yo la protegería. —Alistair respiró hondo manteniendo los ojos cerrados. —No sabía que había un pasaje en mi habitación.

—Esa es la cara de mi hermana.

Dejé salir una risa y luego me mordí los labios suavemente. Annabel siempre había sido muy protectora. Siempre se había preocupado por mantenerme a salvo. Desde que era pequeña,

mirando a Alistair. Yo no sabía exactamente cómo actuar y él parecía leer mis pensamientos.

—¡Oye, ven aquí! —dijo, extendiendo la mano y sentándose frente a él. —¿Confías en mí?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—Te lavaré el pelo y, si lo deseas, te ayudaré con el resto. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Sólo asentí con la cabeza. Alistair comenzó a desatar mi trenza y luego comenzó a lavarme el cabello.

—Tienes un pelo precioso —dijo. —Mi hermana nos hizo trenzarle el pelo cuando estábamos aburridos o nos peleábamos. Fue un castigo que imputó, ya que su cabello estaba muy suelto y eso era una tarea para una mujer. Con el tiempo, me di cuenta de que ella sólo quería que nos concentráramos en lo que hacíamos y luego olvidáramos lo que nos había puesto nerviosos.

—Cora debe haber sido una hermana increíble.

—Sí, lo era —dijo Alistair con un susurro. —No fue justo lo que les hice a ti y a Annabel. Tan pronto como sea posible, enviaré a buscarte para una visita. No quiero que vayas a Inverness. Todavía tengo mis dudas sobre lo que te pasó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que me dijiste me hace preguntarme por qué Roy la violó. No se peleaba con su madre; al contrario, siempre estaban muy unidos.

—Tienes razón en eso —dijo suspirando. —Siempre han estado muy unidos. Tan cerca que mi padre a veces la llamaba la atención sobre su comportamiento.

—¿Qué quieres decir?

—El afecto que intercambiaban a veces no era igual al de los hermanos, dijo. —Hice una pausa para suspirar cuando Alistair me masajé el cuero cabelludo. —Nunca he visto demasiado, pero siempre le he oído pelear con ella.

—¿Qué es lo que dijeron?

—No lo sé. No lo sé. No me gustaban sus peleas o discusiones, así que me apartaba.

Alistair suspiró.

—Eso es muy extraño. —continuó. —Si Roy hubiera querido ir a Ravenna, habría violado a Annabel.

Cerré los ojos. Annabel siempre fue la favorita de nuestra madre, pero no le gustaba la atención exagerada que siempre había recibido. No le pareció justo y huyó siempre que pudo. Tenía miedo de que termináramos celosos y la aisláramos de alguna manera.

—¿No te preocupas por eso? —dijo Alistair. —Aquí estás a salvo. Roy no volverá a acercarse a ti. Ni Ravenna.

—Gracias! —dijo suspirando. Me sentí muy segura junto a él. —Cuando estaba aislado, escuché mucho sobre sus hazañas. Siempre te consideré un hombre grosero y despiadado, un guerrero sin corazón.

—No deberías creer todo lo que oyes. —Alistair se rió. —Tú tampoco eres exactamente como te recordaba. Era una chica sonriente y muy enérgica. La última vez que la vi, corría de un lado a otro sin parar. Ravenna casi tuvo un brote. Tu copia más antigua es la que mitigó todo.

—Aila. Recuerdo este banquete —dijo pensativo. —Si no me equivoco, me encontré contigo en una de mis carreras.

—Para ser exactos, me di un golpe en las piernas y te caíste al suelo. —suspiró. —En vez de llorar, empezaste a reírte, lo que me hizo reír a mí también. Ravenna se equivocó contigo y eso la asustó. Recuerdo que intenté intervenir, pero su hermana vino primero y la sacó del pasillo.

Alistair se tomó un descanso.

—Nunca imaginé que un día me casaría con esa niña.

—No te casaste con esa niña —dijo que no estaba de acuerdo. —Desapareció hace mucho tiempo.

—Créeme —dijo. —Todavía está ahí en alguna parte. Nunca me equivoco con una persona.

—Pero te equivocaste conmigo cuando pensaste que tenía un amante.

—No cometí un error contigo. Confieso que estaba celoso y muy enojado y me dejé llevar por mis impulsos, pero esa chica... -dijo deteniéndose y mirándome fijamente. —Todavía está ahí y prometo traerlo de vuelta.

Sosteniendo los muslos de Alistair, me alejé y me puse de rodillas frente a él. Alistair frunció el ceño, así que me acerqué.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?

—No lo sé, pero quiero ver hasta dónde puedo llegar.

Alistair asintió con la cabeza, y luego apoyó sus brazos alrededor del borde. Sonriendo, le rompí una pierna a cada lado y me agarré a sus hombros. Pasé por los hombros, los brazos, hasta que llegué al pecho.

—Háblame de esas cicatrices —dijo pasando sus dedos sobre una delgada pero extensa cicatriz. —¿Fue hecha esa espada o daga?

—Espada —dijo, tragándose lo seco y estirando su abdomen. —Estaba en un combate cuerpo a cuerpo y la espada del adversario me golpeó en un momento de distracción.

—Ese. —Pregunté por la cicatriz en tu hombro.

—Daga. —contestó vacilante. —Fue una pelea de cuerpos, pero me golpearon con la daga. Eso no me impidió matarlo.

—Me imagino que no.

Alistair se rió, pero se detuvo cuando le besé el mentón.

—¿Qué te parece eso?

—La punta de una espada me cortó la barbilla.

He estado besando tu cara. Alistair no se movió. Me estaba dejando en control de mis acciones y eso me hacía sentir segura, además de atrevida.

—¿Puedo tocarla? —Susurré.

—Pensé que ya lo estabas haciendo. —contestó con una sonrisa. Giré los ojos y él asintió. —Toca donde quieras, sólo mira la herida porque te molesta un poco.

—Eso ya lo sé. —Le susurré al oído.

Cerró los ojos gruñendo y contuvo la respiración cuando empecé a bajar las puntas de los dedos por el centro de su pecho, llegando hasta el ombligo, hasta que llegué a su vientre. Se mordió el labio inferior y apretó el puño con fuerza. Alistair le mordió el labio inferior cuando lo toqué el pene. Se quejó cuando empecé a acariciarlo. Frunció el ceño como si sintiera dolor.

—¿Hice algo malo? Dime si le he hecho daño.

—No. —Tartamudeaba. —Sólo sigue adelante.

Le sonreí y comencé un movimiento de ida y vuelta con ambas manos, sin apretarlo demasiado fuerte. Alistair empezó a quejarse. Cada vez que lo aceleraba, gemía más fuerte, haciendo sonidos guturales. Me detuve un momento, decidí montarlo y, agarrándome a su hombro, me deslicé lentamente. Alistair abrió los ojos sorprendentemente, pero no se movió. Me vio conteniendo la respiración.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Sí. —Susurré.

Agarrándome a sus hombros, empecé a moverme hacia arriba y hacia abajo. Alistair lentamente. Alistair agarró el borde con fuerza y puso sus ojos en los míos. Empezamos a quejarnos mientras aceleraba mis movimientos. Alistair me sostuvo el pelo y me tiró de un beso.

—¡Dios, eso es bueno! —lo susurró contra mis labios.

Yo sabía que él no podía hacer mucho esfuerzo y en esa posición, yo era el que hacía las reglas. Alistair me besó de nuevo. Con una mano me agarró del cuello y con la otra me agarró la cintura con fuerza, pero no lo suficiente como para hacerme sentir dolor. Comencé a rodar causando una ficción al mismo tiempo que contraí mi vagina. Alistair gruñó más fuerte y me aflojó el cuello. Me mordió ligeramente el labio inferior y gimió cada vez más alto. Mantuve el movimiento acelerando más y más. Sentí que mis tripas empezaban a apretarse.

—¡Maldita sea! —Alistair dijo que me sujetara las piernas y se pusiera de pie.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —dijo cuando me acostó de espaldas en el suelo del baño. —Alistair, tus puntos.

—Me importan un bledo mis puntos —dijo sujetando mi cintura. —Lo arreglas si se abren.

No tuve tiempo de reírme o de estar en desacuerdo porque empezó a hacer medias. Sus movimientos eran precisos. Se inclinó sobre mí y tiró de mis muslos, levantando mis piernas un poco más alto. Alistair me besó al mismo tiempo que robó. Sus movimientos se volvieron urgentes y pronto la sensación de tirantez se apoderó de mi cuerpo de nuevo. Alistair gimió contra mis labios y cuando todo se volvió insoportable, llegamos a la cima juntos. Nos quedamos allí, abrazándonos como si fuéramos a morir.

—¿Qué pasa? —Preguntó en un momento dado levantando la cabeza.

—Sí. —Ya contesté. —¡Tu herida! Puede que se haya abierto.

Al alejarme un poco más, miré el corte que ni siquiera sangraba. Alistair me sonrió y me mordisqueó la barbilla.

—Parece que eres una buena alcantarilla. ¿Qué tal si nos bañamos y entramos a comer algo? —sugirió.

—¡Esa es una gran idea! —dijo sonriendo.

—Sólo báñanos esta vez.

Dejé salir una risa tímida. Alistair me besó la frente antes de levantarse y me ayudó a levantarme. Mi espalda estaba llena de tierra y piedras pequeñas que no había notado hasta que Alistair me limpió. Después de bañarnos, salimos del baño y volvemos al castillo. Alistair parecía un poco más vigorizado, pero aún así caminaba con un poco de dificultad. La herida debe tirar de la piel cosida afectando su movimiento con el abdomen.

—¡Su Alteza, necesito hablar con usted! —dijo Rose viniendo de repente y cuestionando nuestro camino.

Ya estábamos en el vestíbulo en dirección a la escalera cuando llamó la atención de Alistair. Miré por encima de mi hombro con un ojo enojado.

—Rose, creí haberte dicho que no salieras de la cocina. Dije "duro". —Abusas de mi paciencia y benevolencia.

—No te tengo miedo —dijo ella irónicamente.

—¡Rose! —Alistair le advirtió.

—Deja que yo me encargue de esto. No puedes y ni siquiera deberías, aburrirte. —me dijo que me alejara para enfrentarme a él. —Siéntate aquí y déjame hablar con ella.

—¿Estás seguro de eso?

—Absolutamente!

Alistair asintió, haciendo lo que le pedí y se sentó en los escalones. Caminé hasta donde estaba Rose y ella caminaba hacia atrás.

—¿Quieres decir que no me tienes miedo? —dijo acercándose a mí como una onza en busca de su caza.

—No. No, no, no, no, no, no, no, no.

—Algo me dice que estás mintiendo. —Me detuve frente a ella, atrapando a Rose contra la pared. —Lo que sea que quieras decirle a Alistair, dímelo. Ya no eres bienvenido en esta casa, así que sé breve.

Miró a Alistair.

—No —dijo que quitarle la cara para mirar hacia otro lado. —Mírame, perra. No mires a mi marido y no te atrevas a hablar con él de nuevo, o no responderé por mí mismo y le daré la paliza que se merece.

La rosa se ahogó al tragarla seca.

—Ahora sólo di lo que quieras.

Rose jadeó por mi enojo y por la frialdad de Alistair al ignorarla. Cerró los ojos y cuando los abrió, disparó frío.

—¡Estoy embarazada!

Capítulo 15

Alistair

Dejé de respirar por unos momentos con el shock de las palabras de Rose. Eso no puede ser verdad. No toqué a Rose en ningún momento después de que volvimos. Me levanté lentamente y miré a Rose con una mirada de asombro.

—¿Qué es lo que dijiste? —pregunté con exasperación después de un largo período de silencio.

—¡Dije que estoy embarazada! —Rose respondió.

—¡Rose, eso no es posible!

—Por supuesto que es posible! —respondió con frialdad y bajó la mirada cuando Aideen la tomó en serio.

Estaba disfrutando de esa Aideen. Estaba llena de actitudes y no le tenía miedo a Rose. Creo que Rose encontró un oponente alto, pero yo quería a la pelirroja que estaba frente a ella. Por Aideen, podría matar y morir, incluso si esa persona fuera Rose.

—No te toqué, Rose. ¿Cómo es posible?

—No lo sabes, ¿verdad? —dijo con desdén. —¿Qué hay de tu noche de bodas? ¿Recuerdas que me pediste que nos encontráramos en el lago?

Aideen me tomó en serio. No podía creer que Rose estuviera recordando eso otra vez. Gruñí cuando la vi cerrar los puños con fuerza.

—Aideen, ya le expliqué que estaba enojada y que realmente invité a Rose a pasar la noche conmigo debido a la magnitud de mi frustración, pero no la toqué. —Le contesté suplicando. — Antes de ir a la reunión con Rose, me tomé una botella de vino y medio de whisky en la biblioteca. Terminé desmayándome.

Aideen me miró con furia y luego miró a Rose.

—Me crees, ¿verdad? —Le rogué que se parara frente a ella. —Nunca rogaría si no fuera verdad. No podía hacer nada y cuando desperté, ya estaba en la habitación de Alec. Fue Bruce quien me llevó allí. Al día siguiente me explicó que sería más seguro, ya que Rose trató de aprovechar el hecho de que yo estaba inconsciente.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Rose gritó incrédula. —¿Cómo te atreves!

—Bruce puede confirmarlo todo —dijo ignorando a Rose. —Es justo y nunca mentiría, aunque fuera para protegerme. De hecho, me mataría si hubiera hecho algo malo y se hubiera visto obligado a ir en mi contra.

—¡Eso es mentira! —Rose gritó. —¡Has estado a mi lado toda la noche!

—¡Cállate, puta! —Aideen dijo que amenazaba con apuñalarla.

Su cara estaba serena, aunque la ira aparecía en su mirada.

—Rose, ya has abusado de mi paciencia. Todo lo que dices es mentiroso, irónico o corrupto. Sus acciones y palabras están llenas de calumnias —dijo Aideen tan frío. —No hay razón para

que te crea. Mi marido es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

La miré fijamente con una sonrisa satisfactoria. Esas palabras me tomaron por sorpresa. No es que yo fuera realmente culpable, porque lo que dije fue la verdad más pura. El problema es que quienquiera que pudiera confirmarlo estaba en una expedición que ya había durado demasiado tiempo. Estaba preocupada por Bruce. Se suponía que volvería. Me pregunto por qué tardaba tanto.

—¿Dudas de que esté embarazada? —preguntó Rose enfadada.

—No. Aideen contestó con voz seria. —Dudo que Alistair sea el padre, así que hagamos un trato.

—¿Qué trato? —Preguntó Rose con indecisión.

—É? ¿Qué trato? —Pregunté sorprendido y miré a Aideen.

—Bruce está viajando y es el único que puede explicar lo que pasó esa noche. —Aideen comenzó con una sonrisa irónica. —Estarás aislada en una cabaña hasta que él regrese.

—¿Y si confirma la historia de Alistair? —preguntó Rose. Aideen la miró con ojos asesinos. —Quiero decir, de Su Alteza.

Aideen se detuvo y se acercó a ella con una fría sonrisa en los labios.

—La he ahorcado por intentar engañarme.

Rose miró asustada.

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos! —Aideen dijo que me tomara del brazo. —Necesitas descansar un poco y comer algo.

Empezamos a subir las escaleras y Rose dio un grito de frustración.

—¡Es de Alec! —disparó con su voz desesperada.

—¿Qué es lo que has dicho? —Me pregunté, volviéndome hacia ella.

—Esa noche, cuando no apareciste, fui a buscarlo. Lo encontré en la biblioteca, tirado en el suelo y... —Se tomó un descanso. —Confieso que intenté aprovecharme, pero Alec apareció con Bruce. Alec envió a Bruce a sacarlo de allí y me dio un sermón. Terminamos durmiendo juntos después de eso.

Rose puso los ojos en blanco con dolor. Bajando las escaleras, me mudé a Rose.

—¡Eres una puta manipuladora! —dijo agarrándole la garganta. —¡La quiero fuera del pueblo! ¿Lo has entendido? No fuera del castillo, sino fuera del pueblo indefinidamente.

—¡No puedes hacer eso! —disparó con desesperación. —¿Adónde voy a ir?

—¡No es mi problema! —Disparé un tiro frío. —Ahora, ¡vete!

Dejando caer a Rose, me alejé. Empezó a llorar, pero ya no sentía pena por ella, y sus lágrimas no me convencieron. Se dio la vuelta e hizo mención de irse, pero Aideen habló.

—¿Rose? ¡Espera!

Rose se giró para mirarla.

—Haré que un guardia y algunos sirvientes te acompañen a la cabaña. Te quedarás allí hasta que nazca este niño.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —dijimos al unísono.

—Lowenna dijo que todos en la familia MacCalister nacen con los ojos azules. —Aideen se tomó un descanso. —Así fue con Alec, Bruce y tú, así como con Cora. Si este niño nace con los ojos claros, lo dejarás al cuidado de Alec y vivirás en el campo en un hogar cómodo. Se la puede ver de mayor, siempre con la compañía de un sirviente y un soldado.

—¡Eso es absurdo! —Rose discutió. —No abandonaré a mi hijo. Me quedaré donde él está.

—Es una oferta justa, y es la única que puedo ofrecer. —declaró Aideen. —No quieres a

Alistair o a Moose, ni te preocupas por este niño. Lo que quieres es estatus y poder. Puedo reconocer esto en cada palabra y acción que dices, porque me crié en un ambiente como este. Sabía que Alistair no mentía, porque si realmente quería una mujer como tú, ni siquiera podía detenerlo.

Se tomó un descanso sonriendo.

—Además, es mío. —me disparó mirando en mi dirección. —Ahora ya lo sé.

Sonríe a Aideen y asentí. Rose respiró hondo de una manera profundamente indignada.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Yo me lo quedo! —Rose respondió bajando la cabeza.

—¡Oh, genial! Ya que estamos limpios.... Aideen me tomó del brazo poniéndolo alrededor de su hombro. —Ahora, si me disculpan, tengo que cuidar de mi marido. Los guardias la escoltan a su destino. Una cosa más....

Aideen se tomó un descanso.

—Si vuelvo a ese feudo sin invitación, me veré obligado a enviarla a la horca. —Aideen disparó. —Si soy o no la madre de mi sobrino.

Rose no respondió, pero le disparó a Aideen con ira. Los guardias vinieron a escoltar a Rose y ella se retiró humillada. Subimos en silencio, pero estaba orgulloso de la actitud de mi dura esposa.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté sentado en uno de los sillones.

—Así como mintió sobre que tú eras el padre, también puede estar mintiendo sobre Alec. No lo sabremos hasta que nazca el niño. —Aideen declaró tomar la toalla y empezar a secarme el pelo. —No hay forma de confirmar que Alec estuviera con ella antes de irse.

—Bueno, puedo enviar una carta preguntando.

—¿Es eso cierto? ¿Qué dirá para justificar su pregunta? —Preguntó Aideen. —No puedes decirle a Alec que Rose está embarazada de él. Está al mando de su ejército y necesita concentrarse. No puedes preocuparlo ahora.

—¡Tienes razón! —Suspiré. —No es algo que se dice en una carta, especialmente de tu hermano.

—Podemos decirte cuando todo esto termine.

Aideen suspiró, terminó de secarme el pecho y se puso de pie para recoger la ropa seca que había en la cama. Me impresionó su rapidez de pensamiento. Para alguien que estuvo atrapado en una habitación durante casi tres años, era muy inteligente y parecía más animada de lo que imaginaba. Tal vez fue por los libros que leí.

—Eres una persona increíble. —Susurré besando tu cuello.

—Sé lo que es no tener el afecto de una madre. —Aideen suspiró. —Si este niño es realmente el hijo de Alec, seguro que querrá cuidar de ella.

—Vamos, ¿pero no elegí a la esposa correcta? —dijo jalando a Aideen mientras se acercaba. —¡Gracias! ¡Gracias!

—Sólo intentaba ser diplomático. —suspiró. —Así ganaremos tiempo para asegurarnos de que todo se haga sin ser injusto. Sé que no vale nada, pero no puedo dejar que use a un niño inocente para conseguir lo que quiere.

—Y fue una gran idea!

Aideen suspiró cuando me acerqué a ella para besarla, pero se volvió descontenta.

—¿Qué está pasando? —Pregunté con el ceño fruncido.

—Sigo enfadado porque invitaste a Rose a tu cama el día que nos casamos —dijo que se alejara. —Necesito pensar un poco. Me vestiré en otra habitación y veré qué hizo Wally para

almorzar.

—Aideen... —Llamé, pero ella me ignoró al salir de la habitación.

Tu mirada decepcionada casi me rompe el corazón. ¡Maldita Rose! Cuando pensé que todo iba bien con Aideen y que estábamos empezando a entendernos, mi mundo se arruinó como un castillo de naipes. Respiré profundamente sentado en la cama. Cada vez que Aideen se distanciaba de mí, sentía como si hubiera perdido un trozo de mí y me gustaba esa sensación. Tenía que hacer algo para que me perdonara. Al terminar de vestirme, salí de la habitación y fui al herrero. Tenía el don de disculparme con Aideen.

La tarde estaba cayendo cuando me animé a hablar con Aideen. Después de que me dejó en la habitación, se había ido. Ni siquiera la vi en el almuerzo. Hice lo que me pidió y la dejé pensar. La dejé en silencio y me tranquilicé para tener la oportunidad de disculparme, así que le pedí a Elaine que la encontrara. Según ella, su amante estaba en uno de los varios jardines que rodean el castillo. Fue entonces cuando me enteré de que ella los estaba restaurando. Encontré a Aideen en el jardín de la parte de atrás del castillo. Estaba agachada en el suelo. Hacía frío y llevaba una capa para protegerse del viento.

—¡Hola! —dijo mientras me acercaba.

—¡Hola! —Dijo monosilábico ignorando mi presencia. —Estoy ocupado.

—Puedo ver eso —dijo sonriendo. —Creo que es hora de tomar un descanso.

—¿Y tú? —Dijo Aideen irónicamente.

—Aideen, no quiero pelear. —Suspiré. —Te extrañé en el almuerzo, y supongo que no comiste nada, así que le pedí a Wally que preparara una canasta. ¿Te gustaría acompañarme a un picnic?

Aideen me miró fijamente con una mirada muy seria. Suspiré, inclinando la cesta sobre un montón de piedras.

—Escucha, ¿cuánto tiempo vas a estar enfadada conmigo? Estoy tratando de disculparme. —Disparé en un tono de súplica. —Sé que sólo he estado haciendo tonterías y que he estado actuando sin pensar, pero estoy tratando de redimirme. ¡Perdóname, por favor!

Aideen me miraba fijamente con su mirada seria. Ella no dibujó una reacción. He decidido mantenerla callada por un tiempo más. ¿Quizás pensaría un poco más y me perdonaría por ser un idiota?

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Te dejaré estar solo. —suspirando, me di la vuelta. —Pero por favor, come algo.

Dejé la canasta donde estaba y empecé a alejarme.

—No deberías estar acostado —dijo al fin. Respiré profundamente aliviado y volví a dar la vuelta.

—Me siento muy bien. —Respondí sonriendo. —

—Es bueno saberlo —dijo en voz baja. —¿Qué hay en la cesta?

—Vino, queso, fruta, una tarta de zarzamora y una hermosa manta —dijo, acercándose a ella.

—¡Se ve bien! —susurró ella. —Aceptaré tu invitación sólo porque tengo hambre.

—Sí, lo hago —dijo sonriendo.

Aideen se quitó los guantes que llevaba puestos y me sonrió. Fue con alivio que me acerqué aún más y le até la cintura. Sin pestañear, la tomé en mis brazos y la besé. Aideen fue tomada por sorpresa, pero no me alejó, devolviéndome el beso.

—Tengo un regalo para ti. —Susurré.

—Pensé que la canasta era un regalo.

—Lo es, pero...

Me tomé un descanso. Colocando mi mano en el dorso del cinturón, saqué un pequeño estuche de cuero y se lo di.

—Creo que eso es mucho más valioso.

Aideen abrió el maletín y me miró con sorpresa. Dentro había seis dagas de plata con un rubí en el mango que formaba una rosa.

—¡Alistair, qué bonito! —ella disparó una sonrisa.

Sus ojos se iluminaron y pronto ese expresivo resplandor del que me había enamorado, apareció en su rostro rojizo. Esa sonrisa fue mi perdición. Me gustaba cuando ella lo dibujaba. Juré que la vería sonreír todos los días de mi existencia.

—Adam estaba forjando unas dagas y era fácil dar forma al mango. El rubí es parte de nuestro escudo de armas. —Lo expliqué tomando tu mano y besándote. —¿Te ha gustado?

—Me encanta! —dijo ella. De puntillas, Aideen me besó suavemente la mejilla. Incluso ese toque sutil hizo que mi piel temblara. —Muchísimas gracias!

—Adelante.

Fuimos a la orilla del lago, donde bordeé una parte seca no cubierta de nieve. Comimos y luego Aideen puso su cabeza sobre mi pecho. Nos quedamos ahí tumbados mirando al cielo y empezamos a hablar. Hablé de su infancia antes de ser atacada y todo eso de su hermana mayor. Sentí que Aila era tu héroe. ¡No! ¡Era más que eso! Aila representaba a una madre que Aideen nunca había tenido y que había perdido rápidamente.

—Quieres mucho a tu hermana, ¿verdad?

—Sí. —Asintió. —Los quiero a los dos, pero Aila era muy importante para mí. No la he visto en años.

—En cuanto acabe la guerra, la llevaré yo mismo a ver a Gretna Green —dijo besando suavemente su frente.

—¿Lo prometes?

—¡Por mi vida!

Me besó suavemente y me dejé besar. Esa fue la mejor sensación del mundo.

—¿Sabes qué? Fue Annabel quien me salvó de Roy para terminar lo que él empezó. Ella gritó cuando lo vio encima de mí y corrió a advertir a los guardias, que nunca vinieron, pero fue suficiente para que yo pudiera escapar. —se tomó un descanso, respirando profundamente. —Le dije a mi madre lo que había pasado. Me dolió mucho, porque traté de resistir y me pegó mucho. Me había hecho prometer que no diría nada a nadie y me culpó por ello. Dijo que yo había sido terco, así que lo hizo fácil. Después de eso, no podía mirar a mi tío y si se acercaba, entraba en pánico. Aún así, mi madre me dejó sola con él en otras ocasiones.

—¿Lo intentó de nuevo?

—Sí, pero sin éxito porque me las arreglé para escapar antes de que me pusiera las manos encima. Un día, estaba hablando con Annabel acerca de tener mucho miedo de él y de lo que había pasado. Aila escuchó la conversación y me hizo decir lo que había pasado. —Aideen suspiró asintiendo. —Estaba poseída y se fue a la sala con la espada de nuestro abuelo en la mano. Atacó a Roy y empezaron una pelea. Yo la había perseguido con lágrimas en los ojos y mi padre no entendía nada de lo que estaba pasando, sólo vio la furia de Aila. Intentó romper la lucha, pero su odio la hizo más letal y tuvo que hacerse a un lado. Cuando perdió su espada, después de ser engañada por mi madre, vi que Roy la mataría, así que llegué a la daga que mi padre tenía en la cintura y le disparé a MacGregor. Cayó herido en el suelo.

Estaba insensible a esa cruel historia. Ravena con traje era una mujer vil y maquiavélica. No

tenía límites ni respeto por la vida de nadie. Era codiciosa, mezquina y merecedora de la muerte. La juzgué en pensamiento y decidí su sentencia: Ravenna y Loch serían colgados. A pesar de haber escuchado lo suficiente, Aideen continuó y reveló la parte más oscura de toda la trama.

—Cuando Aila me dijo, gritando, lo que mi tío me había hecho y siguió intentándolo, mi padre estaba en shock. Mi madre sacó a mi tío de Inverness rápidamente, incluso herido. Nos dijo que nos quedáramos encerrados para que nada saliera de esa habitación. —Aideen sollozó, pero siguió contando. —Al final de esa noche, me dio una bofetada para que aprendiera a mantener la boca cerrada. Mi hermana fue enviada a Gretna Green días después.

Aideen respiró hondo y me di cuenta de que para ella era un alivio haberse desahogado. Su suspiro salió cansado y la apreté en mis brazos. Lloró como una niña que acababa de despertar de una larga pesadilla.

—Extraño mucho a Aila.

—Supongo que sí.

La abracé fuertemente y me quedé en silencio. El odio que sentía por Ravenna crecía cada vez más en mi pecho. No quería creer que había sufrido tanto hasta el día en que la liberé de su calabozo. Me sentí aliviada de haberla conocido ese día y de haberme casado con ella.

—No llores! —Susurré pasando mis manos por tu pelo. —Tus días oscuros han terminado y los de MacGregor y MacBride.... ¡Acaban de empezar!

Capítulo 16

Aideen

Los días pasaban lentamente. Alistair y yo empezamos a descubrir que teníamos mucho en común. Empezó a enseñarme técnicas de esgrima y a montar a caballo. Se estaba poniendo muy bueno. Alistair solía decir que era un talento natural, pero era la conducción lo que se estaba volviendo un poco difícil. Especialmente en controlar los instintos del animal y hacer que confíe en mí. A pesar de ser mayor que yo y de haber experimentado cosas que nunca imaginé, Alistair fue muy paciente. Me llevó a dar un paseo por el feudo y me mostró sus lugares favoritos. Los días de ventisca se habían disipado y ahora sólo hacía frío. Una y otra vez nevaba un poco y todo el pueblo estaba precioso con ese blanco en el suelo. Aproveché la oportunidad para jugar con unos niños que estaban en el patio.

—¡Me encanta tu sonrisa! —Oí a Alistair decir.

Vino a mí y me ayudó a levantarme. Había huido de una niña que intentaba golpearme con un puñado de nieve. Lástima, pisé una roca resbaladiza y caí al suelo. Todos los niños vinieron a mí, riéndose.

—¿Me disculparías? —dijo que mirando a los niños. —Necesito secuestrar a la princesa por un momento.

Me despedí de los pequeños y entré con él.

—¿Pasa algo malo? —Le pregunté extrañamente sobre el hecho de que me recogió en el patio.

—Bueno, no estaba dormido cada vez que me cuidaste, así que creo que debería darte las gracias —dijo, haciéndome levantar una ceja. —Confieso que esperé por eso todos los días e incluso apagué el fuego un par de veces.

Me he reído un poco. Me imaginé que Alistair haría eso, porque la madera estaba mojada unas cuantas veces y la levantaba para reemplazarla. Era una cierta cantidad de trabajo tener que volver a encender la luz, pero podía hacerlo.

—¿Adónde me llevas? —Le pregunté cuando tomamos un camino que no conocía.

—¡Ya verás!

Nos detuvimos frente a una enorme puerta de madera y él se hizo a un lado para darme paso, luego abrió la puerta. Mi barbilla casi se cae cuando miro cuántas estanterías con libros.

—¡Vaya! —Exclamé entrando en la habitación. —¡Qué magnífico!

La biblioteca no era tan grande, pero era impresionante por los estantes que iban del techo al suelo y que cubrían la pared frontal. La mesa de madera donde probablemente Alistair leía y respondía sus cartas era grande y espaciosa. Se paraba frente a las estanterías, un poco lejos de ellas. Una alfombra de pelo cubría el centro de la habitación y había dos sillas delante de la chimenea en la pared derecha. A la izquierda, una gran ventana con cortinas de terciopelo iluminaba el ambiente.

—¿Te ha gustado? —susurró parándose detrás de mí.

—Me encanta! —Respondí dándole la vuelta y abrazándole el cuello.

—Puedes venir cuando quieras. Es mi lugar privado, pero me encantaría compartirlo contigo.
—sonrió cuando le besé la mejilla suavemente.

—¿Puedo empezar ahora?

—¡Claro que sí! —contestó él. —Tengo algunas cartas que leer, ¡pero diviértete!

Con un grito bajo, lo dejé ir y corrí a una de las estanterías. Pasé la mayor parte del día contemplando las obras. Había libros por todas partes y sobre varios temas, pero lo que me llamó la atención fue uno que hablaba de botánica. Me perdí con esas palabras y no paré hasta la hora del almuerzo.

Ha sido una tarde tranquila. Conocimos a Wally, que Rose estaba bien alojada y que estaba agradecida por la oportunidad de tener a su hijo en un lugar tranquilo. Sabía que esas palabras eran de Wally y no de Rose. Imaginé que Rose estaba poseída conmigo y me maldijo todas las mañanas. Alistair aprovechó la calma para enseñarme un poco de esgrima y nos fuimos al patio.

—Estás bajando mucho la guardia. —Alistair dijo que tan pronto como levantara la espada.

—Es muy difícil recordar todo lo que me enseñas —dijo, metiendo su espada en el suelo.

La espada era pesada, pero no tanto como la de Aila. Había una esmeralda en el mango de plata y varias muescas en la hoja gaélica. Reconocí los versos de una canción de cuna que solía cantar cuando echaba tanto de menos a mi hermana.

—Sé lo que se siente, pero aún así te estás volviendo bueno —dijo atando mi cintura. — Pronto serás mejor que yo.

Sonreí de puntillas y luego lo besé suavemente. Él gruñó y yo solté una carcajada.

—¿Qué tal si damos un paseo? —sugirió suspirar.

Sólo asentí con la cabeza, quien mantuvo mi mano firme y sosteniendo la espada me guiaba de vuelta al feudo. Me llevó al establo donde nuestros caballos estaban sellados. Alistair me ayudó a montar y nos fuimos lado a lado hacia el bosque.

—Montar no es tan difícil —dijo. —Primero debes confiar en el caballo y hacer que entienda que él también puede confiar en ti. Esto ya lo has conseguido, porque parece que Chimera te quiere mucho.

—Yo también la amo —dijo acariciando la espalda de la yegua.

—Se lo compré a un comerciante cuando mi hermana tenía sólo 15 años —dijo con voz triste.
—Chimera era un hermoso potro, así que pensé que sería un gran regalo para cuando Cora cumpliera dieciocho años, porque para entonces la yegua ya sería adulta.

—¡Lo siento mucho!

—¡Está bien! ¡Está bien! Todavía es doloroso hablar de mi hermana, pero creo que sería feliz si la yegua fuera suya.

—Gracias!

Permanecemos en silencio hasta que llegamos a la entrada del bosque. Ya estaba decorando esa carretera y me sentí seguro cuando nos fuimos por ahí. Se lo daría al descubierto, pero Alistair tomó el camino a otra parte. Me estaba mostrando algunos senderos que sólo él, Bruce y Alec, conocían. Nos detuvimos al borde de un cañón desde donde se podía contemplar el mar. Él forró una manta y nosotros nos quedamos ahí tumbados y hablamos de nuestras vidas. Me habló un poco más de Cora, a quien no ocultaba un gran afecto. Cerré los ojos cuando empezó a acariciarme el pelo. Alistair miró al horizonte, pero aunque su rostro no apareció, supe que estaba preocupado por algo. Me tomé un momento para tratar de averiguar de qué se trataba y tal vez ayudarlo.

—Noté que estabas preocupado. —Dije en voz baja. —¿Puedo ayudarte en algo?

Alistair me sonrió.

—Bruce está tardando mucho en volver.

Me apoyé en tu pecho para enfrentarme a tus ojos azules.

—Bruce es listo, Alistair. Dondequiera que esté, sé que está bien y que volverá pronto. —Me detuve para pasar mi mano sobre su pecho. —Recuerda las ventiscas. Bruce debe haberse quedado atascado por culpa de ellos.

—Lo sé, pero sigo preocupada.

—Escucha, te quiero tanto como para verte preocupada así. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte, sólo dime que lo haré.

Alistair abrió los ojos de par en par y luego se levantó sentado a mi espalda. Te toqué el brazo, preocupado por tu reacción.

—¿Pasa algo malo?

—Aideen, la amo tan fervientemente que pude enviar a mi prima a una misión suicida sólo para deshacerme del idiota que "amenazó" con llevarse a la única mujer que tenía sentido para mí, ¡además de mi madre y mi hermana! —me besó suavemente.

Estaba mirando a Alistair con una mirada encantada. Su mirada brillaba con una pasión que nunca antes había visto. No había lujuria, sólo amor. Eso fue suficiente para mí, porque finalmente fui amado de verdad por alguien. Alistair me sonrió y luego suspiró doblando una de sus piernas para apoyar uno de sus brazos sobre su rodilla.

—Deberíamos irnos. Quiero verla conducirnos a casa.

—¿De verdad tenemos que irnos?

—¿Quieres quedarte un poco más?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—Entonces tu deseo es una orden.

Nos acostamos de nuevo y él pasó su brazo alrededor de mí para acercarme más. Contraje una expresión y luego me acerqué lentamente a él, hasta que besé suavemente a Alistair. No se movió, pero se dejó besar.

—Debo detenerme o me sobrepasaré —dijo sin aliento después de interrumpir el beso que se había vuelto voraz.

—No sería tan malo si cruzaras la línea.

—Aideen, estamos al aire libre.

—Y tú eres mi marido.

Alistair se rió.

—¡Creé un monstruo!

Riendo, besé a Alistair que no pudo evitarlo. Tiró de los hilos de mi escote lo suficiente para acariciar uno de mis pechos. Arqueo mi cuerpo dando más acceso a tu toque. Abandonó mi boca para besarme el cuello y el hombro, encontrándose con mis pechos. Sentí un escalofrío cuando la lengua tibia tocó la piel sensible del halo. Alistair empezó a succionar lentamente, mordisqueando ocasionalmente. Gimiendo, puse mis manos en su pelo e incliné mi cuerpo para dar aún más acceso a su talentosa boca. Levantando la cabeza volvió a mi cuello mientras sus manos caminaban sobre mis piernas levantando la falda del vestido. De rodillas se quitó la camisa y se deshizo de mi ropa interior. Sin dejar de mirarme, empezó a besar una de mis piernas lentamente hacia mi muslo. Me mordí el labio inferior y apreté la manta con ambas manos cuando llegó a mi vientre. Con la punta del pulgar, Alistair acarició mi clítoris que latía desesperadamente, con

movimientos circulares y lentos. Me contorsioné cuando se acostó entre mis piernas y las dobló un poco. Sentí que mi lengua tocaba mi clítoris y emitía un pequeño grito de sorpresa. Sonrió burlándose de mi reacción y luego empezó a chupar suavemente el pequeño punto. Intenté cerrar las piernas, pero él me detuvo. Sentí una presión en mi vientre cuando empezó a masajear mi entrada con el pulgar. Me atraganté cuando sentí que mi pulgar pasaba lentamente por mi abertura. Una ola de callos comenzó a formarse cuando cambió su pulgar por su dedo medio. La presión que sentía en mi interior me hizo retorcerme a medida que ella crecía. Estaba entumecido por el sentimiento. Cuando estaba llegando a mi límite, Alistair suavizó sus movimientos. Su boca abandonó mi clítoris y lo sentí levantarse. Poco a poco reemplazó su dedo por su extremidad erguida y dura. Contuve la respiración cuando lo sentí entrar por mi abertura hasta que su pelvis se apoyó en mi vientre. La respiración de Alistair se hizo pesada y pude sentir que se estaba controlando para ser lo más suave posible. Me besó cuando temblaba y me quedé así por unos instantes, hasta que empezó a moverse lentamente frotándose contra mi vientre. Me quejé en su boca, así que le agarré de los brazos y le clavé las uñas en la carne. Alistair soltó un gruñido y comenzó un movimiento de ida y vuelta. La ola de calor se apoderó de mi cuerpo de nuevo y la presión regresó, haciendo que las paredes de mi vagina se contraigan. Le di un grito cuando empezó a moverse más rápido. Seguí su ritmo y me relajé cada vez más. Alistair tomó mis manos entrelazadas en sus manos y levantó un poco el cuerpo. Apoyó su frente contra la mía y sonrió. Me jadé el cuello cuando volvió a frotar mi piel en un baile lento.

—¡Bésame! —Preguntó con su voz arrastrada.

Levantando la cabeza lo besé como me lo había pedido. Alistair metió su lengua en mi boca y la movió al mismo ritmo que su cuerpo. Pensé que iba a explotar en cualquier momento. Alistair empezó a moverse más rápido y me penetró más fuerte. Gruñí en su boca y lo sentí sonreír contra mis labios. Luego soltó mis manos y levantó mis piernas. Las puñaladas empezaron a ser más profundas y yo empecé a gemir más fuerte. De repente, algo explotó dentro de mí y emití un grito de placer, que pronto fue silenciado por los labios de Alistair. Siguió penetrándome, hasta que soltó un gruñido y se desplomó sobre mí, jadeando. Fuimos abrazados durante mucho tiempo en silencio, escuchando el sonido del viento que cortaba los árboles y los pájaros que cantaban alrededor. A pesar del frío, Alistair tenía la espalda plana de sudor. Levantó la cabeza y besó suavemente mi frente.

—¿Qué pasa? —Preguntó.

—Sí. —Respondí tímidamente. —Eso fue maravilloso.

—¡Eso es genial! —dijo de pie y arreglando su ropa. —Ahora vamos a casa, donde nos daremos un baño caliente y te haremos el amor de nuevo. ¿Qué opinas tú?

Sacudiendo la cabeza me reí. Me levantó del suelo y me puso sobre Sovereign, así que fue a atar las riendas de Chimera a la silla de montar de su caballo. Luego recogió la manta poniéndola en la bolsa de cuero y luego montó el caballo detrás de mí.

—¿Recuerdas el camino de regreso? —preguntó, entregando las riendas a mis manos.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¡Eso es genial! Tú que nos llevarás de vuelta. —sonrió sosteniendo mi cintura. —No diré una palabra.

Sonreí, me establecí y golpeé los flancos del Soberano, lo puse en movimiento. Usando todo lo que me había enseñado, seguí el camino de regreso a Dunhill. Llegamos unos minutos después. Adam nos miró con sorpresa y me saludó tan pronto como desmantelé el animal. Alistair me besó cariñosamente, parándose sólo para ver quién se acercaba, porque oímos el trote de un caballo

apresurado. Bruce estaba cruzando el puente, cabalgando en Esperanza, su yegua mascota. Vi cuando Alistair suspiró con un suspiro de alivio y sonreí.

—¿Has visto lo que he dicho?

—¡Mi primo! —dijo abrazando a Alistair. —¡Señora!

Sonriendo, abracé a Bruce, que fue tomado por sorpresa.

—Puedes llamarme Aideen. —Lo hice. —¿Qué tal el viaje?

Miró a Alistair que asintió.

—Cansador y sorprendente.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Alistair frunciendo el ceño.

—Necesito hablar contigo —dijo con cara de preocupado.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Estaremos listos en unos minutos. —me contestó mirándome.

—Alistair, necesito hablar contigo a solas. —Bruce disparó con una cara seria. —Lo siento, Aideen, pero hay algo que he descubierto que puede asustarte un poco.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Suspiré. —No hay nada más que venga de ese lugar que pueda realmente asustarme, pero entenderé si prefiero hablar sólo con Alistair.

Bruce miró a Alistair.

—Deje que Aideen participe en la conversación, si lo desea. —me besó la frente. —Es más fuerte de lo que parece.

Le sonreí y besé la cara de Alistair. Bruce sonrió, cruzando los brazos.

—Aparentemente, ustedes dos se llevaban bien —dijo.

—Todavía estamos trabajando en ello, pero... Alistair se tomó un descanso. —Podemos decir que peleamos y nos reconciamos varias veces. Confieso que ha sido divertido.

Giré los ojos y agité la cabeza.

—¡Eso es muy bueno! —dijo Bruce, mirando seriamente a Alistair. —Odiaría tener que recoger los pedazos.

Alistair volvió los ojos y sonrió irónicamente.

—¿Podemos? —preguntó.

—Si me permite, me muero de hambre —dijo, poniendo una cara. —Necesito pedirle a Wally que prepare carne asada con miel.

—¡Otra vez, Aideen! —preguntó Alistair con una cara. —Es la tercera vez esta semana. Últimamente has estado comiendo cosas muy extrañas y repugnantes.

—¿Qué puedo hacer si tengo ganas de comer estas cosas? —...le disparé con los hombros puestos. —¿Quieres un poco también?

—¡Sabes que no lo sé! —dijo poniendo una cara.

—¡Oh, genial! Eso me deja más para mí.

Alistair agitó la cabeza con expresión de asco.

—¿Carne asada con miel? —preguntó Bruce.

—Sí. Ayer quería comer pescado crudo. —Alistair disparó.

—¿Cuánto tiempo ha estado teniendo estos impulsos? —preguntó Bruce con una mirada graciosa.

—Empezó hace un par de meses, y en las últimas semanas ha ido empeorando. —Alistair respondió por mí. —¿Por qué es eso? ¿Crees que Aideen podría estar enferma?

Bruce se rió.

—No exactamente, pero se pone cada vez mejor. —contestó él. Miramos a Bruce frunciendo el ceño y cambió de tema. —¿Estás seguro de que quieres oír lo que tengo que decir?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

Miró a Alistair, que asintió.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Me daré un baño y luego los encontraré en la biblioteca. —se acercó a mí con una misteriosa sonrisa en sus labios. —Diviértete con tu carne y tu miel.

No entendí sus palabras y Bruce desapareció en el castillo. Alistair suspiró, así que me acompañó a la cocina. Una mezcla de preocupación y curiosidad me dominaba, pero nada se interponía entre la comida y yo. Nada!

Capítulo 17

Alistair

Aideen y yo fuimos a la biblioteca. Bruce ya nos estaba esperando. Caminaba por la habitación con nerviosismo. Me di cuenta de que estaba tratando de encontrar palabras para empezar. Bruce ya me estaba asustando con todo ese misterio.

—Me sorprende que no hayas venido a la cocina antes de hablar —dijo de forma irónica.—O bien, haber aceptado la sugerencia de comida de Aideen.

Bruce respiró profundamente.

—Lo que voy a decir puede ser un poco chocante para ti, Aideen.

—No te preocupes por mí, Bruce —dijo Aideen antes de sentarse.— Sé que Alistair te envió a investigar mi vida. No me preocupa lo que hayas averiguado, porque no hay nada que vayas a decir que Alistair no sepa.

—Con el perdón de la palabra —dijo Bruce.— Hay cosas que Alistair no sabe, y mucho menos tú.

—¡Nos estás asustando, Bruce! —Dije exasperadamente.— Sólo di de una vez por todas lo que has descubierto.

Respiró profundamente.

—Creo que ya sabes que Roy violó a Aideen —dijo.

—Sí. Aideen me lo dijo.— Respondí seco.— Incluyendo Ravena y él pagarán por lo que hicieron. Él por violarla a ella y ella por encubrirlo. Además, está el hecho de que Ravena tomó prisionero a Aideen. Quiero verla colgada del cuello.

—Estos no son sus únicos crímenes.— Bruce disparó.— Obtuve información de una ex niñera que presencié algunas de las conversaciones de Ravenna con Roy. Dice que fue la propia Ravena la que lo diseñó todo.

Aideen contuvo la respiración.

—Temía que eso fuera cierto —dijo moviendo la cabeza y miré en su dirección.— Por lo que dijiste, que Ravena la dejó sola con Roy, aunque ya te había violado, asumí que ella estaba detrás de todo. La pregunta es, ¿por qué?

—Exactamente! —Aideen se manifestó.— Sé que no le gustamos mucho Aila o yo, pero enviar a alguien a violarme es el colmo de la crueldad.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Bruce.— Ravena le facilitó a Roy atacar a Aideen. Durante todo el tiempo que la violó, ella impidió que el guardia o cualquier persona se acercara a la escena, impidiendo que Aideen recibiera ayuda. Su idea era que Aideen quedara embarazada y, si era necesario, la atacara tantas veces como fuera posible.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío! —Susurró Aideen horrorizado.— Es la que mi madre me dejó a cargo de Roy. No había podido terminar lo que había empezado, porque Annabel lo asustó.

He estado mirando a Bruce de una manera asombrosa. Ravena era la persona más baja que

conocía.

—¡Ese bastardo! ¡Traidor! ¡Miserable! —...me he excitado. —¿Cómo te diste cuenta de eso?

—Una niñera de las chicas, que está al borde de la muerte, me dijo. —respiró hondo. — Parece que fue ella quien cuidó de Aideen y limpió sus heridas. Ravena trató de sobornarla para que no se lo dijera a nadie, pero su esposa no lo aceptó. La llevaron a la aldea después de haber sido amenazada y golpeada....

—¿Con un látigo? —Aideen completado.

—¡Con un látigo! —asintió.

Aideen miró a Bruce con ojos desolados.

—Ammy era mi niñera. Cuando crecimos, se convirtió en la sirvienta de Aila. —se detuvo para sollozar. —No puedo creer que se esté muriendo.

—¡Lo siento mucho! —dijo yendo hacia ella y abrazándola. —Quería estar cara a cara con esa mujer miserable para hacerla pagar por todo el sufrimiento que causaba a la gente.

—Lo sé y realmente lo aprecio! —susurró, poniendo su cabeza sobre mi pecho.

Bruce suspiró y sentí que todavía estaba escondiendo algo más. Estaba indeciso sobre cómo lo diría y mi corazón se estremeció.

—Dime qué más hay, además de eso.

—Aila se enteró de lo que le había pasado a Aideen y fue a buscar la satisfacción de Ravena, pero no hizo nada. Así que Aila tuvo una pelea con Roy. —se tomó un descanso. —Ella no lo mató porque Ravena la detuvo.

—Eso ya lo sé. Aideen me lo dijo.

—Sí, pero lo que no te dijo fue que... Aila fue puesta en una mazmorra hasta que fue sacada de Inverness.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Aideen disparó. —¡No! Mi madre nos encerró a cada uno en una habitación.

—¡No, Aideen! Te han engañado. Ravena la metió en una mazmorra y luego dispuso que se fuera a Gretna Green, que le pasó la mano por el pelo. —Esa noche llovía mucho y, por desgracia, el carruaje se salió de la carretera y....

Aideen levantó la vista y se levantó. Se fue a donde estaba Bruce.

—¿Qué está pasando?

—El carruaje cayó en un abismo.

—¡Aila! ¿Qué le pasó a mi hermana?

—¡Lo siento mucho! —Dijo con voz vacilante. —No hubo sobrevivientes. Desafortunadamente, Aila murió en el accidente.

Cerré los ojos sintiendo el dolor que caía sobre su corazón. Hubo un largo momento de silencio, hasta que ocurrió lo increíble. Aideen dio un grito y empezó a golpear a Bruce.

—¡Mentiroso!

—¡Aideen! ¡Calma! ¡Cálmate! —dijo Bruce tratando de protegerse. —¡No estoy mintiendo! ¡Alistair, haz algo!

—Mi madre dijo que estaba en el convento. —Aideen pateó cuando se la quitó a Bruce. —Leí cada carta que nos envió. ¡Aila no está muerta!

—Ravena falsificó todas las cartas que te dio para que las leyeras —dijo acercándose y cogió un trozo de papel que estaba pegado a su cintura. —Esa es la carta que le enviaron a Ravenna contándole lo del accidente.

Aideen tomó la carta de las manos de Bruce y comenzó a leerla. Caminaba nerviosa. He

estado observando un poco más lejos. Cuando terminó, Aideen se le cayeron los hombros y sollozó. Fui a donde estaba ella.

—¡Lo siento mucho! —Susurré abrazándola.

—¡Está muerta, Alistair! —Aideen sollozó. —Mi madre nos mintió.

—¡Shii! Mantenga la calma! —Pasé mis manos por sus brazos. —Todo va a estar bien.

—¡Lo siento, Aideen! —dijo Bruce. —Por eso no quería que escucharas la conversación. Preferiría que Alistair te lo dijera más tarde.

—¡Está bien! ¡Está bien! —sollozó. —Tarde o temprano, averiguaríamos la verdad.

Se tomó un descanso y luego fue a donde estaba Bruce. Aideen lo abrazó.

—¡Lamento haberte agredido! —dijo ella. —¡Gracias por intentar salvarme!

—¡De nada, Su Alteza! —sonrió, pasando su mano sobre el pelo de Aideen. —Me alegro de que te hayas recuperado.

—¿Qué quieres decir? —Le pregunté, haciendo una cara.

—¿Estás bien? Aideen miró en mi dirección.

Respiré profundamente e hice una cara al pasar mi mano sobre el corte. No le dolió, pero se rascó mucho. Sin embargo, todavía tenía que tener cuidado para que la herida no se abriera de nuevo.

—Ravenna ocultó la violación al no llevársela a su padre para que Roy pudiera ser juzgado. También encontró la manera de sacarlo de Inverness y llevárselo. —Bruce fue a la mesa y compró coñac. —Además de golpear a Aideen por no haberse callado y contarle a Aila sobre ello, Ravenna también la culpó de lo que había pasado. Fue por esta razón que mantuvo a ambas hijas aisladas para que el golpe no saliera a la luz. Como Aideen no se quedó embarazada, Ravenna decidió atormentarla.

Bruce respiró profundamente sentado en una de las sillas.

—Y no se detiene ahí! MacGregor ya ha recibido noticias de su matrimonio con Aideen y ha enviado mercenarios para llevarla a Edimburgo.

—¡Ya lo sé! —dijo haciendo una cara y sentado con Aideen en un amplio sillón. —Nos atacaron en el bosque hace unos días. No sólo lo que había hecho con Aideen, sino que también intentó matarla.

—Aideen, aún hay más de tu madre, pero no sé cómo vas a reaccionar. —Bruce dijo que bebiendo un poco de brandy.

Ella frunció el ceño.

—Nada puede ser peor que saber que Aila está muerta —dijo acurrucándose en mi pecho.

Bruce respiró profundamente.

—Descubrí que Rávena proviene de una familia inglesa muy ambiciosa. Hicieron todo lo que pudieron para acercarse a la realeza, pero Ravena terminó enamorándose de Phillipe y se casaron en secreto.

—¿Es mi madre la princesa de Inglaterra?

—En realidad, no lo sé. —Bruce se tomó un descanso. —El rey Augusto descubrió que estaba engañando a Phillipe con Roy e hizo anular el matrimonio. Ravena perdió su título, fue exiliada a Escocia con mucho dinero para comprar un marido y esconder un secreto.

—¿Qué secreto? —Pregunté curioso.

—Estaba embarazada de una niña.

Aideen miró a Bruce con sorpresa.

—¿Aila es la hija de Phillipe? —Le pregunté.

—Sí, pero no es sólo ella. —Bruce sonrió. —Estás casado con uno de los herederos de la familia Lancaster, mi primo. Aunque es ilegítima, porque Ravenna se quedó embarazada de nuevo de Phillipe después de ser exiliada, Aideen tiene derechos como heredera.

—¡Soy la hija del rey! —Susurró Aideen. —¿Cómo es posible? ¿Qué hay de Annabel?

—Loch era sólo un señuelo para que nadie se enterara de que Ravenna había salido de Inglaterra con un niño en su vientre. Tenía los rasgos del príncipe y le iría bien en su papel. Así es como el herrero se hizo rico de la noche a la mañana. —Bruce se tomó un descanso sorbiendo más alcohol. —Ravenna no se alejó por mucho tiempo y volvió a reunirse con Phillipe. Así es como te generaron.

—¿Así que sólo Annabel es la hija de Loch? —pregunté frunciendo el ceño.

—No, yo tampoco. —Bruce disparó.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Aideen. —Si Loch no es el padre de Annabel, ¿quién es?

—¡Royland MacGregor!

Perdí el aire cuando Bruce terminó de hablar. La peor parte es que tenía sentido. El cabello casi blanco de Annabel era exactamente el mismo que el de Roy, así como sus rasgos y su genio.

—¡No puede ser! —Susurró Aideen.

—Desgraciadamente, Ravenna sigue queriendo mucho a Roy y no como medio hermano. Ella continuó encontrándose con él incluso después de reanudar con Phillipe, pero él lo descubrió todo y cortó toda relación con su madre. La odia, en realidad.

—Por eso Annabel siempre fue su favorita. —Susurré. —La razón por la que Roy no tocó a Annabel fue por su paternidad.

—No exactamente! —Bruce dijo. —No prestaste atención a nada de lo que dije, ¿verdad? Aideen es el único heredero del trono inglés, ya que Aila está muerta. Si Roy la dejaba embarazada, no sólo corría el riesgo de tener el ejército más poderoso, sino que también tenía acceso a la corte. Quién sabe, hasta que fue coronado después de la muerte de Phillipe, ya que tendría que casarse con Aideen.

—¡Bastardo! —dijo entre dientes. —Ravenna no hizo ese escándalo porque Aideen no era virgen. Hizo un escándalo porque la elegí a ella.

—Exactamente! —Bruce suspiró.

—Esperaba que yo devolviera a Aideen y me casara con Annabel. Ella mantendría el trato con mi padre, pero sólo sería una distracción. —sonríe con alivio al ser tan impulsivo.

—Alistair, ¿y si mi madre quisiera enviarme a Edimburgo? —Aideen especuló. —Tal vez todavía quiere embarazarme.

—¡O chantajear a Phillipe! —dijo exasperado. —Eso explicaría por qué Ravenna estaba enfadada el día que dejó Dunhill. Por eso Roy se quedó en la fortaleza tanto tiempo. Ahora, con el ataque que sufrimos en el bosque, deja clara su intención.

Roy no quería negociar una tregua o tenía miedo. Era muy probable que ni siquiera estuviera escondido en Edimburgo y eso era sólo un señuelo para mantenerme alejado de su verdadero objetivo.

—¡Necesito enviar una carta a Alec! —...dijo, levantándose y yendo al escritorio.... — Necesito decirle todo lo que encontraste y ordenar un ataque.

—¡Pero eso es una fortaleza! —Bruce dijo exasperado. —Además, el mensajero tardará días en llegar a Alec.

Me senté en el escritorio, ignorando la apelación de Bruce y comencé a escribir dos cartas. Cuando estaba listo, me levanté y me entregué a él.

—Necesito que le entregues esta carta a mi padre contándole todo lo que está pasando. Esto debe ser enviado a Alec tan pronto como sea posible —dijo que entregando los sobres. —Voy a Inverness y traeré a Annabel de vuelta para que esté a salvo.

Aideen se levantó.

—¡Quiero ir contigo! —dijo ella.

—Aideen, creo que es mejor que te quedes aquí —dijo Bruce. —Puede ser muy peligroso para ti ir allí.

—Tonterías! —dijo insistiendo. —Alistair me enseñó a usar la espada y soy excelente manejando dagas.

Respirando hondo, fui hacia ella y la abracé.

—¡Bruce tiene razón! —dijo el calmante Aideen. —Has estado teniendo crisis de debilidad, no quiero que caigas en medio del bosque de repente. Necesito que te quedes aquí, donde es seguro.

—Pero, uh...

—¡Aideen, por favor, no insistas! —dijo mirando suavemente a su mirada. —Estaré más relajado si sé que estás a salvo.

Aideen refunfuñó, pero se rindió. Me volví hacia Bruce.

—Toma las cartas para que las entreguen como te pedí. Quiero que te quedes aquí con Aideen mientras busco a Annabel.

—¡Está bien! ¡Está bien! —asintió.

Esa noche, me acosté junto a Aideen y la abracé fuerte mientras lloraba. Saber que Annabel era su media hermana y que en realidad era la hija de un rey no fue tan doloroso como enterarse de que su hermana favorita estaba muerta. Prometí que traería a Annabel conmigo cuando volviera. Tenía un número limitado de hombres que protegían a Dunhill y quería dejarlos para que la protegieran mientras ella estaba fuera. Sólo llevaría a dos o tres soldados conmigo. Haría que Ravena pagara demasiado por esa traición. Cuando los sollozos de Aideen cesaron y me besó, sentí que me necesitaría mucho más de lo que imaginaba. A la mañana siguiente me fui, dejando a la mujer que tanto amaba, con el corazón apretado y angustiado, pero con un rayo de esperanza en sus ojos.

Capítulo 18

Aideen

Me desperté sintiéndome un poco enfermo. Tenía unas náuseas terribles que habían durado horas. Ni siquiera podía beber el té que Elaine me había hecho. Decidí acostarme para ver si me aliviaba, pero el deseo de vomitar no hizo más que aumentar. Lo poco que comió, se sacó y tuvo un poco de vértigo. Todavía me sorprendí por todas las revelaciones hechas por Bruce sobre mi madre y me entristeció saber que Aila estaba muerta. Tal vez eso me estaba enfermando. Cerré los ojos con fuerza y las lágrimas volvieron a caer sobre mi rostro. Saber que era la hija de un rey poderoso, que ni siquiera sabía de mi existencia, me dejó con el estómago envuelto. Todavía estaba el hecho de que fue generado por una mujer ambiciosa y maquiavélica que me utilizó todo este tiempo. Arruinaron mi vida durante dos años en nombre del poder. Sentí un profundo odio por haber pasado por todo mi claustro creyendo que todo había sido culpa mía. Nunca pensé que tendría un poco de paz. Siempre creí que viviría en el infierno para siempre. Gracias a Alistair, pude ver las cosas de otra manera. Era como si Dios hubiera enviado un ángel para curarme.

Alistair había prometido ir a Inverness a recoger a Annabel, porque temía que mi madre la usara para que Roy viniera a buscarme. Ahora que sabía que no era mi tío, era aún más fácil odiarlo. Quería que sufriera los golpes que recibí cuando traté de huir de él y el dolor que sentí. La muerte era demasiado pequeña para ese miserable hombre y mi madre. No quería que Alistair saliera herido, así que le hice prometer que se llevaría a Bruce con él, pero eligió llevarse sólo a unos pocos soldados. Oí la puerta abierta y levanté los ojos para ver a Bruce poniendo su cabeza en el hueco.

—¡Buenos días! —Dijo con una sonrisa. —Llamé a la puerta, pero como no había respuesta, pensé que estaba en problemas.

—No hay problema en absoluto. —Yo contesté. —¡Entra, por favor!

Bruce asintió y luego entró. Frunció el ceño al acercarse a la cama. No he visto a Bruce desde que volvió de Inverness.

—¡No te ves muy bien! —frunció el ceño. —¡Estás pálido!

—Estoy un poco enfermo.

Bruce se sentó en una silla frente a la cama. Estaba vestido de negro de pies a cabeza. El pelo corto estaba desordenado, como si el viento hubiera soplado fuerte.

—Vine a ver cómo te sientes, porque le prometí a Alistair que cuidaría de ti. Especialmente después de lo de ayer.

—No puedo decir que sea feliz —dijo, poniendo una cara. —No sé cómo digerir todo eso. Todavía estoy bastante confundido.

Bruce suspiró pasando su mano sobre su cabeza.

—Ni siquiera sé lo que es tener una madre como Ravena. —suspiró. —Cuando mis padres murieron, mi tía me crió como a un hijo. Nunca me han tratado como al primo huérfano, sino como

al hijo menor. Alec, Cora y Alistair siempre han sido como hermanos para mí. No sabría qué hacer sin Alec o Alistair. Me ayudaron mucho a superar la pérdida de mis padres y luego nos apoyamos para superar la pérdida de Cora.

—Supongo que sí. —Susurré. —Pienso lo mismo de mis hermanas. Si no hubiera sido por Annabel, tal vez no habría soportado tanta oscuridad.

—Sí, tu hermana parece muy valiente y celosa. —sonrió.

—Lo es. —Sonreí. —La viste cuando estabas en Inverness.

—¡Gracias a Dios, no! —dijo, poniendo una cara. —Lo siento, pero no me gusta nada ese diablo.

Me he reído un poco. Podría haber imaginado la razón por la que pensaba así.

—No te dejes engañar por Annabel. Es turrada y testaruda a veces, pero es muy valiente. De hecho, Aila nos enseñó a ser valientes, así que Annabel hizo todo lo que pudo para hacerme huir de ese castillo. Si hubiera actuado como lo hago hoy, tal vez no habría sufrido tanto.

—Tu hermana tiene la lengua y las manos muy doloridas que parecen rocas, tan pesadas. —puso otra cara. —Todavía tengo las marcas de los golpes que me dio.

Me reí de nuevo.

—A veces el pensamiento de Annabel, yo salía de su boca sin que ella se diera cuenta. Cerca de nuestra madre puede contenerse, pero lejos de ella, mi hermana no hace ningún esfuerzo para que esto suceda.

Nos quedamos callados unos instantes hasta que Bruce lo rompió de repente.

—Alistair enviará a Ravena a la horca por traición. —Bruce dijo. —Me gustaría que estuvieras preparada para participar en el juicio, ya que eres la futura reina.

Respiré profundamente. Ya me imaginaba que tendría que participar en esa acción y no estaba ni triste ni nervioso.

—¡Esperaba eso! —Suspiré.

—¿No te molesta? —preguntó Bruce.

Hice una cara y luego lo miré fijamente.

—Bruce, Loch no es y nunca fue mi padre. En cuanto a Ravena, es una bruja que fue condenada a ponerme en el mundo. —Respondí con frialdad. —Después de todo lo que me ha hecho, morir es muy poco para ella. Creo que voy a sugerir que mueran como brujas.

—¿En el incendio?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡No parecías tan maquiavélico!

Me he reído un poco. Bruce agitó la cabeza de un lado a otro y luego se levantó.

—Te dejaré descansar un poco. Tal vez se despierte más dispuesto y hambriento más tarde.

Asentí con la cabeza y luego cerré los ojos. Me quedé dormido rápidamente y caí en un sueño profundo. El sueño era tranquilo, sin mis pesadillas habituales, a pesar de la ausencia de Alistair. No hay lobos grandes con dientes afilados. Sólo un jardín muy bien iluminado con un ángel con una sonrisa brillante y alas negras bajo un árbol. Estaba sentado conmigo sobre su pecho contemplando el mar. Podía sentir el sol calentando mi cara y la frescura de una brisa corriendo por mi piel. Fue una maravillosa sensación de paz y me permití descansar.

Pasaron tres días sin que yo tuviera noticias de Alistair. Bruce también se estaba preocupando. Inverness no estaba tan lejos y se suponía que volvería. El retraso de Alistair estaba empeorando mis náuseas y mareos debido al nerviosismo que sentía. Wally me miraba con desconfianza cada vez que me veía desmayarme. No sabía lo que estaba pasando, pero ella parecía saberlo. Esa

mañana, decidí trabajar un poco en el jardín. Después del almuerzo, decidí dormir un poco para que las horas pasaran más rápido. Tal vez Alistair estaba de camino a casa. Me desperté un poco más tarde oyendo voces susurrando en el pasillo de afuera. Parecía como si un hombre y una mujer estuvieran hablando. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que aún era de día. Respirando hondo, me levanté lentamente de la cama. Con pasos lentos me acerqué a la puerta. El suelo estaba frío, el dormitorio también. Las voces se hicieron más claras y me di cuenta de que eran Adam y Elaine hablando en el pasillo. Estaba sosteniendo un cuenco con varias piezas de ropa.

—Todavía no puedo creer que se haya ido solo por ese camino —dijo Adam. —Afortunadamente ensillé al Soberano con la mejor silla y puse las mejores herraduras para caminar en la nieve, de lo contrario mi amo se perdería.

—El camino del este es muy peligroso, sinuoso y con vistas al abismo. Sin mencionar que hay varios lobos hambrientos que pueden atacar en cualquier momento. —Elaine lo lamentaba. —Sólo espero que mi señor sepa lo que está haciendo.

¡Maldita sea! ¡Alistair tomó ese maldito camino! Pensé en suspirar.

—Sí, pero sería mejor que ser atrapado y quedarse atrapado en una mazmorra.

—¡Oh! ¡Dios! ¿No hay soldados acampados cerca de Inverness?

—¡No! Adam dijo desesperado. —Las tropas fueron enviadas al norte. Sólo se encuentra un pequeño contingente en la frontera, pero todavía están lejos.

Puse los ojos en blanco. Me dio escalofríos pensar que Ravena podría hacerle algo a Alistair. Conocía esas mazmorras, así que pasé la noche en una de las celdas. Hacía frío, por lo tanto, el mar golpeó contra los muros traseros. Un vacío dominaba mi ser y la angustia de la idea de perderlo me mareaba. Me agarré del cuello sin poder gritar por la sequedad que se apoderó de mi garganta. Me incliné hacia adelante, cayendo contra la puerta medio abierta. En el viaje hacia el suelo, sentí que mi cabeza chocaba contra el bosque y luego contra la fría piedra, así que todo se volvió negro y mis ojos se cerraron. No sé cuánto tiempo estuve en desacuerdo, pero cuando pude abrir los ojos, estaba acostado en mi cama. Bruce me miró con aprensión.

—Aideen, ¿estás bien? Preguntó en un tono preocupado.

—Sí. —Respondí con una cara y me puse la mano en la frente. —¿Qué está pasando?

—¿No te acuerdas? Te desmayaste y te golpeaste la cabeza contra la puerta. —Bruce respondió. —No era nada serio, pero tienes una polla fea en la frente.

Coloqué mi mano en el lugar donde sentía dolor y noté que había una elevación aguda en mi piel. Hice una cara cuando sentí que mi estómago gruñía.

—¡Jesús! ¡Me muero de hambre! —exclamé. —Necesito carne asada, miel y un trozo de tarta de rábano.

Bruce hizo una cara.

—¿Carne asada con miel? ¿Pastel de rábano?

Tiene una mirada de ansia de vómito en la cara. ¿Por qué todos pusieron esa cara cuando yo quería comer rosbif con miel?

—¡Pero es sabroso!

—¡Yo sí!

Bruce dejó la habitación y volvió con Wally poco después. Puso los ojos en blanco mientras me veía comer vorazmente. Wally sonrió con satisfacción ante cada bocado mío. Después de comer, le pedí a Elaine que me ayudara a cambiarme de ropa. Estaba decidido a ir a Inverness y rescatar a Alistair. Cambié mi vestido por un par de pantalones de Alistair. Eran tan grandes que tuve que apretarlos con fuerza. Me puse una de sus camisetas blancas y le até el pelo a una Coca

Cola fuertemente adherida a la parte superior de su cabeza. Me puse las botas de montar y me puse una capa en los hombros con la capucha hacia abajo. Bruce entró en la habitación acompañado por Wally que había venido a buscar las bandejas y me trajo un poco de té. Frunció el ceño ante mis ropas.

—¿Adónde vas vestido así?

—Voy a Inverness a rescatar a Alistair. —Respondí con decisión.

—¿Rescatar a Alistair?

—Bruce, sé que mi madre lo encerró en el calabozo y el ejército está lejos para rescatarlo. —Yo disparé. —No tiene sentido tratar de mentir. Escuché a Elaine y Adam esta mañana.

Bruce respiró hondo y luego se acercó a mí.

—Yo no mentiría. Iba a decir que estaba listo para ir tras él en Inverness.

—¡Oh, genial! ¡Entonces iremos juntos!

Salí de la habitación, bajé las escaleras y me dirigí directamente al establo. Adam estaba asustado cuando llegué vestido de hombre.

—¡Adam, prepara a Quimera, mi espada y mis dagas!

—¡Espera! —Bruce me cogió del brazo y me hizo girar para enfrentarme a él. —No puedes ir a Inverness así.

—¡Bruce, estoy bien! —dijo sonriendo. —Es sólo un desmayo por preocuparme de que Alistair y yo no comamos por un tiempo. No hay nada de qué preocuparse.

Le di una palmada en el hombro y me di la vuelta sonriendo a Adam que venía con Chimera.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo sonriendo. —Aideen, ¿no te diste cuenta de que estabas embarazada?

Dejé de fruncir el ceño.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—Wally confirmó lo que sospechaba. —Bruce dijo que se acercaba. —Cuando me contó las cosas que estaba comiendo, tuve una ligera sospecha, así que Wally me habló de sus desmayos y me dijo que estaba segura de que estaba embarazada.

Aguanté la respiración durante unos momentos. Han pasado dos meses desde que llegaron mis reglas. No me había dado cuenta por todo lo que estaba pasando. Puse mi mano sobre mi vientre y sonreí.

—¿Es eso posible? —Susurré.

—Todo indica que sí! —dijo Bruce parándose frente a mí. —Por eso no quiero que vayas a Inverness. Podría ser peligroso para ti y te lo bebes. Además, no conoce el camino y, con el perdón de la palabra, es una jinete terrible.

Mis ojos brillaron cuando recordé todas las instrucciones que Alistair me dio cuando me enseñó a montar.

—Alistair me enseñó a cabalgar por el bosque. —Dije orgulloso. —Puedo llegar allí sin ayuda y puedo tomar cualquier camino, incluso el campo abierto.

—¿Cómo sabes lo del campo?

—Como dije... —Me detuve sonriendo y le di una palmada en el hombro. —Alistair me enseñó.

Monté en Chimera, mientras Bruce se quedaba quieto, mirándome fijamente de una manera asombrosa.

—Esa es otra razón por la que debería ir tras mi marido. —Dije sujetando las riendas de Chimera. —Intenta detenerme si quieres, pero te advierto que tengo una espada y algunas dagas,

que no suelen fallar en sus objetivos. No tengo miedo de usarlos.

Bruce me miraba sin creer lo que estaba haciendo. Miró fijamente el mango de la espada atada a la silla de montar y mi cinturón con las dagas, que me sujeté a la cintura junto a la tarta que puse bajo la capa.

—¡Espera! —Dijo que entraras al establo y volvieras con Esperanza. —Iré contigo.

—Fue una gran decisión! —dijo sonriendo irónicamente.

Bruce organizó un pequeño séquito y luego nos fuimos a Inverness. Cuando Chimera llegó al bosque, empecé una oración silenciosa pidiendo a Dios que protegiera a Alistair.

—¡Aguenta, mi amor! —Susurré. —¡Ya voy!

Capítulo 19

Alistair

Me desperté confundido y luego miré a mi alrededor. Estaba atrapado en una celda de piedra, probablemente debajo de la fortaleza de Inverness. No podía creer que me atraparan en una emboscada. Por suerte, uno de mis hombres se escapó. Creo que estará en Dunhill para entonces. Hice una cara poniendo mi mano en la parte de atrás de mi cabeza. El golpe que recibí cuando crucé la entrada del castillo me causó un corte en la cabeza y estaba sangrando. El castillo estaba aparentemente vacío. Me sorprendió el silencio cuando llegué al patio. No había un alma viviente alrededor del pequeño feudo. Sólo las casas de los aldeanos de los alrededores parecían tener algo de movimiento. Inverness estaba bien iluminado, pero no había guardias en las puertas ni en ningún lugar. Era como si el MacBride hubiera abandonado el castillo por alguna razón. Me apoyé contra la pared para tratar de controlar mi vértigo. Me levanté y cuando mi visión dejó de fallar, miré a mi alrededor para asegurarme de que podía salir de esa celda. Había poca luz y el lugar era pequeño. Sólo una claraboya en el techo iluminaba todo. Delante de la puerta a la parrilla, una escalera curva resultó ser la única forma de entrar o salir de la habitación y fue iluminada por la luz de una antorcha fijada a la pared. Hasta donde puedo decir, esa era la única celda del castillo. Oí una pelea mientras pensaba y miré en la dirección en que venía. El cuerpo de un guardia bajó rodando por las escaleras. Parando justo al pie de la cuadrícula de la celda. Me acerqué rápidamente y traté de conseguir las llaves, pero él no llevaba ninguna.

—¡Maldita sea! —...me he excitado.

—¡Cálmate, Príncipe! —Una suave voz resonó desde las escaleras.

Pronto la sombra de una persona delgada cubierta por una capa encapuchada se reveló. Vino caminando a la celda y pude ver su cara.

—¿Annabel? —Dije sorprendido. —¿Qué estás haciendo aquí?

—¡He venido a liberarte! —respondió abriendo los barrotos. —Tendrás que seguirme en silencio. Hay guardias en la sala principal y en gran parte del castillo.

—¿Cómo es que no los vi cuando llegué? —pregunté frunciendo el ceño.

—Porque te estaban esperando. —contestó ella seriamente.

—¿Esperándome? —Pregunté confundido. —¿Cómo puedo esperar por mí mismo si ni siquiera te dije que vendría?

Annabel respiró hondo y volvió a caminar. Aunque sospechaba, empecé a seguirla. También podría ser arrastrado a una trampa, lo que no tendría mucho sentido, porque ella misma había abierto la celda para liberarme. ¿Y si ella estaba tratando de averiguar qué estaba haciendo allí?

—Mi madre se enteró de que un caballero negro había estado haciendo preguntas sobre Aideen y, por descripción, asumió que sería su primo. —se tomó un descanso mirándome fijamente. —En este momento, creo que sabes lo que le pasó a mis hermanas.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—No sé qué le molestó a mi madre, pero la oí hablar con unos hombres que llegaron hace unos días. —se detuvo mirando hacia un lado y hacia el otro cuando llegamos a la cima. —No sé de dónde vinieron, pero se les ordenó arrestarlo y matarlo. Serás ejecutado mañana por la mañana antes de que lleguen más soldados....

—¿Por qué pidió hombres y para quién los pidió?

—Probablemente porque cree que viniste a llevarla a la horca, así que le pasó a Aideen. —Annabel dijo que se detuviera a mirarme. —Le dije que no era tu culpa. Fue Roy quien violó a mi hermana y casi mata a Aila. Además, los guardias la desobedecieron y no vinieron a rescatarla. Todo lo que tenía que hacer era contarnos todo lo que había pasado y se haría justicia, pero tenía miedo.

La miré fijamente sin creer lo que decía. Annabel era una excelente actriz, o no sabía nada de lo que había pasado.

—Annabel, ¿por qué crees que estoy aquí con tan pocos guardias? —Le pregunté.

—Bueno, se encogió de hombros, poniéndose seria. —Viniste a interrogarla sobre no llevar el asunto al rey para que Roy pudiera ser juzgado. ¿Lo he hecho bien? Sé que usted condena esta barbarie y, como es uno de los señores, creo que le gustaría que Roy estuviera sometido a las leyes y costumbres de los clanes.

Me sorprendió la teoría que tenía en mente. Annabel sacó una gran tela que envolvía algo escondido detrás de una cortina. Era mi espada y el arco que llevaba.

—Estaba muy enfadada con Aideen porque la había desobedecido. Por eso nos encerró en el castillo y culpó a mi hermana por toda esa tragedia. —Annabel suspiró. —En realidad, parte de esto es culpa mía. Si no hubiera ayudado a Aideen a llegar al lago....

Se encogió de hombros y sonrió.

—En cuanto a la parte de venir con una pequeña guarnición, creo que eres muy tonto o muy loco.

Volvió a mirar a su alrededor y luego se puso la capucha. Tirando de una parte de la cortina, Annabel reveló una puerta de madera pintada de negro.

—Te sacaré del castillo y podrás volver a Dunhill para traer más hombres —dijo abriendo la puerta en silencio. —Intentaré retrasar la partida de mis padres para que puedan explicarse cuando vuelvas a interrogarlos.

Respirando hondo, cerré los ojos. Seguí a Annabel hasta que entramos por la puerta y nos fuimos por un pasillo oscuro.

—Deberíamos ir por aquí y salir al patio —dijo sonriendo. —No quiero presumir, pero conozco cada pasaje de este castillo. Así es como me escabullí para montar.

Annabel empezó a hablar de cómo se escapaba de su madre siempre que era posible para ver el mundo más allá de las paredes. Tenía un fuerte latido en el corazón, temeroso de lo que nos esperaba afuera. Estaba observando cada paso del camino mientras mi cerebro decidía si decir la verdad o no. Desafortunadamente, mi lado de vigilante hablaba más alto.

—¡Annabel, espera! Dijiste que la harías parar. —Necesito que sepas algo antes de irnos.

—Dígallo, pero sea breve, porque....

—No vine a interrogar a tu madre, sino a que te arresten por traición y conspiración. —Yo disparé.

Annabel frunció el ceño.

—¿Traición? ¿Como la traición? —Annabel se rió. —Está loca, pero nunca podría traicionar a nadie.

Respiré hondo antes de empezar a contarte todo lo que Bruce había descubierto. Vi cómo le crecía la sorpresa en los ojos mientras informaba de todo. Annabel escuchó en silencio y con atención, horrorizada por toda la historia.

—¿Son Aila y Aideen hijas del rey Phillipe? —Preguntó en estado de shock.

—Sí. —Respondí poniendo mis manos sobre sus hombros. —No quería que lo supieras así, pero no veo otra salida. Tú tampoco eres la hija de Loch. Sólo sirvió como señuelo para encubrir un plan maquiavélico en el que Ravena había estado trabajando durante años.

Annabel puso sus manos sobre su pecho y me miró fijamente. Sus hermosos ojos azules reflejaban el dolor que sentía. Había una mezcla de ira y miedo que se sumaba a las lágrimas que obstinadamente se derramaban.

—Que.... —Se lo tragó seco. —¿Quién es mi padre?

—¡Roy MacGregor! —...respondí sin rodeos. —Su madre siempre estuvo enamorada de él y continuó encontrándose con él incluso cuando regresó para ser la amante de Phillipe.

—¡No! ¡Roy es mi tío!

—Lo siento, pero no lo es. En realidad, fue criado por sus abuelos cuando sus padres murieron.

—¡Estás mintiendo! —gritó ella. —¡Loch es mi padre!

—¡No, Annabel! Desafortunadamente, Loch nunca tuvo hijos con Ravena. Lo compró para mantener las apariencias y para que nadie sospechara de tu verdadera paternidad. Por eso ella es la que hace las reglas en Inverness.

Vi como Annabel se apoyaba contra la pared y lentamente se deslizaba hacia el suelo. Metió la cara en sus manos y se puso a llorar.

—¡Mientes! ¡No puedo ser la hija del hombre que deshonró la vida de mi querida hermana!

—Ojalá fuera sólo una pesadilla, pero es verdad.

Me acerqué a ella tratando de abrazarla, pero Annabel se alejó empujándome.

—¡No me toques! —gritó antes de salir corriendo al pasillo.

—¡Annabel, no huyas! ¡Estás en peligro si vas con Ravena! —Grité. —¡Annabel! ¡Vuelve conmigo a Dunhill!

Gruñendo, corrí en la misma dirección que Annabel. El pasillo era largo y bien iluminado por antorchas. Ella no era muy rápida, pero sabía el camino y yo no lo sabía. Eso la dejó con una gran ventaja sobre mí. Caminamos por el pasillo durante unos diez minutos e incluso lo perdimos de vista durante unos segundos hasta que vi la salida. Cada paso que daba me daba vueltas la cabeza y estaba feliz de haber llegado al final de ese túnel. Me detuve bruscamente cuando golpeé el amplio patio de la entrada. Estaba rodeado por unos soldados escoceses, armados con bestias y espadas. Dos de ellos me golpearon hasta que me puse de rodillas. Miré a Annabel que estaba atrapada en los brazos de uno de los soldados.

—Vaya, vaya, vaya. —Ravena subió por la parte de la colina que conducía al lago. — ¡Entonces tenemos un pequeño traidor!

Pasó a su hija y se acarició la cara abofeteándola. Annabel gritó.

—¡Eres igual que esos bastardos! —Susurró fría. —Debería haberla mantenido alejada de esos dos, que sólo me causaban problemas.

—¡Ravena, cabrón! —dijo tomando un descanso.

Ella se rió un poco.

—¿Sabes cuánto me preocupé cuando elegiste a ese bastardo inútil como esposa? —se rió de mí. —Le costó mucho trabajo fingir la ira para que no sospechara nada. ¿Quedarte con una mujer

que ya ha sido tocada? Tu ego es del tamaño de la luna.

Me puso la punta del dedo en la barbilla y me levantó la cara para que pudiera mirarla. Había al menos seis hombres en el asedio y no sabía cuántos más se escondían en el barco que los esperaba en el pequeño muelle o en los alrededores.

—¡Monstruo! —dijo entre dientes. —Le robó la vida a una chica y la convenció de que era culpable de todo lo que había pasado.

—¡Pero ella tenía la culpa! —Ravena gritó dando un apretón en la herida de mi cabeza. —Si ella no hubiera abierto la boca, en este momento estaría desfilando en la corte con toda la pompa que me merezco y Roy estaría en el trono en lugar de ese viejo tonto.

Gruñí cuando la oí hablar de mi padre.

—¿Por qué no usaste a Aila? —Yo disparé. —Ella era la primogénita. Nadie cuestionaría su derecho de nacimiento.

—Aila era una extraña. Roy nunca podría tocarlo. Intentó matarlo cuando se enteró de lo de Aideen —dijo entre los dientes. —Por culpa de esa chica inútil, perdí mi oportunidad de volver a la corte.

—Sabías todo este tiempo que Aila estaba muerta. —Agité la cabeza. —Debe haber estado aliviada.

—¡Claro que lo hice! —ella disparó. No había remordimiento en su tono de voz. Ravena era fría como el hielo. —Me sentí aliviado cuando recibí la carta que me informaba de la muerte de esa plaga.

Entré en shock por la forma en que ella estaba contando sórdidos detalles de su plan.

—¿Aila está muerta? —Annabel gritó con voz angustiada. —¡No puede ser! ¿Cuánto por las cartas que recibimos de la madre superiora del convento? La señora leyó todos los que entraron.

Ravena se levantó y caminó hasta donde Annabel estaba siendo tomada prisionera.

—¡Todo forjado! —ella confesó. —Yo fui el que escribió las cartas para disfrazarlo. Aila nunca las escribió.

—¡Bruja! —Annabel gritó. —¡Déjame ir ahora!

Ravena se rió aún más fuerte y luego apretó el mentón de Annabel.

—Por suerte puedo arreglar todo eso —dijo ella. —Vas a Edimburgo, donde te casas con el Duque de Kent, el primo de Phillipe. Esto me asegurará un buen pasaje a la corte y un ejército para tu padre.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¡No puedes hacer eso! —Annabel gritó. —¡No quiero casarme con un duque asqueroso!

—¡Edward no es asqueroso! —Ravena dijo. —Es muy guapo, si me preguntas. Está ansioso por conseguir herederos que le ayuden a saltar a varias posiciones en la línea de sucesión a la corona. Tal vez podamos matar a Phillipe para que pueda tomar el poder en su lugar.

—¡Ya es suficiente! —La voz de Loch resonó desde la oscuridad. —No dejaré que lastimes a Annabel. Mi cobardía no me permitió proteger a Aila y Aideen, pero no permitiré que Annabel tenga el mismo destino que las hermanas.

Ravena miró a Loch con frialdad y asintió a uno de los soldados cercanos. Ella ignoró el hecho de que él llevaba una bestia y se acercó peligrosamente a Loch.

—¡Alto o disparo! —amenazó.

—¿Es eso cierto? —ella lo desafió. —¿Por qué creo que eres tan cobarde que no quieres hacer nada de lo que dices?

—¡Basta, Ravenna! —gritó de nuevo.

Loch caminó sobre su espalda hasta que fue recibido por uno de los guardias que lo cruzó con su espada. Ravena fue hacia él y le quitó la bestia de las manos de Loch. Luego apretó el gatillo, golpeando una flecha en el corazón de su marido.

—Ya no te necesito —dijo antes de verlo caer muerto al suelo. —Hasta que ese idiota me sirvió durante mucho tiempo.

Ravena se volvió hacia el guardia que entregaba a la bestia y luego levantó la falda del vestido.

—¡Llévala al barco! —Ravena lo ordenó. Volviéndose hacia mí, sonrió fríamente. —En cuanto a él, mátalos y tira el cuerpo al agua. Para cuando se enteren, ya nos habremos ido.

—¡No! Annabel gritó como una loca. —¡Suéltame! ¡Suéltame!

Ravena me dio la espalda y siguió al soldado que arrastraba a Annabel al barco. Intenté soltarme, pero me golpearon de nuevo, cayendo de rodillas. El soldado que había recibido la orden de matarme se me acercó y se detuvo frente a mí. Sacó la espada del dobladillo y la levantó. Mantuve mis ojos en los suyos, y cuando el hombre estaba a punto de golpearme con un golpe fatal, lo vi siendo golpeado por una daga. Los otros dos soldados fueron alcanzados por flechas y cayeron a mi lado. Miré confundido la colina y abrí los ojos de par en par. Llegando casi a la entrada del castillo, Aideen apareció montado en Quimera. Bruce estaba justo detrás de otros soldados que empezaron una batalla.

—¡Ravena! —Aideen gritó. —¡Suelta a mi hermana, bastardo!

Capítulo 20

Aideen

Mi daga atravesó el pecho del guardia que intentaba matar a Alistair. Las flechas de Bruce derribaron a los otros dos que intentaron, en vano, reaccionar de alguna manera. Mis ojos estaban observando los movimientos en el muelle. Había llevado a Bruce allí con una maestría sorprendente. Gracias a las instrucciones que Alistair me había dado, seguí el camino más corto, pero más peligroso. Bruce estaba convencido de que estábamos perdidos, hasta que vimos las torres del castillo. Decidió tomar la iniciativa cuando vio que todo estaba demasiado tranquilo. No lo pensé dos veces cuando levanté una de las dagas cuando vi a Alistair, indefenso, casi muerto por un soldado tan pequeño. No podía imaginar una situación como esa en la que Alistair estuviera secuestrado. Cogió la espada y empezó a luchar contra los otros guardias. Bruce se le unió. Aproveché la oportunidad para correr hacia el muelle. Mi cabeza estaba en mil y mi desesperación creció cuando oí gritar a Annabel. Fue arrastrada a uno de los pequeños barcos que estaban anclados. Junto a ellos, había un guardia montando un caballo.

—¡Basta! —Grité un salto de caballo. —¡Déjala ir!

Corrí con la espada que me dio Alistair y preparé una daga. Mi madre se estaba preparando para subir al barco y se volvió hacia mí.

—¡Mira quién se ha atrevido en tan poco tiempo! —dijo mi madre.

—Ravenna MacBride, en nombre de Brice MacCalister, está bajo arresto por conspiración y traición! —dijo apuntando la espada como Alistair me había enseñado.

—No sabes cómo usar esta cosa. —se rió mientras se burlaba de mí.

—¡Ya veremos! —Dije que antes de entrar y atacarla.

Antes de hacer nada, un soldado interceptó el golpe y me impidió golpear Rávena. El golpe hizo que la espada volara, así que me golpeó y caí al suelo. Sin pensar que me estaba arrastrando de vuelta asustada. El soldado sonrió fríamente alzando su espada. Cuando estaba a punto de sellar mi destino, le pegué con una de mis dagas. Mi madre abrió los ojos de par en par cuando vio al hombre caer de rodillas. Preparé otra daga, pero al intentar lanzarla sentí que el látigo de cuero me quemaba la muñeca.

—¡Maldita sea! —Grité sosteniendo mi puño.

Fruñí el ceño cuando vi que estaba sangrando y luego lo apreté.

—¡Siempre has sido una roca en mi zapato! —dijo Ravenna mientras se acercaba y me agarró la garganta. —¡Siempre tan testarudo! Pensé que podrías traerme alguna compensación por llevarla nueve meses en el vientre materno, pero siempre fue desagradecida. Inútil.

Me agarró el pelo con fuerza y me tiró de él.

—¿Te acuerdas de eso? —ella sonrió mostrando el látigo que usó para golpearme hasta la muerte. Me he reído un poco.

—¿Crees que te tengo miedo? —dijo entre dientes. —Ya no me asustas.

—Entonces debemos corregir eso.

Me tiró al suelo y luego se cayó. Una flecha atravesó el sonido de la batalla golpeando el brazo de Ravena con un rasguño.

—Argh! —gruñó poniendo su mano sobre la herida. —¡Bastardo!

Sonrió mirando hacia Alistair, que estaba de pie en la parte más alta de la colina con su arco en la mano. Se estaba preparando para disparar una vez más. Un soldado saltó sobre Alistair tratando de evitar que usara el arco. Comenzaron una pelea corporal. Pude ver todas las habilidades guerreras que Alistair poseía. Era ágil y fuerte. Cuando derribó al soldado, nos dio la espalda y se inclinó.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Annabel gritó.

La vi empujar al jinete que intentaba subirla al barco y luego corrió hacia el que estaba debajo del caballo. Con un empujón, ella lo tiró de la silla de montar y luego cabalgó.

—¡Aideen! —gritó, mencionando que venía a rescatarme.

—¡Corre, Annabel! —Yo ordené. —¡Huye!

Ella asintió y disparó hacia el oscuro bosque. Annabel tenía un gran sentido de la orientación y conocía todos esos senderos. Sabía que estaría a salvo hasta que la encontráramos.

—¡Maldito seas! —mi madre me gritó para ver que estaba huyendo. —¡Ve tras ella!

Varios soldados salieron al bosque. Alistair estaba ocupado con otro soldado que lo estaba atacando ferozmente con su espada. Mi madre se llevó la mano a la cintura y rápidamente tiró de una pequeña bestia que yo no la había visto cargar. Corrí hacia ella y salté sobre Ravena. Ese gesto fue inútil, porque el arma se disparó de la misma manera. Oí a Alistair gritar de dolor y luego cayó al suelo.

—¡Alistair! —Grité en la desesperación. —¿Qué es lo que has hecho?

—Considéralo un divorcio. —Contestó ella con frialdad. —¿No es eso lo que querías desde el principio? Que yo recuerde, ni siquiera lo quería como marido.

Dejé de llorar y empecé a levantarme.

—¡Eres la persona más malvada que he tenido el desagrado de conocer! —...me he excitado. —¿Alistair?

Intenté correr hacia él, pero Ravena me agarró la garganta y luego me acercó. Me atraganté cuando apretó fuerte.

—¿Te he entendido bien? ¿Te has enamorado de Alistair? —susurró ella. —¡Está bien! ¡Está bien! Como Romeo y Julieta, tendré el placer de enviarlos juntos al infierno.

Ella sacó una daga y me la clavó en el hombro. Grité al caer al suelo.

—¡Maldito seas! —grunhi.

Ella soltó una carcajada y se volvió hacia el barco.

—¡Que te desangres hasta morir!

Ravena caminó y abordó el barco que estaba anclado. Vi como ella me miraba desde arriba.

—¡Cobarde! —Grité.

Oí a Bruce llamando a Alistair. Me salieron lágrimas en los ojos cuando recordé que estaba gravemente herido. Miré por donde corrió Annabel con varios soldados en su camino. Si fuera con Annabel, perdería a Alistair. Si fuera a Alistair, perdería a Annabel. Recé para que Dios la protegiera y corrí a donde estaba Alistair. El dolor en mi hombro me mareaba, pero mi preocupación por él era mayor que mi miedo a morir.

—¡Alistair! —...llamé, quitándole el pelo de la cara. —¡Por favor, vuelve!

Estaba llorando cuando me di cuenta de que su respiración era lenta y que la sangre fluía de la

herida abierta en su espalda. Tuve que sacar esa flecha o moriría lentamente.

—Necesito un paño caliente y una plancha —dijo mirando a Bruce. —Saquemos esa flecha y detengamos la hemorragia o morirá.

—¡Aideen! ¡Su hombro! —señaló. —Está sangrando mucho. No puedes perder sangre. ¿Te acuerdas de...

—¡Olvida mi hombro! —Grité. —¡Haz lo que te pido!

Él suspiró al calmarse. Luego tomó una flecha, una antorcha y se quitó el manto. Le rompí la camisa a Alistair. Tenía que ser muy rápido. Tomando la flecha y la antorcha, calenté la punta hasta que se puso roja.

—¡Mantenlo firme! —Le pregunté a Bruce.

—¡Guardias! —gritó. Entonces dos guardias vinieron a nosotros. —Ayúdame a mantener al príncipe quieto.

Los hombres empujaron a Alistair para que no se moviera. Respirando hondo, saqué la pequeña flecha con un tirón y luego quemé la herida. Alistair abrió los ojos y bramó. Luchó tratando de soltarse, pero Bruce lo abrazó con fuerza. Cuando terminé, puso su cabeza contra la hierba que cubría la colina.

—¡Levántenlo! —dijo mirando a Bruce. —Llévémoslo adentro. Terminaré de usar las hierbas del castillo.

—Pero, ¿tu hermana? —Bruce dijo aturdido.

—¡No te preocupes por ella! —Yo contesté. —Annabel conoce bien estos senderos y sin duda los seguirá hasta Dunhill. Ella está más segura allí que nosotros aquí.

—¿Estás seguro de eso? —Bruce cuestionó.

—Sí. El futuro de Escocia está muriendo y con él mi corazón. —Dije con lágrimas en los ojos. —¡Necesito a Alistair, Bruce! Escocia lo necesita. ¡Su hijo lo necesitará!

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Susurró Alistair.

Abrí los ojos de par en par y lo volteé de espaldas, apoyando la cabeza en mi regazo.

—¿Alistair? —Lloré. —¡Háblame!

—¿Estás embarazada? —Susurró con dificultad.

—Sí. Llevo a tu hijo en mi vientre. —Respondí llorando. —¡Por favor, no te mueras! ¡No me dejes!

—¿Tu hombro? —suspiró. La voz era débil. —Ella está herida.

Sonríe con lágrimas, pasando las manos por su cara.

—No es nada que no pueda manejar.

—Siento no haber podido rescatar a Annabel.

—Hablaremos de ello más tarde, pero ahora tenemos que meterlo en el castillo para que pueda cuidarte.

—¿Aideen? —me sostuvo la mano con fuerza, tragándosela seca. —¿De dónde sacaste esas túnicas? Estás horriblemente vestida así.

Me reí y lo besé.

—No quería usar un vestido para no estorbar, así que tomé uno de sus pantalones y camisa.

—¿Aideen? —Susurró débil. —¡La amo con toda la fuerza de mi corazón! No sé qué haría sin ti. Le diste color a mi vida.

La voz de Alistair se estaba desvaneciendo. Me di cuenta de que se estaba debilitando cada vez más. Le besé la frente antes de mirar a Bruce.

—¡Entonces sigue latiendo y guárdamelo a mí!

Alistair sonrió cerrando los ojos. Sentí que el agarre de mi mano se debilitaba, hasta que Alistair perdió el conocimiento. Con la ayuda de algunos hombres, Bruce crió a Alistair y lo llevó al castillo. Seguí deteniéndolos cuando sentí que una brisa me sacudía el pelo, así que me volví hacia el mar, donde ya no podía ver el barco debido a la niebla y a la oscuridad. Sabía que sería difícil encontrar Ravenna de nuevo, pero pronto encontraría a Annabel.

—¡La encontraré, Ravena! Y cuando eso sucede... —Susurré cuando pensé en Ravena. —¡Juro que la mataré!

Epílogo

Aideen

Dos meses después...

El salón del trono de Dunhill estaba lleno. Estaba sonriendo detrás de una cortina que adornaba los lados. Todos esperaban la ceremonia de coronación de Alistair, que tuvo que ser pospuesta debido a sus heridas. Después del ataque fallido en Inverness, logré cerrar la herida de Alistair con el mismo proceso que usé en su corte, pero fue un poco más doloroso. Gracias a Dios, era un hombre fuerte y se estaba recuperando bien. Mi hombro ya no me dolía tanto y esa sería una cicatriz más que tendría que soportar. Lowenna se sorprendió cuando se enteró de lo que había pasado y tuve que calmarla. Brice fue poseído. Juró vengarse de mi madre y de Roy. Gracias a Bruce, la búsqueda de mi hermana continuó incansablemente, pero todavía no había noticias de ella.

—Bonita fiesta, ¿eh? —Lowenna susurró detrás de mí.

—¡Su Majestad! —Me incliné ante ella saludándola.

—¡No! No te agaches. —Preguntó con una sonrisa. —Yo soy el que debería inclinarse ante ti. Salvaste a mi hijo y lo trajiste de vuelta.

—¡Él me salvó! —dijo sonriendo. —Estoy agradecido por eso!

Lowenna me tomó de la mano y empezamos a caminar juntos. La gente en el pasillo nos saludó con un ligero asentimiento con la cabeza e hizo espacio para que pasáramos.

—¡Lamento su pérdida! —susurró ella. —Quiero decir... tu hermana mayor. Tenía un hermano, muy valiente y leal. Lo perdí hace mucho tiempo y todavía me duele.

—Aila era más que una hermana. —Me tragué lo seco. —Era la única madre que conocía o tenía. Será difícil de superar.

—¡Supongo que sí! —sonrió solemnemente. —Hasta entonces, quiero que cuentes conmigo para lo que sea necesario. Crié a Bruce como mi hijo menor y me encantaría tener una chica para conducir.

Lowenna se detuvo frente a mí sosteniendo con fuerza mis manos y me miró con amor.

—Especialmente uno tan valiente!

Sonríele y volveremos a caminar. La sonrisa de Lowenna era muy cálida y agradable. Sentí paz cuando ella me miró y un amor incondicional que emanaba de su rostro sereno.

—¿Lo sabes? Alistair nunca tuvo mucho tiempo para amar a nadie —dijo en voz baja. —Desde la muerte de Cora hace unos años, se ha detenido en el tiempo y ha vivido sólo para los campos de batalla.

—Sí, he oído hablar de Cora y me gustaría decir que siento mucho su pérdida.

—Eso fue hace mucho tiempo. —suspiró. —Como reina, tuve que superar rápidamente la

muerte de un súbdito, pero como madre celosa, todavía siento la pérdida de mi hija.

—¡Ya veo!

—¡Pero no Alistair! —ella sonrió. —Siempre mantuvo viva en su mente la promesa de venganza. Siempre he tenido mucho miedo de perderlo y cuando supe que Brice lo traería de vuelta, confieso que me sentí aliviado.

—Es un excelente guerrero. Hoy sé que eres muy valiente y celoso. No es nada de lo que he oído. —Yo disparé. —Confieso que he juzgado mal su imagen e incluso lo he llamado ogro.

Lowenna se rió.

—Se puso furioso cuando se enteró del matrimonio concertado, pero cuando lo vi venir con usted y el brillo de su mirada cuando habló de usted, supe que el corazón de mi hijo estaba embrujado. —se tomó un descanso.

—¡Amo a tu hijo!

—¡Y él también la ama!

El sacerdote nos llamó diciendo que era hora de empezar.

—¡Disculpe, Su Majestad! —dijo inclinándose e inclinándose. —Veré cómo está Alistair y trataré de apresurarlo.

—¡Vete, hija mía!

Salí en grandes pasos hacia la habitación donde Alistair se estaba preparando. La ceremonia de coronación fue sólo el comienzo de una batalla que estaba llegando a su fin. Puse mi mano en mi vientre. Pronto nieto de dos naciones. Era consciente de los problemas políticos que esto implicaría, pero tenía el marido más protector que una mujer podía pedir. Sonríe mientras abres la puerta y te enfrentas a Alistair.

—¡Mi señor!

—¡Señora!

—Llegas tarde —dijo que se acercara a mí. —Todos te están esperando en el salón del trono.

—¡Un príncipe nunca llega tarde! —Contestó con arrogancia. —Son los otros los que llegan demasiado pronto.

Dejé salir una risa ayudando a Alistair a ponerse la camisa. Pasé mi mano sobre el vendaje que protegía la herida de su hombro. Sentí que el cuerpo de Alistair retrocedía y automáticamente sus manos revoloteaban sobre las mías. ¡Dolor! Alistair todavía sentía mucho dolor. Cuando lo llevamos al castillo, Alistair ya había perdido mucha sangre. Estaba bastante pálido y temía que muriera. Después de días de tratamiento, comenzamos el proceso de traerlo de vuelta a Dunhill. He estado conduciendo Chimera mientras Bruce llevaba un Sovereign en la silla de montar de Esperanza. Por suerte eran animales dóciles y no teníamos mucho trabajo que hacer. Todavía no podía creer cómo había sobrevivido a la flecha de esa bestia, pero prefiero atribuirlo al poder de la oración. He rezado mucho, día y noche, por tu recuperación.

He terminado de atrapar el pastel a través de tu pecho. Después de sostener la espada a la cintura, Alistair me dio la mano y nos dirigimos al salón. Desfiló conmigo a su lado con gran orgullo, saludó a todos los representantes de los clanes. Había mucha gente en el pasillo y a veces se detenía por el dolor que aún estaba fresco. La ceremonia tuvo lugar de la manera tradicional, con un sacerdote que recogió los votos de Alistair, y Brice le pasó la corona a su hijo.

—¿Jura solemnemente proteger a todos los pueblos reunidos aquí en el nombre de Dios? —preguntó el sacerdote mientras sostenía la corona.

—¡Lo juro! —Alistair respondió seriamente.

—¿Jura actuar con justicia y benevolencia?

—¡Lo juro!

—Por los poderes que me han sido conferidos y por la Santísima Trinidad, coronó a Alistair MacCalister, rey de Escocia.

Mantuve mi sonrisa dirigida a él cuando el sacerdote bajó la corona sobre su cabeza. Le pusieron una capa en la espalda. Brice lo miró con orgullo mientras Lowenna lloraba con lágrimas en los ojos. El sacerdote se detuvo frente a mí sosteniendo una delicada corona de oro adornada con esmeraldas.

—¿Jura ser fiel a su soberano y a su pueblo en el nombre de Dios? —preguntó.

—¡Lo juro! —Respondí con firmeza.

—¿Jura estar a su lado, incluso en la adversidad, y actuar con justicia y serenidad?

—¡Lo juro!

—Así que, por los poderes que me han sido conferidos y en nombre de la Santísima Trinidad, coronó su Aideen MacBride....

—¿Es MacCalister! —Susurré.

—¿Qué es lo que has dicho? —Preguntó distraído el sacerdote.

—¿Aideen MacCalister, por favor!

Alistair me sonrió. Era común conservar los nombres de nuestros antiguos clanes, pero me gustaba usar el apellido que me dieron tan pronto como me casé con Alistair.

—Siguiendo adelante. —el sacerdote se puso serio otra vez. —La coronó, Aideen MacCalister, reina de Escocia y la gente que vive aquí.

El sacerdote me puso la corona en la cabeza y luego Alistair me tomó del brazo. Salimos en medio de la gente que nos observaba. Todo estuvo perfecto y, después de la ceremonia, fuimos al salón de baile. Todos bailaban, comían y bebían felices.

—¿Estás contento? —preguntó.

—¡Claro que sí!

—¿Incluso con un comienzo problemático?

—¡Alistair, me salvaste! Te amo con toda la fuerza de mi corazón, ogro mío.

Me sonrió arrogantemente.

—Me embrujaste con esa sonrisa y esos hermosos ojos. Te amo, mi pequeña bruja.

Otros trabajos

Serie Corazones Traicioneros

Libro 01 —Corazón en llamas (Alec)

Libro 02 —Corazón Indomable (Alex)

Libro 03 —Corazón Salvaje (Domingo)

Libro 04 —Ruthless Heart (Allan)

Libro 05 —Corazón Para Siempre (Diario de Alec)

Serie Destinos

Libro 01 —Sólo Amigos (Ryder y Brooke)

Libro 02 —Segunda Oportunidad (Casey y Ryan)

Libro 03 —Atracción Irresistible (Maise y Valerie)

Libro 04 —Cuando regrese (Viola y Mike)

Libro 05 —Castillo de Hielo (Erick y Scarlet)

Libro 06 —Redención (Mia y Raze) Pronto

Trilogía de las Hermanas MacBride

Libro 01 —La Reina

Libro 02 —La Duquesa

Libro 03 —La Princesa